¿DESTINO O MALDICIÓN?

UN CASO SOBRENATURAL DE LA DETECTIVE CAMILLE



¿DESTINO O MALDICIÓN?

UN CASO SOBRENATURAL DE LA DETECTIVE CAMILLE

LOS THRILLERS DEL UMBRAL

LIBRO 3

ADRIÁN Y MIGUEL ARAGÓN

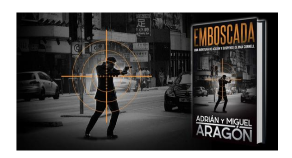
Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Redes sociales de los autores:







EMBOSCADA
ADRIÁN Y MIGUEL
ARAGÓN

PRÓLOGO

La lluvia arreciaba. Las nubes negras que colmaban el cielo parecían retorcerse después de cada relámpago. Los truenos sacudían la tierra, los árboles y las paredes de aquella casa perdida en ninguna parte, aislada del mundo. Cuatro paredes que se alzaban en la llanura, desafiantes, como una tímida roca que se asomara en mitad de un océano embravecido.

En su interior solo había un hombre, arrodillado en el polvoriento suelo y con las manos alzadas hacia el techo. Gritaba como tratando de prevalecer sobre la tormenta, como si pretendiera callar a los truenos con su voz.

—¡Aquí mi alma! ¡Aquí mi alma!

De nuevo el cielo estalló en una orgía de relámpagos que iluminaron la noche con una luz pálida que atravesó todo cuanto pudo. Incluso la tierra parecía temblar ante cada envestida.

—Mi sangre y mi alma son tuyas.

El hombre, sin retirar la mirada del techo, pronunció estas palabras mientras se hacía un profundo corte en la palma de la mano izquierda. La sangre comenzó a bajar en cascada por su antebrazo. El suelo tembló de nuevo, pero en esta ocasión no se debía a ningún trueno, ni siquiera a un terremoto. Algo se estaba moviendo.

De repente, frente al hombre, el suelo comenzó a abrirse en una grieta profunda y oscura de la que emanaba una débil luz rojiza. A este tímido resplandor le acompañaba un gorgoteo, un burbujeo espeso y repugnante que ascendía poco a poco. El hombre estaba petrificado ante la escena, pero al mismo tiempo sabía que lo había conseguido.

—Mía… es… tu alma y tu fruto serán muerte y destrucción. Me obedecerá y traerá la oscuridad hasta el fin de los días.

—Tuyo será mi fruto y mi reino se hará realidad en la Tierra.

CAPÍTULO 1

EL REFLEJO plateado de las aguas del río Aqueronte destacaba sobre aquella infinita extensión. De la otra orilla, ignota para todos los seres del Umbral, provenía una luz brillante que cubría el horizonte con un resplandor gigantesco, extendiéndose en todas las dimensiones, un muro de luz infranqueable y desconocido.

—Sé que lo que te estoy pidiendo se sale de la norma, de los cánones que rigen nuestra existencia, pero debes confiar en mí.

La voz provenía de un halo de luz blanca, un ser que en el Mundo de los Vivos tomaba la forma de un hombre con sombrero bajo y largo abrigo. Su tono de voz tranquilo contrastaba con la gravedad de la cuestión.

—No puedo comprenderlo. Alterar el Mundo de los Vivos puede ocasionar terribles repercusiones —dijo Camille mientras observaba, ceñuda, el tranquilo discurrir del Umbral—. El orden propio de la vida y de la muerte, todo puede verse alterado por mi culpa.

—Lo importante es actuar en consecuencia. Confío en ti, Camille. He perdido la cuenta de las veces que me has demostrado de lo que eres capaz. Estoy seguro de que podrás sacar esto adelante.

Camille clavó sus ojos en aquel halo de luz blanca.

—¿Por qué me miras así?

—Porque todo esto es muy grave y extraño al mismo tiempo. Me ocupo de los muertos, no de los vivos.

—Ya lo sé, Camille. Pero no tenemos más opción. Ya sabes lo que tienes que hacer. No perdamos más tiempo. Uno de los guardianes está con el muchacho, por lo que te será más fácil encontrarlo. Me gustaría contarte más, pero es todo lo que sé. Algo grande, inmenso, se está gestando a nuestras espaldas y ese muchacho está en medio de todo. Tienes que encontrarlo.

CAPÍTULO 2

EL SONIDO metálico de la puerta al abrirse provocó una exaltación.

Después el grupo, de unos veinte niños, salió a toda velocidad por la puerta principal y se desperdigaron por el amplio jardín. Desde ese momento, tenían dos horas de absoluta libertad antes de que debieran regresar al interior del orfanato para retomar la estricta rutina que les imponían. Pero eso aún quedaba muy lejos.

—No os manchéis de barro —gritó Jerome Burton, que observaba aquella estampida con los brazos en jarra desde la puerta. Había llovido mucho la última noche y las zonas más descuidadas del jardín podrían resultar muy tentadoras para unos chicos cuyas edades comprendían entre los siete y los doce años. No obstante, era consciente de que los chicos necesitaban desfogarse un poco. La previsión del tiempo para los siguientes días era mucho peor y seguramente los pasarían encerrados.

—No se preocupe, señor Burton —gritó William bajando las escaleras ágilmente de un solo salto. En las manos llevaba varios trozos de pan, envueltos en papel higiénico, que se afanaba en proteger como si se tratara de un tesoro.

—Un día se va a abrir la cabeza —dijo una de las limpiadoras del centro, Grace Ribsom, aunque los niños la llamaban Cabeza de Escoba Ribsom. Todos se habían llevado alguna vez una «caricia» de ese palo de madera, sobre todo si tenían la mala suerte de dejar caer algo al suelo o se cruzaban con ella por el pasillo cuando ya había pasado el mocho—. Parece un saltamontes.

Jerome asintió mientras vigilaba lo que los niños hacían. Un grupo había iniciado un intenso partido de fútbol utilizando de porterías los árboles que crecían a ambos lados del jardín. Otros correteaban de un lado a otro sin un objetivo claro, o al menos Jerome no podía definir cuál era, y el resto se encontraba en un ruinoso cobertizo que utilizaban antes para guardar los aperos de jardinería. Una tormenta lo dejó sin parte del techo y con una pared destrozada, suficiente para que el bedel considerara que no merecía la pena ensuciarse las manos para solucionar aquel estropicio.

—¿Las puertas están cerradas?

Jerome se refería a la verja de entrada al jardín del Orfanato Mercy. Este orfanato quedaba en Londres, muy cerca de las montañas Surrey.

—Stuart está en la garita —contestó Cabeza de Escoba Ribsom—. No hay de qué preocuparse. Espero que no vuelvan repletos de barro.

CAPÍTULO 3

WILLIAM ATRAVESÓ el jardín a toda velocidad. El perímetro del orfanato estaba cerrado por un antiguo muro de ladrillos, pero gran parte estaba oculto por los árboles que habían crecido a su alrededor y que se enlazaban con el bosque que se extendía más allá. Cuando llegó a la línea donde se levantaban los primeros árboles, bajó el ritmo para no tropezar con ninguna rama y se dirigió hacia un punto en concreto del muro. Allí, en la base, había un antiguo desagüe cubierto por una especie de pequeña casita, de cemento y ladrillo, con la entrada cerrada por una rejilla rota. Los matorrales que crecían a su alrededor lo camuflaban casi por completo.

—¿Estás aquí, Leopoldo? —susurró.

Un gato negro, de ojos relucientes, salió de la oscuridad del tubo.

—Vaya, qué poco te gusta mojarte. Ten, te he traído un poco de pan. —William puso sobre el suelo el pan y abrió la servilleta. El gato olisqueó el pan por encima antes de darle un bocado—. Sé que prefieres el pescado, Leopoldo, pero hoy tocaron verduras. Eran incomibles, incluso para ti.

El gato devoró el pan en apenas unos minutos, relamiéndose después y limpiándose con sus patas delanteras.

Mientras tanto, William se entretuvo cogiendo ramas del suelo para camuflar más la casita de cemento. Llevaba varios días intentando construir una improvisada cabaña con ramas teniendo a la casita como punto focal. Se avecinaban los meses más fríos del invierno y quería asegurarse de que Leopoldo no pasara frío. Aunque, a decir verdad, nunca había visto padecer al gato mal alguno, como si no sintiera frío o no le importase estar mojado. Le resultaba curioso, y era lo que le gustaba tanto también.

Lo encontró una noche en la que apostó con el resto de compañeros de su habitación a que era capaz de salir al jardín, ir corriendo hasta el muro y regresar con un trozo de ladrillo en las manos. La recompensa no era más que el reconocimiento frente a sus amigos, pero le pareció suficiente para arriesgarse. Bajó al césped, saltando desde la ventana y cayendo sobre el jardín, como si se hubiera bajado de la cama o algo por el estilo. Cruzó el jardín y, cuando llegó al muro, se encontró con el gato. Se llevó un gran susto cuando lo vio, ya que era negro como la misma noche, de una intensidad que nunca había visto. Parecía que su pelaje tuviera un brillo mágico. Sus ojos relucían en la oscuridad como bombillas. Sin embargo, el animal se mostró dulce y cariñoso desde el primer

momento. Para otro niño no hubiera sido más que un simple animal, pero para William la muestra de cariño del felino significó mucho.

Toda su memoria, el punto inicial en el que los recuerdos despertaban en su conciencia eran el Orfanato Mercy, donde había crecido. Aquel era su hogar, si es que se podía referir a él con ese término. Conocía a la perfección cada centímetro del jardín, así como del propio edificio, por el que podía moverse con los ojos cerrados y sin que ninguno de los cuidadores advirtiera su presencia. Ni si quiera Jerome Burton, que estaba obsesionado con él. Siempre sentía su mirada sobre sus hombros, acompañándole como si se tratara de su propia sombra.

—¿A dónde vas? —dijo William. El gato, de manera sinuosa, comenzó a avanzar entre las ramas—. ¡Eh!, Leopoldo, vuelve aquí.

Sin embargo, el gato hizo todo lo contrario y comenzó a caminar más deprisa, como si flotara sobre sus patitas. William salió tras él, pero no podía seguir su ritmo. Entonces, como si tuviera un resorte en cada pata, Leopoldo saltó hacia arriba y alcanzó la cima del muro, por donde siguió avanzando, esquivando los cristales rotos que evitaban que nadie se atreviera a apoyarse en él, hasta que se tiró hacia el otro lado, saliendo del complejo del orfanato.

—¡Leopoldo!

William, desesperado, intentó escalar la pared, pero los ladrillos del muro estaban húmedos y recubiertos de un moho resbaladizo, lo que le impidió ascender.

—Maldita sea.

Lo intentó una vez más, aunque apenas consiguió elevarse un metro del suelo.

Aquello era extraño. Por supuesto, era consciente de que Leopoldo entraba y salía del orfanato cuando quería —él haría lo mismo, aunque probablemente no volvería—, pero nunca lo había hecho cuando William lo visitaba. «Tal vez vuelva a entrar por otra parte». Con este pensamiento como última esperanza, cesó en su intento de salvar el muro y decidió seguir por todo su perímetro, arrastrando una mano por la superficie áspera. Caminó un par de metros hasta que una voz llamó su atención: era un susurro convertido en grito.

—¡William!

Se trataba de Ronald, un compañero. Sus padres fueron dos drogadictos que fallecieron de sobredosis mientras él dormía en la cuna. Fueron los vecinos, tras escuchar el llanto incesante del niño, los que avisaron a la policía. William no recordaba bien dónde había oído esa historia —seguramente a alguno de los tutores—, pero cuando miraba a Ronald a los ojos, sabía que era cierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó William.

—Stuart está roncando. Se ha dejado la tele encendida. Tal vez

podamos ver un par de tetas —le respondió Ronald tratando de hablar lo más bajo posible.

De repente, el asunto de Leopoldo pasó a un segundo plano para William, que corrió hacia la garita para sumarse al resto de niños que se asomaban por la ventana.

—¿Qué tiene puesto? —preguntó.

—Las noticias —respondió Ronald con una mueca—. Estamos tratando de averiguar dónde tiene el mando a distancia.

William encogió los hombros. Stuart era un asiduo de los canales de noticias, aunque pensaba que, más que mantenerse informado, lo que el viejo bedel quería era una voz monótona que le permitiese echar una cabezada sin demasiados problemas.

—¿Algo interesante al menos?

—¿Por qué no os calláis? —dijo otro niño lanzando una mirada de asesino hacia el resto.

William observó la pantalla, que mostraba un montón de números y gráficas que descendían vertiginosamente, y después miró al muchacho.

—¿Es que vas a invertir en bolsa?

Los otros se rieron y se taparon la boca con las manos para evitar que sus carcajadas despertaran al bedel.

—¡Queréis dejar de hacer el estúpido! —dijo Bob el Gigante, un muchacho de diez años que tenía cuerpo de uno de quince. Medía casi un metro ochenta y sus brazos eran tan largos que los dedos de sus manos le rozaban las rodillas. Era delgado y un poco enclenque, pero la inercia de sus largos brazos hacía de sus palmas armas mortíferas que ninguno de los allí presentes estaba dispuesto a experimentar. Se decía de él que sus padres lo abandonaron, asustados de su aspecto. Todos se callaron y escucharon la monótona voz del presentador.

—Vemos las reacciones en la Bolsa de Londres del repentino fallecimiento de Edgar Milton, uno de los empresarios de más renombre del mundo y cuyo peso en la economía estadounidense era más que notable. Las circunstancias de su muerte, insistimos, no hacen más que añadir desconcierto a la situación. Recordemos que Edgar Milton ha aparecido sin vida en una mansión de Providence, la capital del estado de Rhode Island, en Estados Unidos. Según fuentes consultadas, podría haber indicios que indicaran que se trató de una muerte violenta, aunque no hay nada confirmado hasta el momento…

A lo largo de varios minutos, el presentador continuó dando detalles acerca de la muerte del multimillonario. Hizo un breve repaso a sus empresas y una estimación a la fortuna que poseía. Ninguno de los chicos había visto tantos ceros juntos y la mayoría ni siquiera sabía cómo se pronunciaba un número de esas magnitudes.

—¡Estaba forrado! —exclamó William.

—Pues ya ves para lo que le ha servido —dijo Ronald.

—¿Acaso prefieres ser pobre? ¡Oh!, espera, es justo lo que eres.

Todos volvieron a reírse a carcajadas, incluso Bob el Gigante. Después, envalentonados con las risas, decidieron que ya habían tenido suficientes noticias por hoy.

—El mando a distancia está al otro lado. No podemos cogerlo desde aquí. Si Stuart se despierta con alguno de nosotros dentro, nos colgará de un árbol.

—¿Y si cambiamos de canal de otra manera? Fijaos en la televisión. Tiene botones en uno de sus lados. Si pudiéramos darle con una piedra pequeña, podríamos cambiar de canal.

Todos miraron a William como si hubiera enloquecido.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Ronald—. Eso es imposible. El viejales se despertaría y se armaría una buena. No quiero quedarme sin cena.

El resto de los muchachos, mirando a través de la ventana, estudiaban las posibilidades de la teoría de William. La decisión final fue que era arriesgado, pero no imposible.

—Busquemos piedras pequeñas —sugirió William con entusiasmo.

En una veloz batida, el grupo consiguió una veintena de piedrecitas que se repartieron entre todos.

—Pero ¿cuál es el botón que cambia de canal?

—Que cada uno apunte a un botón y así sabremos a cuál hay que darle —señaló William—. ¡Apuntad bien!

Con sumo cuidado, se alinearon de tal forma que quedaron en disposición diagonal a la televisión y a la pequeña abertura de la ventana de la garita que el viejo Stuart solía dejar abierta para no ahogarse con el humo de sus propios cigarrillos.

Así, tras un gesto con la cabeza por parte de William, los muchachos comenzaron a lanzar las piedrecitas hacia uno de los laterales del televisor. Estas resonaban con un sutil ¡ploc! Tras varias tiradas acertadas, los muchachos se percataron de que tenían que lanzarlas con más fuerza para accionar los botones, corriendo así un mayor riesgo. Al incrementar la fuerza, necesitaban tomar más impulso y, sobre todo, más distancia desde la ventana, aumentando el riesgo de que alguna de las piedras golpeara el cristal.

Uno de los lanzamientos tuvo éxito. Dio en el botón y cambió el canal. Sin embargo, no fue algo positivo: era uno de esos canales de documentales.

—¡Joder!

—Sigamos. Le estamos pillando el tranquillo.

Los chavales se animaron y comenzaron a lanzar las piedras con más confianza. Consiguieron cambiar de cadena otra vez, pero no se quedaban satisfechos. Entre ellos se daban ánimos para seguir

intentándolo. No obstante, cada vez las pedradas sonaban con más fuerza. Fue entonces cuando llegó el turno de William. Estiró el brazo hacia atrás, fijó con la vista el pequeño botón negro, afinó la mirada y después lanzó la piedra con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 4

LO QUE OCURRIÓ DESPUÉS de que William arrojara la piedra fue algo difícil de explicar para todos los muchachos que se encontraban allí, incluso para Stuart, que se despertó al escuchar la piedra impactar contra el lateral del televisor.

Sonó tan fuerte que enseguida todos se marcharon deprisa para evitar ser castigados.

—¡Maldita sea, William! ¿Es que practicas para las Olimpiadas? —dijo Ronald antes de salir corriendo como un loco.

William sonreía a medias. Ni él mismo comprendía lo que acababa de suceder. Había calculado perfectamente la trayectoria de la piedra y la fuerza con la que debía lanzarla, pero todo había salido mal. La lanzó con bastante más fuerza de la que debía haberlo hecho y, además, erró en la trayectoria, ya que la piedra atravesó el cristal haciendo un agujero casi perfecto —como hacían los disparos en las películas— y después chocó contra el borde del televisor y golpeó a Stuart en la cara.

—¡Os habéis pasado de la raya! ¡Por Dios que sí! —gritaba el bedel desde la puerta de la garita. Eso llamó la atención del resto de cuidadores, pero los involucrados ya habían puesto tierra de por medio, entremezclándose con el resto de compañeros para evitar ser identificados. Era la mejor manera de evitar el castigo. Después de todo, no podían castigar al orfanato entero.

Cuando Jerome Burton llegó hasta la garita y vio el agujero en el cristal, de manera automática pensó en William. No podía haber sido otro. Trató de calmar a Stuart y después fue en busca de William, que encontró jugando a la pelota como si no tuviese noticia de lo ocurrido.

—¡Se acabó la pelota por hoy! ¡William, conmigo! —dijo Jerome parando la pelota con los pies.

El chico se acercó cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos. Hacía un mohín con los labios y evitaba mirar a su tutor directamente a los ojos.

—¿Tienes algo que decirme?

William movió la cabeza de un lado a otro. El chico esperaba una larga bronca por parte de su tutor, sin embargo, el sonido que indicaba la recepción de un mensaje en su móvil acaparó toda la atención del hombre. El rostro de Jerome Burton palideció al instante. Era tal su expresión que incluso William se preocupó.

—¿Se encuentra bien?

Jerome tragó saliva y respiró hondo.

—Creo que…
—¡Jerome Burton!
La voz provino desde la puerta principal del orfanato. Era la directora Johnson. Junto con ella estaba el bedel, señalando al muchacho como si le fuera la vida en ello—. Tenemos que hablar en mi despacho, y trae a ese demonio de William. Ese joven me va a provocar un infarto.
Las voces de la directora hicieron reaccionar a Jerome, pero a ojos de William continuaba muy afectado por lo que hubiera visto o leído en su teléfono. El tutor puso sus manos sobre el hombro del chico y lo condujo hasta el despacho de la directora. Para alivio del joven, el bedel se quedó fuera.
—Esta vez te vas a enterar —le dijo el anciano con una terrible sonrisa antes de que entrara. William pensó que seguramente Cabeza de Escoba Ribsom también le daría un regalito para dejar las cosas claras, aunque eso no le preocupaba mucho por el momento. A decir verdad, prefería un golpe antes que una larga regañina.
Cuando entraron al despacho, la directora Johnson estaba con los brazos en jarra, caminando de un lado hacia otro y con rostro de pocos amigos. Jerome Burton y William se sentaron en sendas sillas que había al otro lado de la mesa.
—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —gritó la directora. William valoró la situación y pensó que lo mejor era ser sincero, ya que sería castigado de todas maneras. Incluso podía hasta divertirse un poco a costa de la histérica directora.
—Solo quería cambiar de canal.
—¿Cambiar de canal? ¿A pedradas? —La voz aguda de la directora se clavaba en sus oídos como alfileres.
William esperaba también la reprimenda por parte de Jerome, pero este parecía ausente, como si todo aquello no le importara en absoluto, lo cual era extraño. Su tutor, Jerome Burton, siempre había estado muy atento a él y hasta le procuraba algo de cariño. No es que William le tuviera un gran aprecio, pero sí un respeto que ningún otro adulto en el orfanato recibía de su parte.
—No alcanzábamos el mando a distancia.
La directora Johnson enrojeció de ira.
—Escúchame, listillo, no te pases ni un pelo. ¿Cuántas veces he dicho que no os acerquéis a la puerta del orfanato ni a la garita de Stuart? ¿Es que no me entiendes cuando te hablo?
—Yo no era el único que estaba allí.
—Eso no me importa.
—A mí sí me importa. Esto no debería comérmelo yo solo.
—¡Silencio!
No era extraño que William estuviese recibiendo una reprimenda

como aquella por parte de la directora; lo realmente anómalo era el silencio de Jerome. Justo en ese momento, tanto la directora como el joven observaron al tutor con un ligero desconcierto, como si esperaran su participación.

—¡Insisto en que no era el único que me encontraba allí! —exclamó William.

—No quiero escucharte más —dijo la directora golpeando la mesa con la punta de su dedo índice, remarcando cada una de sus palabras.

Jerome, mientras tanto, sacó de nuevo su móvil y observó la pantalla con los ojos muy abiertos. Parecía asustado.

—¿Ocurre algo, Jerome? —preguntó la directora. Supuso que habría recibido alguna mala noticia, el fallecimiento de un familiar o algo por el estilo. Este levantó el rostro, totalmente pálido, y movió de manera sutil la cabeza de un lado a otro.

—No. Todo está bien.

William observó a su tutor. Tenía la frente reluciente por el sudor y sus ojos miraban continuamente a las ventanas del despacho, que daban al jardín trasero del orfanato.

—¿Bien? —insistió la directora—. Este chico es una fábrica de problemas. Nuestro presupuesto anual es irrisorio y lo será más después de cambiar el cristal de la ventana.

El chico se pasó las manos por el rostro para ocultar un amago de sonrisa que brotó de sus labios. El motivo fue que se imaginó a Stuart cambiando el cristal a regañadientes mientras la directora trataba de vender el antiguo por un par de peniques. Ella continuaba con su discurso, del que se retroalimentaba para seguir y seguir. Tanto William como Jerome compartían la misma actitud: estaban sentados frente a ella y en completo silencio.

Fue entonces cuando ocurrió aquello que Jerome esperaba con temor.

CAPÍTULO 5

PRIMERO SE ESCUCHÓ un grito de Stuart avisando de algo, aunque nadie pudo comprender bien a qué se refería. Apenas un segundo después sonó el estruendo metálico de la puerta principal de entrada al orfanato y el rugido de un motor.

La directora reaccionó de súbito y salió corriendo del despacho, gritando que todos los niños se dirigieran a la biblioteca. Todos sin excepción obedecieron, compartían las mismas expresiones de desconcierto en el rostro.

William, igualmente asustado, se levantó dispuesto a dirigirse a la biblioteca —se había librado de un buen castigo, por el momento—, pero Jerome le sujetó el brazo con decisión, apretando con fuerza.

—No, William. Tú no puedes salir.

—Pero…

—No es seguro para ti.

El muchacho no comprendía nada. Más allá de la puerta, a través de los pasillos, comenzaron a sonar voces y golpes, como si estuvieran tirando las estanterías o dando golpes contra las paredes.

—¿Qué es eso? —preguntó William—. ¿Qué está pasando?

—Tenemos que irnos, William.

Sin decir nada más, Jerome tiró del brazo del chico y se dirigió a la puerta del despacho, desde donde se asomó al pasillo. William oponía resistencia, pero no la suficiente como para librarse de la mano de su tutor.

—Creo que están en la otra ala. Podemos salir por la puerta de emergencia —dijo Jerome mientras, a su vez, tiraba del brazo del chico. Sin embargo, este no le siguió.

—No voy a moverme hasta que me digas qué está pasando.

La repentina fuerza de William sorprendió a Jerome, que trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo. Pero no tenía tiempo para explicaciones, no mientras no consiguieran poner tierra de por medio. Tiró nuevamente del chico, pero lo único que consiguió fue que ambos se cayeran frente al despacho de la directora Johnson.

—Te has vuelto loc… —La mano del tutor sobre sus labios lo silenció. Jerome le suplicaba con la mirada que guardase silencio. Después, con un leve gesto de cabeza, le indicó el final del pasillo. Desde allí llegaba una voz:

—Tenemos que encontrar al chico cuanto antes.

Los ojos de William se abrieron de par en par. No sabía por qué, pero tenía la certeza de que «ese» chico era él. Ya no quería separarse

del tutor Burton bajo ningún concepto.

—Vienen a por ti y la única forma que tienes de escapar es confiando en mí, ¿de acuerdo? Después te lo explicaré todo.

William asintió en silencio y Jerome le retiró la mano de la boca. Miró al punto desde el cual provenía la voz. Más allá se escuchaban los gritos de algunos niños y, casi imperceptibles, el sonido de unos pasos que se acercaban lentamente. «Vienen hacia aquí», pensó Jerome. Todavía estaban a tiempo de escapar por la salida de emergencia, pero recordó que la puerta se conectaba al sistema de alarma del orfanato, para evitar que ningún muchacho se escapara, por lo que quizás no era la opción más recomendable. Pero no tenía mucho más tiempo. Los pasos sonaban cada vez más cerca y el chico estaba a punto de romper a llorar.

—Al piso de arriba —susurró Jerome. William no rebatió la orden, levantándose incluso antes que su tutor.

A pocos metros de ellos había un acceso a la escalera secundaria del orfanato, que era usada mayormente por los tutores, ya fuera para hacer las rondas o para fumarse un cigarrillo si el tiempo en el exterior era apacible. Los chicos lo sabían y en algunas ocasiones pasaban por la escalera para ver si quedaba alguna colilla a la que le quedasen un par de caladas.

Subieron las escaleras a toda velocidad y cuando llegaron a la primera planta se encontraron con un silencio absoluto. Todos debían estar abajo.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó William. Por el hueco de la escalera se oían varias voces.

—Quiero que cierres todas las puertas y ventanas. ¿Me ha oído, viejo?

—Las ventanas están todas bloqueadas ya. Las tenemos así por los niños.

William y Jerome reconocieron la voz de Stuart. Pero no sonaba lejana y borde como acostumbraba, sino temblorosa. A los dos se les erizó la piel: jamás lo habían escuchado hablar de esa manera.

—Mientras tanto, sube tú a las plantas superiores. Quiero a todo el mundo abajo.

La última orden los puso en alerta. Jerome y William se miraron.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el muchacho.

—Nada bueno. ¡Vamos!

William volvió a sujetarle del brazo y avanzaron a toda velocidad por el pasillo. Cuando llegaron al final, entraron a una de las habitaciones y se acercaron a la única ventana de la habitación.

—Stuart ha dicho que están todas cerradas —dijo William. Sin embargo, a Jerome no le importó. Comenzó a manipular la ventana. El marco era de madera maciza, y los cerrojos, antiguos, de un metal

burdo que le daba al lugar aspecto de fortaleza inexpugnable.

—Lo están, pero llevo trabajando aquí muchos años —contestó Jerome mientras sacudía la ventana—. Las ventanas de la planta baja están cerradas, pero las de la planta superior están simplemente bloqueadas. Se abren si se zarandean con fuerza. Las tenemos de esta manera por si ocurre algún incendio.

Jerome comenzó a golpear la ventana, ocasionando un ruido que a William, en tales circunstancias, le pareció excesivo.

—¡Hay alguien arriba! —exclamó alguien a lo lejos.

William se dio la vuelta, esperando a que alguien apareciera de un momento a otro por la puerta. Esos segundos le parecieron milenios.

Sin embargo, en uno de esos intentos los cerrojos de la ventana cedieron y la ventana se abrió de par en par. Nada más hacerlo, William comprendió la intención de su tutor. Esa ventana daba a un techo saliente de la planta inferior, un espacio de varios metros que podrían utilizar para llegar de nuevo al jardín, a donde aterrizarían de un salto sin mucha dificultad.

—¡Vamos!

Sin pausa, Jerome cogió a William en volandas y lo alzó por el marco de la ventana. El chico, sentado en el alféizar, dudó los primeros segundos, pero después comprendió que no le quedaba más opción que saltar al tejado. Cuando lo hizo, estuvo cerca de resbalar, ya que las tejas de cerámicas estaban húmedas y recubiertas de moho. De hecho, se hubiera caído si no fuera porque Jerome, que también había saltado, lo sujetó con fuerza por un hombro y le ayudó a estabilizarse.

—Pisa con cuidado.

El muchacho asintió, aunque en lo único que pensaba era qué hacía en el tejado del orfanato y quiénes eran esos hombres que iban tras él. Esta última cuestión se trasladó a su boca casi sin darle tiempo a advertirlo.

—¿Quiénes son?

Jerome avanzaba balanceando su cuerpo para no perder el equilibrio.

—Gente mala, William. Con que sepas eso es suficiente por el momento. Ya hablaremos más adelante.

La respuesta no le valía en absoluto, pero todo ocurría a tal velocidad que razonar era simplemente imposible. Se acercaron al borde del tejado y observaron durante un instante el solitario jardín. No podía asegurarlo, pero Jerome estaba seguro de que la puerta principal estaría vigilada.

—Tenemos que escondernos en alguna parte.

El chico asintió y barrió el jardín con la mirada.

—¡Allí! ¡Es donde vive Leopoldo! Si nos metemos dentro, jamás

nos encontrarán.

Jerome arqueó las cejas, extrañado.

—¿Quién es Leopoldo?

—Mi gato. Es mi mascota. Hay un espacio en el muro. No nos verán.

Y sin decir nada más, William saltó al jardín con una agilidad que sorprendió a Jerome. Ya lo había visto antes hacer cosas así. Era como si en contadas ocasiones el cuerpo del chico se transformara en el de un felino. Antes de que sucediera lo del cristal de la garita, lo había visto saltar las escaleras de la puerta principal como si bajara un simple escalón.

Un ruido brusco a su espalda hizo que Jerome se lanzara también hacia el jardín. Durante los dos segundos que estuvo en el aire se esperanzó en aterrizar con la mitad de la agilidad que había demostrado William, aunque la realidad fue bien diferente. Cayó de pie, pero su impulso lo hizo darse de bruces contra el jardín. Se levantó rápidamente y se dispuso a seguir al chico, pero la espalda le dolía horrores.

—Es por aquí —dijo William mientras corría hacia la linde del bosque, que se había adentrado en el perímetro del orfanato hasta ocultar parte del muro exterior. Jerome se sorprendió al llegar a aquel lugar. Cuando atravesó la primera línea de árboles y miró hacia atrás, se sorprendió de lo complicado que era contemplar el edificio desde allí. Dejaron atrás los arbustos y llegaron hasta el ruinoso muro. Jerome se planteó saltarlo, pero a la altura se sumaban los cristales rotos que remataban la parte superior del muro.

—No podemos salir por aquí.

En eso tenía razón. Si los descubrían, no tendrían escapatoria.

—Pero nos podemos esconder —afirmó William señalando a la incipiente cabañita hecha de ramas detrás de los arbustos. No era muy grande, pero podía serles útil. Después de todo, aquellos hombres no podrían mantener el orfanato secuestrado permanentemente. Mientras se acomodaban en el interior y se ocultaban todo lo posible con las ramas, un relámpago sesgó el cielo y comenzó a caer una lluvia ligera que enmudecía cualquier sonido. Pasaron los siguientes minutos en silencio, expectantes ante lo que pudiera provenir del jardín. Sin embargo, por el momento, no parecían haberlos visto dirigirse hacia allí.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó William de nuevo. Lo hizo con una voz tan compungida que a Jerome le resultó complicado guardar silencio.

—Esos hombres te están buscando.

—¿A mí? ¿Yo qué les he hecho? —dijo el joven, histérico.

—No les has hecho nada, pero…

La garganta de Jerome se cerró de súbito cuando vislumbró varias figuras que se acercaban. Un grupo de tres o cuatro hombres caminaban por el jardín. Destacaba la voz de uno de ellos, quien les daba indicaciones a los demás.

—El joven tiene que estar en alguna parte. Es imposible que haya salido. Registraremos todo el perímetro exterior. ¡Separaos!

El corazón de William comenzó a latir más deprisa. «Vienen a por mí», pensaba. No obstante, no fue nada comparado con el momento en el que miró a su derecha y vio unos pies justo al lado de donde se encontraban. Pero no eran zapatos de hombre, sino de mujer. Una larga gabardina le llegaba a la altura de la espinilla. William aporreó el brazo de Jerome, que abrió los ojos aterrado.

—Nos han encontrado.

CAPÍTULO 6

JEROME Y WILLIAM dieron por hecho que los habían descubierto. Sin embargo, lo que sucedió a continuación los dejó atónitos. La mujer comenzó a caminar de un lado a otro con total tranquilidad, no como si los estuviera buscando. Apenas se alejó de ahí, pudieron ver que se trataba de una mujer rubia, de ojos azules y que vestía una larga chaqueta que le llegaba casi a la altura de los tobillos. William pensó en Sherlock Holmes cuando la vio. Permanecía con los brazos en jarra y parecía estar molesta.

—Creía que estaría aquí —dijo. Fue entonces cuando comenzó a susurrar unas palabras que ni Jerome ni William fueron capaces de entender. Parecía que estaba gritando sin más.

—¡Aquí estás! —exclamó.

De repente, un gato negro se lanzó a sus brazos como si se tratara de su ama.

—¡Leopoldo! —gritó William. No pudo controlar el impulso. La mujer, con el gato entre los brazos, se agachó y se puso a la misma altura en la que ambos se encontraban. Entre ellos se levantaban unos densos matorrales, por lo que Jerome y William no sabían si quedaban ocultos a la vista de ella. Lo cierto era que no podían moverse: era su única oportunidad...

—Supongo que tú eres William —dijo la mujer—. Yo soy Camille. Vengo a ayudarte.

Jerome se interpuso entre la extraña mujer y William, que se quedó petrificado. No tenían escapatoria, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Quién eres? —preguntó.

Camille dibujó una sonrisa amable.

—Soy Camille. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el orfanato—. Creo que no tenemos tiempo para una extensa charla. Podemos hablar tranquilamente cuando salgamos de aquí. ¿Qué me dices?

—¿No estás con los Belmont? —preguntó Jerome. Camille torció el gesto.

—¿Los Belmont? ¿Te refieres a esos hombres?

Jerome asintió. William, por su parte, no daba crédito a lo que pasaba. Su tutor conocía a esos hombres y seguro también estaba al tanto de sus intenciones, pero él era ajeno a todo lo que estaba sucediendo.

—Si fuera así, ya os habría entregado.

—¡Hay alguien ahí! —gritó una voz al otro lado de los árboles,

justo donde terminaba el jardín del orfanato.

—¡Tenemos que irnos! —Camille se incorporó y dejó caer al gato, que encaró al grupo de hombres que se acercaba.

—¡No os mováis!

Camille afinó la mirada. Estaban armados.

—Saltad el muro —dijo—. ¡Ahora!

Jerome y William salieron de su escondite, pero, todavía agazapados, comprobaron que era demasiado alto, además de los cristales rotos que lo coronaban.

—No podemos saltarlo. Es…

Camille, sin dejar a Jerome terminar su frase, hizo un gesto con la mano hacia el muro. Justo encima de ellos, la parte superior se derrumbó con una facilidad pasmosa, quedando a poco más de un metro y medio de altura.

Entonces fue William el que tomó la iniciativa y se dirigió hacia el muro. No comprendía lo que estaba sucediendo ni mucho menos cómo esa mujer había derribado parte del muro, pero sí estaba convencido de que sus intenciones eran sinceras y de que tenían una oportunidad para escapar.

—¡Es el chico! —Los hombres, cuatro en total, atravesaron la primera línea de árboles y comenzaron a disparar—. ¡Que no escape!

Jerome ayudó a William a escalar el muro, había una posibilidad de escapar. Pero entonces sintió un dolor lacerante en la parte superior de la espalda. Un intenso dolor que le arrebató las fuerzas de las piernas y le hizo caer al suelo. William, encaramado en la parte superior, vio el reguero de sangre que se originaba y le brotaba de la espalda.

—¡Tutor Burton!

Camille miró hacia atrás y observó frustrada el tiro que había recibido.

—*Encárgate de ellos.*

El gato escuchó sus palabras y avanzó al encuentro de los hombres con el pelo erizado y las fauces abiertas.

—Apártate de mi cami…

Lo que esos cuatro hombres vieron a continuación los trastornó. En un primer momento, vieron que el felino bufó sin más, como lo haría cualquier gato, pero de su boca emanó algo terrible, incomprensible para sus ojos.

Camille se acercó a Jerome. Un simple vistazo le bastó para saber que había recibido un tiro fatal. Seguramente le habría afectado los pulmones y la tráquea, porque en su esfuerzo por respirar aparecían burbujas de sangre en sus labios. Su gesto de dolor era muy intenso. William lloraba subido en el muro.

—Ayúdale —suplicó a Camille.

—Sácalo de aquí —dijo Jerome con gran esfuerzo. Su mano derecha, temblorosa, buscó en sus bolsillos el teléfono móvil y se lo ofreció a Camille—. Con esto el chico lo comprenderá todo. No dejes que lo atrapen.

Camille sujetó el teléfono y puso sus labios sobre la frente de Jerome. William seguía clamando en su auxilio. De repente, el cuerpo de Jerome dejó de temblar. Su respiración se pausó y su mirada buscó algo en el infinito. Cuando Camille se incorporó, su cuerpo yacía inerte.

—¡No!

El grito desesperado de William pronto quedó mudo ante esa extraña mujer. Sonreía plenamente y asentía como si nada hubiera ocurrido. Aquella extraña situación duró unos segundos. Después Camille se giró hacia William:

—Tenemos que irnos.

El muchacho negó con la cabeza, pero los gritos que salieron del orfanato le hicieron comprender que no tenía más remedio que fiarse de esa mujer. Ayudó que Leopoldo se lanzara a sus brazos con un salto ágil.

—Te lo explicaré todo en cuanto estés a salvo.

William asintió, entre lágrimas, mientras miraba hacia atrás y pensaba que Jerome no lo había conseguido.

CAPÍTULO 7

CAMILLE Y WILLIAM —con Leopoldo en sus brazos— dejaron atrás el orfanato y se internaron en el bosque. Camille encabezaba el grupo y giraba a un lado y a otro como si conociera la zona a la perfección.

—¿A dónde vamos? —preguntó William.

—Lo más lejos posible del orfanato —contestó Camille. La verdad era que Camille no tenía la menor idea de adónde dirigirse. Su prioridad era escapar de los hombres, de los Belmont, y una vez a salvo, ver qué había en el teléfono que le entregó Jerome. Confiaba en que ahí se encontraran todas las respuestas.

El sol de la tarde y las nubes adelantaron el ocaso. La sombra en el interior del bosque se extendió por doquier y caminar sin tropezar se hacía cada vez más complicado. Además, William estaba exhausto.

—No puedo más —dijo deteniéndose en seco.

Camille se giró y asintió mientras miraba el horizonte que habían dejado atrás. El orfanato debía quedar a varios kilómetros. Las probabilidades de que esos hombres los encontraran eran mínimas, por no mencionar que cuatro de ellos necesitarían cierto tiempo para superar lo que habían visto. Podían permitirse un descanso.

—Hay un pueblo no muy lejos de aquí. Creo que a un par de kilómetros. Alquilaremos un auto y pondremos más tierra de por medio.

William no dijo nada. Puso a Leopoldo en el suelo y después se dejó caer sobre aquel tapiz de hojas amarillentas, podridas y húmedas. No dejó de observar a Camille en ningún momento. Esta era consciente de la fijación del muchacho, pero también tenía cosas en las que pensar. Estaba en el Mundo de los Vivos para entrometerse directamente en sus asuntos, lo que iba en contra de su propia naturaleza. Su jurisdicción, por llamarla de alguna manera, eran los muertos, los espíritus perdidos que no encontraban su camino para cruzar al otro lado del Aqueronte. Pero el chico que la miraba, William, estaba vivo. Es más, tenía que evitar su muerte o que lo atraparan.

—¿No piensa decirme nada? —preguntó al fin William. Camille se giró y lo observó con atención. Había algo diferente en el muchacho, en sus ojos relucía algo que no sabía identificar.

—Puedes tutearme —respondió Camille. El chico sonrió ante una respuesta tan absurda. Ella sacó el teléfono de Jerome del bolsillo y se lo lanzó.

—Me dijo que aquí encontrarías las respuestas. Poco más puedo

decirte.

—¿Qué respuestas? —preguntó William mientras miraba el teléfono como si se tratara de un artilugio extraño.

—Ojalá lo supiera.

El chico desbloqueó el móvil y comenzó a navegar por la interfaz. A simple vista no había nada que le llamara la atención.

—¿No te dijo nada más?

Camille sacudió la cabeza.

Sin embargo, en una carpeta descubrió, a su vez, otra carpeta. DOCUMENTOS HERENCIA WILLIAM, leyó. Los ojos del muchacho se abrieron como platos. La palabra «herencia» no formaba parte de su mundo. Desde que tuvo consciencia estuvo solo. Ni siquiera tenía un mero concepto de lo que era una familia. En ocasiones, sentía que simplemente había brotado de la tierra como la mala hierba y que su destino, tarde o temprano, era desaparecer sin más. Nadie se preocuparía por él.

Puso el dedo encima de la carpeta y esta se abrió mostrando dos documentos. Uno estaba cifrado y se necesitaba un programa específico para acceder. El otro era un simple documento de texto. Este sí pudo abrirlo.

—No puede ser verdad —dijo William al cabo de unos segundos. Sendas lágrimas comenzaron a correr mejillas abajo, abriéndose paso hasta la comisura de sus labios. Camille se acercó y se situó a la espalda del muchacho. El documento indicaba que William Milton —pues ese era su verdadero apellido— era el único hijo del fallecido magnate Edgar Milton, por lo que era el heredero *de facto* de toda su fortuna, activos y propiedades. Las pruebas de consanguineidad y el propio testimonio de Edgar Milton al respecto se encontraban en el archivo cifrado que acompañaba al documento.

—¿Soy rico? —susurró William.

—Léelo todo, chico. Lo serás si entregas el archivo cifrado a las autoridades pertinentes antes de, exactamente —dijo Camille y miró su reloj—, seis días y catorce horas.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? ¿A dónde hay que ir?

Camille extendió la mano y le quitó el teléfono de las manos.

—A Estados Unidos. A la mansión Milton, en Providence, donde falleció tu… padre. Allí podrás validar el archivo cifrado y acceder legalmente a la herencia.

—¿Mi padre? —repitió William como si se tratara de un privilegio.

—Aunque no serás el único.

El rostro del joven se turbó.

—¿A qué te refieres?

—Hay otras personas que podrían heredar toda la fortuna si no te presentaras dentro del plazo.

—Los que estaban en el orfanato —dijo William con el rostro pálido.

—Esos no serían más que unos mandados. Los que realmente van detrás de ti y de la herencia de tu padre son los Belmont. Jerome te lo deja muy claro: «cuídate de los Belmont».

Camille le devolvió el teléfono y se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, supongo que hay que ponerse en marcha. Salgamos de una vez de este bosque —dijo ella para animar al joven.

William se levantó y guardó el aparato en el bolsillo.

—Te llamas Camille, ¿verdad?

—Y tú William Milton.

—William, a secas, por el momento.

CAPÍTULO 8

LLEGARON, pasada la medianoche, a un pequeño hotel de Watford, a las afueras de Londres. El recepcionista se sorprendió al ver llegar a una mujer y a un muchacho a esas horas de la noche pidiendo una habitación. No aceptaban mascotas, por lo que Camille dejó a Leopoldo afuera y este se perdió en un resquicio oscuro de la calle. Hacía rato ya que había comenzado a llover profusamente.

—Estará bien. No te preocupes —dijo Camille.

Ya en la recepción, William se quedó de piedra cuando el recepcionista les pidió los documentos de identidad y Camille los sacó del bolsillo con suma naturalidad. Era tal la impresión en su rostro que Camille le tuvo que hacer un gesto para que el recepcionista no pensara nada extraño. Pagó la habitación —estancia de una noche— y cogió la llave. Después le dijo al recepcionista que saldrían a primera hora, muy temprano, y quería saber si había posibilidad de tomar café.

—Las puertas de la cafetería están abiertas a partir de las cinco y media.

—Estupendo. Muchas gracias.

Cuando llegaron a la habitación, lo primero que hizo William fue lanzarse sobre la cama y quedarse bocabajo durante unos minutos. Jamás había estado tan cansado. En su cabeza no paraba de dar vueltas la carta que leyó en el móvil de Jerome, quien había muerto delante de sus propios ojos. Recordaba con todo detalle la sangre cayendo por su espalda como si saliera de un grifo abierto. Las lágrimas regresaron a sus ojos cuando advirtió que siempre lo había protegido, que la conexión que había sentido con él desde siempre tenía fundamento. Sin embargo, ¿quién era en realidad Jerome? Eso le intrigaba.

—¿Conocías al tutor Burton? —preguntó William con voz gangosa, rota por el llanto.

Camille, que estaba poniendo sobre la mesa lo que llevaba en los bolsillos, negó con la cabeza.

—Cuando llegamos al muro, tú no estabas —continuó William—, y de repente, apareciste de la nada. Después llamaste a Leopoldo, lo hiciste de una manera muy extraña, pero te obedeció.

Camille permaneció en silencio. No sabía cómo llevar la situación ni qué contestarle.

—Es complicado, William, y es tarde. Si te parece, será mejor que descanses. Mañana hablaremos.

William quiso insistir, pero por algún motivo esa mujer le transmitía una paz infinita. En ese momento, mientras la observaba, cayó en la cuenta de que no estaba herida. Jerome recibió un disparo, el muro se llevó la peor parte, y ella, que estuvo en todo momento de pie entre esos hombres y él, no tenía ni un rasguño.

Estaba divagando en sus pensamientos, sin embargo, todo cambió cuando se percató de que había un pequeño televisor en la esquina de la habitación. El sueño desapareció y enseguida se sintió la persona más afortunada del mundo. Se incorporó de un salto y buscó el mando a distancia por toda la habitación, y encendió el televisor.

—Nunca he tenido una televisión para mí.

Camille sonrió con ternura mientras William esperaba que el aparato se encendiese. Era antigua y necesitaba de tiempo para ello. Sin embargo, la desilusión se instaló pronto en el joven. Los cuatro o cinco canales que había eran todos de noticias.

—¿Preferías los dibujos animados? —preguntó Camille.

—No soy tan pequeño. Quería ver una película de acción, pero, aun así, me conformo con las noticias.

—Intenta dormir. Voy a intentar comprar los billetes de avión para mañana. Saldremos en el primer vuelo.

William asintió. Era en él innato acatar órdenes. A lo largo de su vida, siempre había tenido que someterse a una voz extraña que le decía qué podía o no podía hacer. Ahora el contexto había cambiado drásticamente. Ya no era un simple huérfano; no, ahora era hijo de un importante magnate que acababa de fallecer, lo que significaba que era inmensamente rico, o lo sería cuando validara aquel archivo cifrado.

Las noticias dejaron atrás una guerra en algún país de Oriente Medio y pasaron a tratar el fallecimiento de Edgar Milton. Reprodujeron imágenes de archivo en las que se veía a un hombre radiante, vestido de manera elegante, dando la mano a políticos y demás autoridades. El presentador iba narrando por encima un breve resumen de su vida y los principales negocios en los que se había embarcado el magnate.

William estaba absorto, viendo al que se había convertido en su padre desde hacía un par de horas. De vez en cuando, comparaba la imagen de Edgar con la suya propia en el espejo que había frente a él, en un intento de ver coincidencias entre ambos rostros. Camille, que lo observaba, intervino:

—Te pareces un poco.

William se ruborizó.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

Después la atención de los dos se centró de nuevo en el televisor.

Allí, una mujer de luto daba una especie de rueda de prensa improvisada en un cementerio, seguramente donde habían enterrado a Edgar Milton. Pero lo que en realidad les llamó la atención fue el titular que daba nombre a esa mujer: Blake Belmont.

—Esa es la mujer que me quiere arrebatar lo que es mío.

—Eso parece —contestó Camille.

CAPÍTULO 9

LA NOCHE no había sido muy fructífera para Camille. Estuvieron viendo las noticias un rato más hasta que William se quedó dormido. Después aprovechó el tiempo disponible para buscar billetes de avión hacia los Estados Unidos. Sin embargo, se topó con más dificultades de las esperadas. Para empezar, el Reino Unido se encontraba bajo una importante borrasca que estaba causando estragos en las principales vías de comunicación: la mayoría de las pistas de los aeropuertos estaban anegadas y había un millar de vuelos retrasados. Era tal el caos que, por el momento, resultaba imposible adquirir billetes nuevos. A todo eso se sumaban carreteras cortadas y algunos ríos desbordados que hacían casi imposible desplazarse de un lugar a otro.

Todavía tenían suficientes días de plazo, no obstante. Por el momento, podría aprovechar para dejar descansar un poco a William. Estaba segura de que le vendría bien, aunque, por otra parte, los vivos no eran su especialidad. Precisamente, cuando lo vio dormir de manera tan plácida sobre la cama, recordó que no se trataba de ningún espíritu, sino de una persona viva, un chico de doce o trece años —como mucho— que de la noche a la mañana se había convertido en una de las personas más ricas del mundo.

Camille, frustrada, pasó el resto de la noche sentada frente a la ventana, observando la tupida manta de agua que caía. Incluso la luz de las farolas se veía empequeñecida, tímida ante semejante aguacero. La calle se había convertido en un riachuelo nervioso que relucía bajo los relámpagos.

—¿Es que no duermes?

Camille se giró bruscamente. William le había pillado por sorpresa.

—No tengo sueño.

—Eres un poco rara.

—No te falta razón, William.

—¿Por qué quieres ayudarme?

Camille apoyó su barbilla sobre el respaldo de la silla y encogió los hombros.

—Me lo han ordenado.

—¿Quién? ¿Tu jefe? ¿Eres policía o algo así?

—Digamos que sí, una agente especial.

—¿Como James Bond?

Camille soltó una carcajada.

—Sí, como James Bond.

CAPÍTULO 10

WILLIAM DORMITÓ un par de horas más, pero poco antes de las ocho de la mañana, los nervios por saber qué les traería el nuevo día lo hizo desvelarse. Se asearon un poco y bajaron a la recepción. Allí se encontraba el mismo recepcionista de la pasada noche, quien les indicó que podían desayunar en la cafetería del hotel.

Camille se tomó un café, pero William comió todas las tostadas y bollitos de chocolate que pudo. La mujer estaba sorprendida de la voracidad del chico. Viéndole, daba la sensación de que no había comido en meses.

—Veo que tienes hambre —dijo Camille.

—Está todo delicioso —contestó William mientras untaba mantequilla en su tercera tostada—. En el orfanato siempre comíamos lo mismo. Estaba harto.

—Deberías tomártelo con más calma.

Después miró el reloj y suspiró.

—¿Qué sucede? —preguntó William.

—Creo que no podremos volar hoy a Estados Unidos. El tiempo está fatal. Está casi todo inundado y se han retrasado centenares de vuelos. Tendremos que esperar a que se solucione un poco la cosa.

El rostro del muchacho cambió de súbito.

—Pero llegaremos antes de que acabe el plazo, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes. Todo se solucionará en cuestión de horas. Es solo un contratiempo.

Pero la previsión de Camille no fue tan acertada. Intentó en las horas siguientes conseguir los billetes de avión, fuera cual fuera el precio, pero le resultó imposible. William pidió ir a dar un paseo, pero la lluvia les hizo descartar esa opción.

—¿Leopoldo estará bien?

Camille tardó un segundo en relacionar el nombre de Leopoldo con el gato, el guardián de almas.

—Sí, es un gato muy listo. Te aseguro de que no tendrá problemas.

Regresaron a la habitación y estuvieron allí el resto de la mañana. Con gran pesar, Camille llamó a la recepción para ampliar su estancia por una noche más. En otra circunstancia no lo habría hecho, pero confió en que los hombres que iban tras el muchacho tampoco podrían moverse fácilmente.

Para cerciorarse de ello, buscó en varios periódicos digitales noticias acerca del orfanato. Solo un diario local hablaba del intento de robo de un orfanato de la región en la que un cuidador había salido

«herido». En el resto ni se mencionaba. A Camille le pareció cuanto menos curioso, ya que no todos los días un orfanato se convertía en el escenario de un robo.

—Pero mataron al tutor Burton. Lo vimos —dijo William. Camille asintió en silencio. Sopesó la opción de decirle que ella había visto su alma abandonar su cuerpo y dirigirse al Umbral. No tenía dudas: Jerome Burton estaba muerto.

—Puede que los Belmont estén utilizando su influencia. Querrán que todo permanezca en el anonimato. Si lo analizamos fríamente, se están jugando mucho en todo esto.

Camille dudó un instante acerca de las palabras utilizadas. William, pese a su aspecto de madurez, no era más que un niño. Su mirada pensativa y de cierto temor mostraba su ser.

—Tengo un poco de hambre, ¿y tú?

El rostro de William se iluminó.

—Un poco.

—Parece que llueve menos. Quizás puedan recomendarnos algún sitio.

CAPÍTULO 11

EN LA RECEPCIÓN del hotel les mencionaron que lo único que estaría abierto debido a la tormenta sería una pequeña taberna que se encontraba unas calles más allá.

—Puede que no sea el mejor lugar para un jovencito como él, pero difícilmente encontrarán otro lugar abierto —respondió el anciano que estaba tras el mostrador de la recepción.

—Tengo otra pregunta —insistió Camille—. ¿A cuánto está de aquí el aeropuerto más cercano?

—No estoy muy seguro, pero diría que a unos veinte kilómetros más o menos. Pero no le recomiendo que se desplace por ahora. Esta maldita tormenta nos está golpeando con fuerza y muchas carreteras están cortadas.

—No se preocupe. Esperaremos un par de horas.

Salieron del hotel y se dirigieron a la carrera hacia la taberna. En el camino se les unió Leopoldo, que provocó una amplia sonrisa en William. El felino le saltó a los brazos y, cuando lo tuvo entre sus manos, se sorprendió de que el animal estuviese completamente seco. Demasiado seco.

No tardaron mucho más en llegar a la taberna. Se trataba de un edificio bajo, edificado en su totalidad en madera y con un aspecto lamentable. Gran parte de la madera estaba oscurecida y podrida por la humedad o la falta de cuidados. Los cristales de las ventanas eran gruesos y escupían desde dentro una luz anaranjada y tristona que le daba un aspecto decimonónico al lugar.

—Es aquí —dijo Camille. William no parecía muy convencido.

—¿No hay ningún Burger King? —preguntó el muchacho con una sonrisa.

—Anda, entremos. No te separes de mí y no hables con nadie, ¿de acuerdo? Si ves algo extraño, quiero que me lo digas. No tenemos por qué correr ningún riesgo.

El chico asintió y siguió a Camille hacia el interior. Nada más atravesar la entrada, se detuvieron a observar el interior. No había más de siete personas, en su mayoría hombres, con grandes pintas frente a ellos y cigarrillos por doquier. De hecho, el ambiente estaba tan cargado que picaban los ojos.

El tabernero, desde la barra, se quedó mirando a sus dos nuevos clientes mientras mascaba un palillo de dientes.

—¿Quieren algo? —preguntó desde la barra.

—Eso depende —dijo Camille dando un paso hacia delante, sin

dejar de tener a William ubicado. No solía inmiscuirse en los asuntos de los vivos, pero sí que sabía cómo actuar frente a ellos—. Tenemos hambre, ¿aquí se sirve comida?

El tabernero sonrió, chulesco, pero vio algo en los ojos de Camille que le borró la sonrisa de un plumazo.

—Eh, sí, claro. Hay estofado.

—Nos sentaremos en esta mesa —dijo Camille señalando hacia un sitio apartado.

—No hay problema. Ahora mismo les atiendo.

Camille y William, acompañados del gato, se sentaron en la mesa, mientras, eran observados por el resto de clientes. En la barra había dos hombres desaliñados que combinaban tragos de cerveza con caladas de cigarrillo. Más al fondo, un grupo de tres hombres y una mujer jugaban a las cartas y observaban de reojo a su vez a otro hombre que estaba sentado varias mesas más allá. Este fumaba en una pipa rota que producía un silbido peculiar cada vez que aspiraba el humo. Parecía resentido.

—Me parece una vergüenza que nadie vaya a tomar cartas en el asunto —dijo el hombre de la pipa. Después comenzó a reírse por su propio juego de palabras.

—Eh, pipiolo. No quiero más problemas en mi taberna, ¿lo has entendido? —dijo el tabernero señalándole con el dedo índice. Camille y William observaban, atentos y divertidos al mismo tiempo.

—¿A usted le parece justo? Estos caballeros no saben jugar ni mucho menos perder. ¡Me deben veinte libras! ¡Treinta y cinco si le incluimos la pipa!

—¡He dicho que es suficiente!

William observaba la escena, boquiabierto, como si estuviera en el cine. Después de pasar toda su vida en un orfanato, aquello era todo un espectáculo.

—¿Quieres que nos vayamos, William?

—Jamás —respondió el chico.

El hombre de la pipa cabeceó mientras dibujaba una mueca de indignación en sus labios. La pipa se mantenía en ellos mostrando un milagroso equilibrio.

—¿Qué ha ocurrido?

La voz del muchacho pilló a todos por sorpresa, quienes lo miraron como si se tratase de un ser de otro planeta. Camille le dio un ligero golpe en el hombro, recriminándole su intervención.

—Todo bien —les dijo Camille.

Sin embargo, el hombre de la pipa se quedó mirando hacia William unos segundos antes de levantarse de su asiento.

—Por fin alguien que se interesa por los demás. Estoy cansado de escuchar que los jóvenes de ahora son desagradecidos e

individualistas, pero este chico, ¿cómo te llamas, chico?

Camille se puso en tensión y hasta el gato se erizó.

William guardó silencio y clavó la mirada en el hombre.

—Bien por ti, chico. Tienes más arrojo que todos los aquí presentes. Lo que ha ocurrido aquí es que estos señores —dijo señalando hacia los que jugaban a las cartas— son los peores jugadores de cartas del mundo, de la historia, si me permites. Pero no contentos con ello, solo aceptan las normas cuando ganan; si no, hacen todas las triquiñuelas posibles para engañarte y sacarte hasta el último penique.

—¿No has tenido suficiente? —preguntó uno de los hombres que jugaba a las cartas—. ¿Quieres jugar otra vez? Danos cincuenta libras y podrás sentarte de nuevo en la mesa.

—No pienso daros ni un solo penique hasta que me paguéis lo que me debéis.

Un repentino golpe calló a todos. El tabernero había arrojado la bandeja metálica contra la pared.

—¡He dicho que es suficiente! Usted, detective de los cojones, cállese de una vez o váyase de vuelta a su país.

Camille arqueó las cejas: «¿Detective?». Tuvo un pálpito.

—¿Puedo invitarle a un plato de estofado?

La propuesta de Camille sorprendió tanto a William como al supuesto detective.

—¿Es a mí? —dijo este sorprendido.

—No le vendría mal comer algo. Venga, olvide todo eso de las cartas y siéntese con nosotros.

—¿Qué estás haciendo? —susurró William, pero Camille le tranquilizó con un gesto.

—Sería un maleducado si rechazara la invitación. Aun así, insisto, no quiero molestar.

—Tranquilo.

El hombre, sin perder ni un segundo, se sentó en la mesa y se arremangó las mangas de la camisa. Desprendía un ligero olor a alcohol.

—Ya lo ha escuchado, tabernero. Todavía hay gente buena por el mundo. ¡Un plato de estofado! ¡Sea generoso! —gritó.

El tabernero lo miró con un mal gesto y asintió resignado. No estaba dispuesto a buscarse problemas con esa mujer tan desconcertante. Era cierto que pesaba como cincuenta kilos más que ella y que en términos físicos no le acarrearía muchos problemas, pero seguía sin gustarle ni un pelo.

—Discúlpenme. Me llamo Harrison —dijo estrechando la mano a Camille, luego hizo lo mismo con el chico.

—¿Harrison? ¿Ese no es un apellido? —preguntó Camille. William

no le quitaba ojo a aquel hombre tan extravagante. Llevaba el pelo engominado hacia atrás, luciendo un llamativo tupé que le recordaba a un antiguo cantante de *rock*.

—En parte sí. Como bien habrá escuchado, soy detective, y estoy investigando un caso muy importante, algo de transcendencia mundial. —Guiñó el ojo al chico—. Por lo que procuro ser discreto. En mi trabajo es fundamental pasar desapercibido. Un chasqueo de dedos y me vuelvo invisible.

Camille se quedó boquiabierta y hasta William no entendió bien de qué discreción hablaba ese hombre. Su solo aspecto ya destacaba entre la gente común.

—Pues no predica con el ejemplo —dijo Camille con una sonrisa.

El tabernero trajo el plato de estofado y lo dejó caer bruscamente frente a Harrison, salpicando un poco la mesa.

—¿Y la famosa galantería británica? —dijo cogiendo la cuchara y hundiéndola en la humeante comida. El tabernero deseó que el detective no se hubiera sentado con la mujer, pero no pudo hacer más que alejarse resignado—. ¿De qué estábamos hablando?

—De pasar desapercibido.

—Eso es. En mi profesión, tienes que saber convertirte en un fantasma para no ser visto.

Ella sonrió con una mueca irónica. Al fondo de la taberna, en una mesa en la que no solía sentarse nadie por algún motivo que nadie sabía explicar, el abuelo del tabernero, fallecido cincuenta años atrás, observaba el discurrir de la partida de cartas con un cigarro en los labios. Pensó que sería gracioso mostrárselo al detective, aunque no iba a hacerlo.

—¿Su nombre era? —le preguntó Camille para cambiar de tema.

—Con Harrison es suficiente.

—¿Harrison? —insistió Camille.

—¿Qué? ¡Oh!, sí, claro. Mi nombre, bueno, creo que es mejor así; gajes del oficio. ¿El suyo y el de su hijo? Todavía no me lo ha dicho.

William miró a Camille y esta le pidió que no interviniera con un leve gesto.

—Yo soy Camille y mi hijo se llama Thomas.

No percibía peligro alguno en ese hombre, más bien, todo lo contrario, pero aun así no podía arriesgarse a facilitar la verdadera identidad del chico. No hasta que estuviesen lejos de Inglaterra y fuera del alcance de los Belmont. Si conseguían embarcar en un avión y poner tierra de por medio, todo sería más sencillo.

Harrison asentía mientras comía como si nunca lo hubiera hecho.

—Lo he sabido nada más verles. Mi ojo no me falla. Un detective lo es las veinticuatro horas del día. Es un don que tengo.

William tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa.

—Así que es detective —continuó Camille.

—¡Exacto! Trabajo para los mejores, en casos de índole internacional la mayoría de las veces. El último caso me llevó hasta la India; una experiencia increíble.

—¿Qué investigaba? —preguntó el chico con entusiasmo. Era el mejor día de su vida.

—Eso no puedo decirlo, Thomas —dijo Harrison.

Pero a poco que insistió el chico, Harrison comenzó a darle todos los detalles de su investigación en la India. Camille escuchaba atenta, preguntándose cómo podía ese hombre ser detective, si es que realmente lo era. En cuanto a su experiencia increíble en la India, la realidad era que había sido contratado por una marca de ropa famosa para documentar la explotación a la que la competencia sumía a sus empleados. Su labor consistió en realizar un par de fotografías y tomar testimonio a varios trabajadores, a quienes tuvo que sobornar.

—¿Trabaja ahora en algún caso, Harrison? —preguntó Camille. El detective, que ya había terminado con el plato de estofado, se giró hacia ella y ladeó la cabeza primero a un lado y después a otro.

—Es evidente, ¿no? ¿Qué haría sino en un lugar como este? —dijo a media voz, provocando que uno de los hombres que jugaba a las cartas lo maldijera con la mirada. Mientras tanto, el tabernero secaba un vaso sin quitar los ojos de encima al peculiar trío.

—¿Y de dónde viene?

—De los Estados Unidos. Concretamente de Boston, donde tiene la central la agencia en la que presto mis servicios.

—Qué interesante. Creía que eso de los detectives era cosa de las películas —afirmó Camille, exagerando su interés.

—Me lo suelen decir —le respondió con falsa molestia.

—¿No puede contarnos un poco de su profesión? Es todo un privilegio conversar con alguien tan interesante.

William, que se había dado cuenta de las intenciones de Camille, intervino:

—¡Sí, por favor! Nunca he estado con un detective.

Camille miró al chico.

—Le haría tan feliz. No estamos pasando por un buen momento — al decir esto, Camille hizo el gesto de quitarse un anillo invisible de su dedo. Harrison frunció el ceño, pero después comprendió lo que quería decir.

—Bueno, lo mismo de aquí nace un nuevo detective —dijo pasando la mano por el pelo de William. Este sonrió.

—Igual hasta podemos serle de ayuda —añadió Camille para allanar el camino más todavía. Harrison, con gestos exagerados, les pidió acercarse a la mesa, para que nadie más escuchara lo que iba a contarles.

—Estoy investigando a una orden secreta, muy peligrosa, que puede estar extendiéndose a Reino Unido.

El chico sintió un escalofrío. De repente, aquello no le parecía tan divertido.

—¿Una orden secreta?

Harrison asintió.

—Edgar Milton, ¿saben quién es?

William estuvo a punto de caerse de la silla cuando escuchó el nombre del que era su padre. De hecho, no se cayó porque Camille, demostrando unos reflejos de superhéroe, agarró la silla en el último momento. A diferencia del chico, ella no había reaccionado a las palabras del detective.

—Ten cuidado, pequeño —dijo Harrison sin retirar la mirada de la mano de Camille—. Menudos reflejos. El instinto maternal, supongo.

Camille sonrió y continuó como si nada hubiese ocurrido.

—Edgar Milton es ese multimillonario que ha aparecido muerto, ¿verdad? He visto que incluso la bolsa se ha visto afectada.

—Era un hombre muy importante y estaba en posesión de los principales fondos de inversión de Wall Street. Ahora todos están temblando mientras esperan a saber lo que ocurrirá con esos miles de millones de dólares. Capitalismo, globalización, ya me entiende.

William tragó saliva. «Miles de millones de dólares».

—¿Y qué tiene que ver Edgar Milton con esa orden secreta que investiga?

Harrison miró a su alrededor antes de contestar. El tabernero seguía mirándole, fijamente, con franca hostilidad.

—La Orden de Herodes. Al parecer, puede estar detrás de la muerte del magnate. Sin embargo, todavía queda mucho por investigar y no puede darse nada por seguro.

William sintió otro escalofrío. El recuerdo de Jerome cayendo al suelo, herido de muerte, le estremeció. «Venían a por mí».

—¿La Orden de Herodes? —repitió Camille—. ¿Y por qué está en Inglaterra? El magnate vivía en Estados Unidos, ¿no?

—Así es, pero conseguimos información de que un allegado suyo vivía por aquí, en este condado. Se supone que tanto el señor Milton como este allegado estaban al tanto de la existencia de la Orden de Herodes, por lo que, si lo localizo, podré conseguir información relevante para descubrir qué le ocurrió al señor Milton. De resolver este caso, amigos, seré el detective más famoso del mundo. Por supuesto, mis superiores tendrían que rectificar ciertos comentarios respecto a mi persona y mi trayectoria profesional. Hay mucha envidia en el sector.

El muchacho giró la cabeza lentamente hacia Camille. Esta mantenía una mueca inexpresiva.

—¿Un allegado del señor Milton? Supongo que estará de regreso a los Estados Unidos para despedirse de él.

Harrison cabeceó.

—No, está aquí. No sé qué tipo de relación mantenían, pero ese hombre se encuentra en Inglaterra. Precisamente, tengo aquí una fotografía del sujeto. Supongo que no pasa nada si se las muestro. Puede que lo hayan visto.

El detective rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una fotocopia en blanco y negro de una fotografía ampliada. Extendió el papel y lo puso sobre la mesa.

—¿Qué me dicen? ¿Lo conocen?

Camille observó el papel y después miró fijamente a Harrison. William comenzó a temblar. El allegado del señor Milton, aquel que conocía la Orden de Herodes, no era otro que Jerome, el tutor de William.

CAPÍTULO 12

LA LLAMATIVA PERSONALIDAD de Harrison y el hecho de que el detective pusiera sobre la mesa la fotografía de Jerome Burton, allegado del magnate Edgar Milton, colmó completamente la atención de Camille, que no se percató de las incisivas miradas que les lanzaba el tabernero.

Hacía ya más de cinco minutos que secaba el mismo vaso, casi de manera obsesiva. No quitaba ojo a la mesa, pero también recordaba el extraño suceso que vivió jornadas antes.

Un par de días atrás un grupo de hombres había estado en la taberna. Llegaron a medianoche buscando algo para cenar. Él les dijo que apenas tenía nada y que iba a cerrar en diez minutos. Sin embargo, insistieron y le pusieron sobre el mostrador un fajo de libras para que les sirviera. Ese dinero fue suficiente para convencerlo. Preparó salchichas, huevos, beicon y una mezcla de lo que encontró en el refrigerador; lo hizo todo en cuestión de minutos.

Les sirvió la cena y trató de agasajarlos dándoles conversación, aunque los hombres no se mostraban muy locuaces.

—¿Ha oído hablar del orfanato Mercy? —le preguntó uno de ellos.

El tabernero se apuró en contestar la pregunta. Estaba convencido de que la respuesta correcta podría granjearle un par de libras más.

—Por supuesto. No está muy lejos de aquí.

Los hombres se miraron entre sí, hasta que uno de ellos hizo un gesto con la cabeza.

—Lo conoce entonces —insistió el hombre.

—Sí, claro. Es una institución muy antigua.

—¿Sabe si se ha producido algo anómalo los últimos días en el orfanato?

La pregunta extrañó al tabernero. El grupo de ocho hombres lo observaba fijamente. Llevaban la tensión impresa en el rostro y parecían ávidos de obtener información al respecto.

—No que yo sepa.

—¿No ha habido noticias de que un chico se halla fugado? ¿Algún suceso?

De nuevo, lo negó. Los hombres le agradecieron su sinceridad y terminaron de comer. Al cabo de unos minutos, cuando se marchaban, uno de ellos se acercó hasta el tabernero y puso otro fajo de billetes sobre la mesa:

—Queremos agradecer su hospitalidad. Si ve algo extraño, si la presencia de un menor por aquí le llama la atención, avísenos.

Seremos generosos con la recompensa.

Dicho esto, los hombres se marcharon y no volvió a saber de ellos. Los enviados por los Belmont hicieron lo mismo, aleatoriamente, en distintos negocios del condado en el que se encontraba el orfanato, con la idea de tejer una red de contactos que pudieran alertarles en caso de que el objetivo escapase del orfanato. Un buen puñado de libras era el mejor recordatorio para ello.

Por eso el tabernero no quitaba ojo de la mesa donde estaba el chico. Sospechó de él apenas entró, pero fue entonces cuando esa mujer lo miró con esos ojos azules que le helaron la sangre. Pero al serenarse, recordó a aquellos hombres y la extraña coincidencia que estaba teniendo lugar en su taberna en ese momento: el detective que decía estar sumido en un caso de repercusión internacional; la mujer de los ojos azules y el niño.

—¿Cuánto tiempo hace que no entraba un niño a la taberna? —susurró.

Se estremeció y dejó el vaso que secaba hacía ya casi diez minutos sobre la barra. Se acercó al teléfono y sacó de su bolsillo el número que le habían dejado esos hombres. Una extraña sensación en su interior le decía que ese chico era a quien estaban buscando. De ser así, le darían una buena cantidad, quizás suficiente para salir de aquel agujero cochambroso donde se pudría desde hacía más de veinte años.

—¿Hola? Soy el tabernero de Watford. Cenaron aquí hace un par de noches…

CAPÍTULO 13

EL DETECTIVE HARRISON no vio nada inusual en el hecho de que la mujer y el chico se quedaran callados después de mostrarles la foto. Se sentía cómodo con ellos, además de que la mujer le había invitado a un reconfortante plato de estofado, por lo que continuó hablando de su trabajo y de lo que pensaba hacer cuando resolviera el caso de la orden secreta de Herodes.

—Cuando llegue ese día, montaré mi propia agencia de investigación. Será pronto. Tan solo necesito encontrar a este hombre y todo irá sobre ruedas. Eh, pequeño, ¿qué te ocurre? ¿Te ha sentado mal el estofado? En mi opinión, demasiado grasiento.

William había comenzado a llorar al ver la fotografía de Jerome. El hecho de que el detective creyera que estaba vivo ahondaba la herida.

—Ya le he dicho que no estamos atravesando un buen momento —dijo Camille pasando su brazo por encima del hombro del chico. Este agradeció un gesto que para él era completamente desconocido.

—Siento mucho si les he ofendido, yo…

—¡Eh! ¡Tú! Detective americano —gritó uno de los hombres que estaban jugando a las cartas—. ¡Vacía tus bolsillos ahora mismo!

El hombre en cuestión cogió la baraja de cartas y la arrojó sobre la mesa, desparramándolas por la superficie de madera.

Harrison arqueó las cejas y se giró, mostrando una media sonrisa.

—Si ha vuelto a perder, no es mi problema, ¿no le parece? No me culpe de su torpeza.

—Cierra tu boca de charlatán y saca todo lo que lleves encima —gritó el hombre. Los otros jugadores que lo acompañaban en la mesa se pusieron de pie, igual de malhumorados y amenazantes. William se asustó y se situó junto a Camille, que le dedicó una sonrisa extrañamente tranquilizadora. El tabernero, por su parte, observaba en silencio.

El detective dio varios pasos hacia delante, encarando al grupo de hombres, queriendo dar la sensación de que tenía la situación controlada. Camille creía todo lo contrario.

—¿Acaso pretenden robarme más todavía? Su desfachatez no tiene límites.

—Faltan dos ases en esa baraja, ¿dónde están? —preguntó el hombre señalando a la mesa.

—¿Está insinuando que he hecho trampas? He ganado mis partidas limpiamente. De hecho, si hay alguien que tiene derecho a estar enojado, ese soy yo.

Camille puso la mano sobre el hombro del chico para que se incorporara. Acababa de ver algo que no le había gustado en absoluto y quería salir de allí lo antes posible. Uno de los hombres ocultaba un destello plateado bajo las solapas de la chaqueta: sin duda, era un cuchillo.

—Si no es así, muestra qué tienes en los bolsillos —insistió el sujeto—. Seguro que tienes ahí las cartas, o puede que en las mangas. Puedo reconocer a un tramposo a millas de distancia.

—Su instinto no ha sido inconveniente para sacarme un puñado de libras. ¿Ahora pretende que me desnude? ¿Qué clase de broma pesada es esta?

Invisible al resto, el tabernero apenas prestaba atención a la discusión. Observaba su reloj con nerviosismo a la par que el sudor corría por su frente. Una parte de él se arrepentía de haber llamado a esos misteriosos hombres. Le horripilaba la idea de que por su culpa el chico, si es que era a quien buscaban, estuviera en peligro.

—Faltan ases en la baraja. No juegues más con nosotros, yanqui, y devuélvenos las cartas —gritó otro de ellos, aquel que Camille había visto con el cuchillo oculto. Estaba preparada para intervenir si era necesario.

—¿Cómo es posible que me acusen de ser un tramposo cuando ni siquiera estoy sentado en la mesa? ¿Acaso sus neuronas no dan para más? —exclamó agitando las manos alrededor de la cabeza.

Como cabía esperar, la paciencia del hombre que se había levantado primero llegó a su fin y le asestó un puñetazo que Harrison no vio venir ni por supuesto esquivar. Este salió lanzado hacia la barra, donde pudo sujetarse para no caer al suelo. Se incorporó lo más rápido que pudo y, pese a que en esta ocasión pudo esquivar el puñetazo, recibió un empujón que lo arrojó a los pies de Camille. De su manga derecha salió un as.

—Menuda contrariedad —dijo desde el suelo.

—¿Lo veis? ¡Un sucio tramposo! —gritó uno de los hombres.

Camille asintió y le indicó a William que se quedara junto a la mesa. Después se interpuso entre el detective y los hombres, que se aproximaban dispuestos a darle su merecido al detective.

—Esto no es cosa tuya, rubia. ¡Apártate!

No obstante, Camille permaneció en su sitio, tranquila y con las manos en los bolsillos de su largo abrigo. Uno de los hombres sacó una navaja y acuchilló el aire, pretendiendo intimidarla con el silbido del metal.

—No me gusta zurrar a las mujeres, bomboncito, pero lo haré si no me dejas más remedio —dijo otro. Sin embargo, los hombres se habían detenido a un metro de ella, y aunque la amenazaban, ninguno dio un paso más hacia delante. Parecía que hubiera un muro

transparente que les impidiera acercarse más. Camille les retaba con la mirada.

Harrison se levantó y avanzó, dispuesto a enfrentarse a ellos, pero Camille se lo impidió.

—Estos hombres se van a marchar en breve —dijo Camille con una voz que fue tornándose más profunda a medida que pronunciaba las sílabas. Seguía sin retirar la mirada de aquellos hombres.

—Controla a tu amiga —dijo uno de ellos—. Sé valiente y no la metas en esto.

Harrison intentó avanzar de nuevo, pero se encontró con el brazo firme de Camille. Los hombres se rieron ante la incapacidad del detective de llegar hasta ellos, pero poco a poco sus risas y expresiones alegres fueron dejando paso a rostros cada vez más serios.

Camille estaba susurrando unas palabras a la par que los miraba fijamente. Para los hombres, aquel gesto desconcertante fue transformándose en algo mucho peor y que carecía de cualquier explicación racional. Sin previo aviso, comenzaron a retroceder, pero pronto sus espaldas chocaron con la pared del fondo de la taberna. Estando allí, todos miraron hacia la izquierda, justo donde se encontraba esa mesa solitaria en la que nadie quería sentarse. El abuelo del tabernero, más conocido como Jack, apareció ante ellos mostrándoles su cuerpo pálido y exangüe. Jack «Bottle» se cortó las venas de ambos antebrazos en el almacén de la taberna después de perder un dinero que no tenía, apostando. Precisamente, su mote hacía referencia a la botella que había utilizado para infligirse los profundos cortes. Cuando su hijo —el padre del tabernero actual— lo halló, la sangre corría por el suelo del salón. Estos hombres vieron a Jack «Bottle» pálido, con la sangre cayendo por sus manos, pero vivo, ¡vivo!

Ninguno de ellos fue capaz de expresar lo que vieron sus ojos, ni tampoco encontrarían las palabras exactas las próximas semanas. Todo lo que sucedió a continuación fue la reacción más pura y real de lo que es el miedo.

—*Acompáñalos a la puerta* —dijo Camille utilizando la lengua de los muertos. Su grito, incomprensible para los allí presentes, fue recibido con jolgorio por Jack «Bottle», que asintió cortésmente antes de girarse hacia los revoltosos y levantar las manos como si pretendiera asustar a un par de niños. Ni el tabernero ni Harrison ni William percibieron lo que estaba ocurriendo.

Aterrorizados, corrieron hacia la puerta, sin que les importara otra cosa que no fuera huir de aquel lugar y de aquella horrible visión. Mientras huían, miraban sobre sus hombros, asegurándose de que Jack «Bottle» no los fuera a alcanzar con sus blanquecinas manos. Al cabo de unos segundos, el lugar se quedó totalmente en silencio. Jack,

como si de un actor se tratara, se inclinó para agradecer a Camille el haber presenciado aquel espectáculo y regresó a su mesa.

—*¿No quieres irte de aquí? Este ya no es tu lugar* —dijo Camille. Jack desestimó la oferta.

—*No mientras este zoquete esté llevando mi negocio* —dijo señalando hacia el tabernero—. *Por cierto, no deberíais quedaros mucho tiempo. No es de fiar.*

Camille asintió y regresó a la realidad con William y Harrison, los cuales la miraban atónitos, sin comprender lo que acababa de ocurrir. Camille les dedicó una sonrisa inocente.

—Ya saben eso que dicen. Perro mordedor…

—¿Qué les ha pasado a esos hombres? —preguntó el chico desde la mesa.

El tabernero, con los ojos muy abiertos y un ligero temblor recorriéndole el cuerpo, observaba a Camille con cautela, como si se tratara de una bomba a punto de estallar.

—No quiero más problemas —dijo, aunque sus palabras no tuvieron mucha repercusión. Estaba en *shock*, pero lo peor era que no conocía el porqué.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el detective mientras se dirigía a la ventana.

Camille lo miró con gesto tranquilo.

—¿A qué te refieres?

Harrison y William se miraron sin comprender nada. El tabernero estaba tan perplejo que no percibía como el vaso que llevaba secando hace más de diez minutos se le comenzaba a escurrir de las manos.

—A esos hombres. ¿Qué les ha pasado?

Camille encogió los hombros.

—Puede que se lo hayan pensado mejor —contestó mientras miraba el reloj. Su intención de pasar totalmente desapercibida había fracasado, lo que se sumaba a la advertencia de Jack «Bottle»—. Bueno, creo que debemos irnos.

El detective Harrison sacó la cabeza por la ventana y comprobó que los hombres se alejaban a toda velocidad de la taberna, corriendo como si sus vidas dependieran de ello. Miró a Camille y después sus ojos regresaron a la ventana. Aquello no tenía sentido. Lo que él y todos habían presenciado fue a la mujer pronunciando unas extrañas palabras, nada que perteneciera a un idioma en concreto. Después los hombres se habían girado hacia sus espaldas como si algo les acechara desde el otro lado de la taberna.

William se acercó a Camille hasta situarse a pocos centímetros de ella. Asustado como se sentía, creyó que parado más cerca de ella estaría a salvo. Esa mujer le transmitía una gran seguridad, pero al mismo tiempo era tan extraña que le ponía los pelos de punta. Cada

vez estaba más convencido de que Camille era diferente, aunque no sabía exactamente en qué.

—¿Estás bien? —le preguntó Camille.

—Supongo que sí.

En ese momento, el vaso terminó de resbalarse de las manos del tabernero e impactó en el suelo con estrépito, causando que Harrison y William se sobresaltaran.

—¡Madre de Dios! —exclamó el detective con las manos en el pecho. William también dejó escapar un pequeño grito. En cambio, Camille no se inmutó. El tabernero no le transmitía una buena sensación. Se acercó hasta la barra y puso sobre ella cuarenta libras sin quitarle el ojo de encima.

—Estoy segura de que desea perdernos de vista, ¿no es así? —le preguntó Camille con una mueca irónica en los labios.

El tabernero miró primero los billetes y después levantó la mirada lentamente hacia Camille.

—No quiero problemas —musitó—. Pueden quedarse todo el tiempo que quieran, lo único que pido es que se comporten. Aquí me gano la vida.

Camille reflexionó durante unos segundos. Cuando William y ella entraron, fue evidente que el tabernero no los vio con buenos ojos, su presencia allí no era bienvenida. ¿Qué había cambiado? Lo normal es que quisiera librarse de ellos cuanto antes, y más después de lo que acababa de suceder. Las palabras de Jack «Bottle» cobraron más sentido.

—Debemos marcharnos, Thomas —dijo Camille de repente, como si el tiempo se le hubiera echado encima.

El muchacho percibió el tono de gravedad de Camille y se preocupó. Incluso Harrison se alertó.

—¿Qué ocurre?

—Nada, pero deberíamos intentar llegar al aeropuerto cuanto antes, a pesar de la tormenta. Una vez allí, esperaremos para coger el primer vuelo. Tenemos que centrarnos en nuestro objetivo.

—Pero las carreteras están…

—¡Lo sabemos! —interrumpió Camille al tabernero—. Le agradezco sinceramente su preocupación. No le debemos nada, ¿verdad?

El tabernero cabeceó desalentado. Los deseos de que se marcharan o se quedaran se repartían a partes iguales, aunque también le preocupaba la reacción de aquellos a quienes había telefoneado hacía apenas unos minutos. No les haría ninguna gracia trasladarse hasta allí para nada.

—Muchas gracias por todo —concluyó Camille.

—¿Puedo preguntarles a dónde se dirigen? —preguntó Harrison

mientras se palpaba el lado de la cara donde había recibido el puñetazo.

—Nos vamos de viaje —respondió Camille. No quería aportar más información hasta que salieran de la taberna.

—No hay nada más bonito que un viaje. Descubrir nuevos lugares, conocer culturas, ¿acaso viajar puede tener algo negativo?

Una vez fuera, Camille se mostró más relajada y sintió que podía conversar con más sinceridad. Harrison insistía en las numerosas bondades de viajar, dirigiéndose a William o a ella según le atendieran o no. Siempre encontraba un gesto atento en el muchacho, tal vez más por obligación que por interés. La personalidad peculiar e inquieta del detective era un soplo de aire fresco.

—Bueno, no se lo tome a mal, pero he oído que pretenden llegar al aeropuerto. Toda una odisea en un día como este.

—Y que lo diga, pero no tenemos más remedio. Pasaremos por la pensión, recogeremos las cosas y partiremos —dijo Camille. William asintió, aunque miraba con preocupación los relámpagos que aparecían en el horizonte. Seguramente no podrían volar en las próximas horas.

—Eso explica que hayan acabado en un agujero como este. No hay mucho que hacer por aquí. Pero me temo que el tabernero tenía razón: la tormenta ha cortado muchas carreteras y puede resultar complicado salir de aquí.

Camille asintió.

—Estoy al tanto. Queríamos haber salido esta mañana, pero el tiempo no nos lo ha permitido. Sin embargo, nos urge ir al aeropuerto. Creo que lo mejor es esperar allí que retomen los vuelos.

—La borrasca está golpeando fuerte a esta parte de Europa —dijo Harrison—. Pero les diré que llevo casi una semana estudiando mapas de la región, por lo que la conozco como la palma de mi mano. Los detectives hemos de ser polivalentes si queremos obtener resultados. Pueden confiar en mí cuando les digo que hay una carretera secundaria que atraviesa la comarca en dirección sur. Se sitúa sobre unos raíles de una antigua línea de ferrocarril, por lo tanto, están en una posición elevada y no se encuentra inundada. No está señalizada y no es muy conocida, pero servirá.

Camille arqueó las cejas. Se había pasado la noche anterior comprobando mapas de la zona y no había visto ese camino del que hablaba el detective. En tal contexto, le tocaba decidir qué riesgos estaba dispuesta a asumir.

—¿Está seguro?

El detective asintió, moviendo la cabeza de manera exagerada.

—Completamente. De hecho, hace un par de días alquilé un distinguido Ford híbrido que tengo estacionado a poca distancia de

aquí. Puedo sacaros de este gigantesco cenagal y llevaros hasta la carretera estatal. Allí podrán coger el autobús o un taxi para dirigirse al aeropuerto. Mis disculpas por no poder llevarles hasta el aeropuerto, pero comprendan que debo seguir trabajando en mi investigación. Es de suma importancia.

—Es una buena idea —dijo William. Percibía la tensión de Camille, y eso le hacía sentirse incómodo. Quería marcharse cuanto antes de aquel lugar y llegar al aeropuerto. La idea de volar —¡de montarse en un avión!— le resultaba irresistible, casi un sueño hecho realidad.

Harrison insistió ante la aparente indecisión de Camille. No conocía bien el entorno ni su papel en todo aquello, por lo que no sabía hasta qué punto podía confiar en el detective.

—Es lo mínimo que puedo hacer por vosotros. Me han alimentado y, de alguna forma que no entiendo todavía, me han librado de esos tipos. Tiene que decirme como lo ha hecho, por cierto. Un buen detective tiene que conocer los mejores trucos.

Camille sonrió con modestia.

—¿Camille? —dijo William suplicando con la mirada.

—Está bien, señor Harrison. Puede llevarnos hasta la carretera estatal.

—No se arrepentirán.

CAPÍTULO 14

NO HABÍAN PASADO ni veinte minutos cuando Camille se lamentó de haber confiado en el detective Harrison. Tenía sus motivos. En primer lugar, el camino que supuestamente se encontraba sobre unos antiguos raíles no era más que un extenso barrizal que el Ford alquilado del detective, un monovolumen normal y corriente, era incapaz de sortear. Era cierto que había un montículo extenso que indicaba donde se encontraban las vías, pero eso no fue impedimento para que la lluvia convirtiera la zona en un mar de barro pastoso.

Harrison tenía que maniobrar continuamente para evitar que las ruedas se atascasen o el coche se estrellara contra algunos de los árboles que se alzaban a pocos metros. Incluso los limpiaparabrisas tenían serios problemas para retirar el barro del cristal.

—¿Está seguro de que este es el camino? —preguntó Camille mientras se aferraba con todas sus fuerzas al asiento. Su cuerpo se bamboleaba al son de los volantazos de Harrison.

—No se preocupe. Un todoterreno nos habría venido mejor en esta situación, pero conseguiremos llegar a la carretera estatal. Solo son un par de kilómetros complicados, ya lo verá. Con la tormenta no se puede apreciar, pero el terreno es ascendente y pronto no tendremos que preocuparnos del agua.

Camille hacía un esfuerzo por absorber el optimismo del detective, pero le era imposible. Por si fuera poco, el motor hacía un sonido cada vez más estridente.

El detective manejaba el volante con esfuerzo de un lado a otro, agotado por los continuos vaivenes. Camille observó con preocupación como el indicador que señalaba la temperatura del motor llegaba al punto crítico. Los continuos acelerones para salir del barro estaban poniendo contras las cuerdas al Ford.

—¿Tú estás bien, Thomas? Avísame si te mareas —dijo Camille. Le era complicado recordar el nombre falso que le había dado al muchacho, pero tenían que dejar el mínimo rastro posible.

—Estoy perfectamente —contestó el muchacho. La complejidad del camino colmaba la atención de Camille y Harrison, que ignoraban que William en aquel momento estaba sumido en la lectura de varios informes que había encontrado junto a su asiento. Pertenecían al detective Harrison y en ellos se describía con más detalles la Orden de Herodes, así como la relación de Edgar Milton y Jerome con ella. Se describía como una orden satánica, presidida por el que se había convertido en su padre las últimas horas. Pero lo que más le

desconcertaba era que su cuidador, Jerome, también estaba involucrado en la Orden de Herodes, aunque su papel en la organización no estaba del todo definido.

A través del espejo retrovisor miró a Camille, que discutía en ese momento con Harrison acerca de cuál era la mejor dirección que debían tomar. Ella lo había protegido, era cierto, pero estaba convencido de que le había ocultado toda esa información de la orden satánica. Sabía que era algo relacionado con el demonio, pero no tenía certeza de qué se trataba realmente. Por un instante, pasó por su cabeza un pensamiento estremecedor: «¿Y si Camille pertenecía también a la Orden de Herodes?». Al fin y al cabo, él había visto lo que les hizo a esos hombres en la taberna, además de su aparición repentina en el orfanato y el hecho de haber salido ilesa del tiroteo. ¿Y si ella…?

Un frenazo provocó que los brazos de William salieran despedidos hacia delante mientras su torso ponía a prueba la resistencia del cinturón de seguridad.

—Pero ¿qué es eso? —dijo el detective señalando más allá del parabrisas. Camille afinó la mirada. En medio del diluvio que caía en ese momento, había tres pastores acompañados de varios perros que ladraban furiosos. Un gran rebaño de cabras cruzaba el camino e impedía a Harrison retomar la marcha. El fuerte aguacero las había mantenido ocultas hasta una distancia de unos pocos metros. Los tímidos balidos de las ovejas se mezclaban con el rumor de la lluvia.

—Son pastores, detective. Las ovejas no tardarán mucho en dejar el camino despejado —dijo Camille. William dejó los papeles a un lado y observó a los animales.

—¿A quién se le ocurre sacar a las ovejas en un día como este?

La pregunta del detective despertó el instinto de Camille, que miró con más atención hacia los pastores, como si pretendiera conocer sus intenciones. Las ovejas avanzaban lentamente sobre el barro con dificultad, y algunas incluso se quedaban atrapadas, ocasionando que los perros se acercaran hacia ellas y les ladraran violentamente. Camille estudió a los perros con atención. Las posibilidades que pasaban por su cabeza no le gustaban en absoluto.

—Voy a decirles que se apresuren. Si nos quedamos mucho tiempo aquí parados, las ruedas se hundirán en el barro —dijo Harrison abriendo la puerta. Camille quiso detenerle, pero estaba centraba observando a aquellos curiosos pastores. Vestían chalecos vaqueros, gruesas chaquetas de lana y unas gorras que les ocultaba la parte superior del rostro. Tan solo podía apreciar sus finos labios apretados y sus expresiones recias. Los perros continuaban ladrando mientras iban a un lado y otro del rebaño.

—Tendremos que esperar, como mucho, un par de minutos.

Seamos pacientes —dijo Camille.

—Un minuto es mucho tiempo para un detective —contestó Harrison guiñando un ojo. Después comenzó a caminar sobre el barro, con gran dificultad y procurando en todo momento no caer al suelo. Sin embargo, sus zapatos se hundían por completo en el barro.

—Supongo que tendré que comprarme unos nuevos. ¡Cincuenta dólares a la basura! —exclamó.

—¿Necesita ayuda? —gritó Camille.

Harrison se dio la vuelta.

—¡Todo controlado! —Después encaró a uno de los pastores—: ¡Eh! ¿Les queda mucho? No quiero quedarme atrapado en el barro.

Los tres pastores se giraron al unísono y miraron al detective sin hacer gesto alguno, casi como si no estuviera allí. Harrison se percató de que no parecía importarles en absoluto el diluvio que caía sobre ellos, pero supuso que ya debían estar acostumbrados a las desavenencias del tiempo. No es que el clima de Boston fuera como el del Caribe, pero no era tan gris y apático como el británico. Además, en Boston no había rebaños de ovejas.

—¿Me escuchan? Tengo un poco de prisa. Necesito llegar a la carretera estatal —insistió el detective mientras señalaba el coche, gesticulando como si los pastores no hablaran el mismo idioma. Estos se centraron en el vehículo y uno de ellos comenzó a caminar en su dirección. Harrison, que pensó que aquel hombre iría a darle algún tipo de indicación para continuar su camino, salió a su encuentro luciendo su embaucadora sonrisa. Camille, desde el coche, observaba expectante. Los perros continuaban ladrando, aunque uno de ellos había comenzado a olfatear el aire exhaustivamente.

—¿Ocurre algo? —preguntó William.

—Espero que no —respondió Camille. Tenía la mano sobre la maneta de la puerta, lista para salir en la ayuda del detective, aunque sabía que no podía dejar a solas al muchacho. Su prioridad era William. Todo quedaba supeditado a él.

—Oiga, amigo, ¿le queda mucho? —dijo el detective señalando a los animales. Sin embargo, el pastor que se le había acercado pareció no oírle. Harrison insistió—: ¿Es que no habla mi idioma? Carretera estatal. Necesitar ir y sus animales cortan el camino.

De súbito, el pastor alzó el rostro y el detective cayó de espaldas por la impresión. Los ojos de aquel hombre eran dos pequeñas esferas de fuego candentes que emanaban una luz rojiza. El detective sintió que ese resplandor invadía su cuerpo, como si se apoderara de cada célula. Quería gritar, huir lo antes posible, pero algo se lo impedía; su voluntad quedaba condicionada a lo que fuese que su cuerpo había asimilado de esa luz. Camille abrió la puerta con la intención de salir al auxilio del detective, pero la cerró de nuevo en cuanto vio a los tres

perros acercarse hacia el auto.

—¡Cerbero! —exclamó, sintiéndose estúpida por no haber deducido antes lo que estaba ocurriendo. Los perros incrementaron su tamaño a medida que se acercaban, mostrando cómo eran realmente. Camille sabía que Cerbero estaba involucrado en el asunto que le había llevado hasta el Mundo de los Vivos. Si a eso le añadía la presencia de la Orden de Herodes, un culto satánico, el desenlace podría ser terrible.

Pero no era momento de pensar, sino de actuar. Tenía que proteger a William a toda costa; era la tarea que le habían encomendado. Por ello, se giró hacia atrás y comprobó, con una mezcla de incredulidad y asombro, que el muchacho no estaba.

—¡William! —gritó. Los perros rodearon el coche mientras ladraban y ponían sus enormes patas sobre la carrocería. El vehículo se movía de un lado a otro. Buscaban algo—. ¿Dónde te has metido?

Camille miró a través de la ventanilla, pero no había rastro del muchacho por ninguna parte. Además, el barro no le habría permitido avanzar a tanta velocidad. Era como si se hubiese evaporado, lo cual no tenía sentido. Habría escuchado la puerta al abrirse o al cerrarse. Miró de nuevo al frente y comprobó que el detective comenzaba a reaccionar a lo que fuera que el pastor le hubiese hecho. Harrison, totalmente empapado, se levantaba poco a poco, muy aturdido. El pastor continuaba a su lado, como si estuviese esperando que sucediese algo en concreto. Los perros, en cambio, no le prestaban atención, seguían olfateando alrededor del coche. No parecían estar muy conformes con lo que estaba sucediendo.

—Es hora de poner orden —dijo Camille. Apretó sus manos con fuerza y, al separarlas, surgió de sus palmas sendas columnas de luz que arrojó sobre los canes, que retrocedieron entre aullidos. Fue entonces cuando Camille salió del vehículo. Esperaba enfrentarse a los perros de Cerbero, pero estos, en cambio, recularon y se alejaron poco a poco. Respecto a los pastores, los otros dos habían continuado su camino acompañando a las ovejas como si no hubiera sucedido nada y el otro, el que estaba junto al detective, comenzaba a alejarse también, aunque sí que lo hacía a mayor velocidad.

—¡No te muevas! —gritó Camille. Salió corriendo tras él, pero el barro le dificultaba mucho avanzar. Además, no podía alejarse demasiado de allí: William debía estar en alguna parte. Resignada por no poder alcanzar al extraño pastor, cambió su rumbo y se dirigió hacia donde se encontraba el detective Harrison.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

El detective, sentado en el suelo y cubierto por completo de barro, asintió levemente.

—Hoy es el día más raro de mi vida. No sé lo que acaba de ocurrir.

Ese hombre… no estaba bien.

Camille optó por guardar silencio. No lo había podido ver con total claridad, pero intuía que esos pastores no eran quienes aparentaban ser. No eran esbirros del Umbral como tal, ya que tenían un aspecto corriente. Pero la pregunta era, ¿dónde se encontraba Cerbero? No podía andar muy lejos. El hecho de que no hubiera aparecido allí era igualmente desconcertante.

—¿Qué es eso? —preguntó el detective señalando hacia el coche. Camille se giró de forma brusca y vio como William surgía de debajo del auto, completamente cubierto de lodo, lo que destacaba el blanco de sus ojos.

—¡Es Wi… Thomas!

Camille corrió hacia el vehículo y se detuvo frente al muchacho. El detective hizo lo mismo, aunque a un ritmo mucho más lento. Continuaba un poco aturdido, como si hubiera recibido un duro golpe en la cabeza. Pensaba en los ojos del pastor, pero no podía aceptar que realmente los había visto arder. Tenía que tratarse de una imaginación o algún tipo de efecto óptico.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Camille. William, sin embargo, miró el estado en que se encontraba y comenzó a llorar.

—No sé… Vi venir a esos perros y me asusté mucho. Cerré los ojos, y cuando los abrí, estaba bajo el coche y casi enterrado en lodo.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Camille, abrazándole. No era capaz de deducir qué estaba ocurriendo, y eso no le gustaba en absoluto. Ella trataba con muertos, almas perdidas que no sabían encontrar su camino, pero en esa ocasión tenía que vérselas con un muchacho y un detective, atacado por ese extraño pastor. Estaban, por lo tanto, vivos, y eso lo cambiaba todo.

—Thomas no pudo salir por las puertas traseras —dijo Harrison al llegar hasta ellos. Jadeaba con esfuerzo y se frotaba continuamente la cabeza como si hubiera recibido un golpe.

—¿Cómo dices? —preguntó Camille.

—Las puertas traseras estaban bloqueadas. Es una manía que tengo. La cuestión es que solo se pueden abrir desde fuera, por lo que el chico no pudo salir por sí solo. ¿Tiene algo de sentido todo esto?

Camille frunció el ceño. El tono de voz del detective había cambiado por completo. La hilaridad que acompañaron sus palabras hasta entonces se había convertido en seriedad fría y lejana. Además, le pareció ver un ligero brillo rojizo en sus ojos, un destello que se ocultaba tras el color marrón de ambos iris. Sin embargo, lo que en realidad preocupaba a Camille era averiguar cómo había salido el chico del coche. Los seres humanos normales y corrientes no disponían de esas habilidades tan peculiares.

—¿No recuerdas nada? —preguntó.

William movió la cabeza de un lado a otro. Estaba temblando.

—Solo vi venir a esos perros y me asusté; me asusté mucho y…

—Y apareciste bajo el coche —dijo Camille completando la frase. William se había teletransportado. El chico intentaría explicarlo de muchas maneras y Harrison haría lo mismo, pero era eso lo que había ocurrido.

—Así es —dijo William, avergonzado.

Camille agachó la mirada y pensó en silencio. Cada vez se preguntaba quién era realmente el chico y qué tenía de especial. El miedo lo hizo desaparecer, pero ni mucho menos había escapado del peligro. En cambio, ¿por qué los perros de Cerbero no lo detectaron? Eso le resultaba mucho más increíble.

—Deberíamos irnos —señaló el detective. Su voz pausada llamó la atención de Camille. Una persona normal estaría al borde de un ataque de histeria.

—Tienes razón. Al menos ya no hay rastro de ovejas ni de extraños pastores. Podemos continuar hasta el aeropuerto. ¿Se encuentra en condiciones para conducir?

—Estoy perfectamente —respondió Harrison. Camille lo observó de reojo. Sus sospechas no hacían más que incrementarse.

Se montaron de nuevo en el coche y el detective arrancó el motor.

—Esos pastores, ¿habían sido enviados por los Belmont? —preguntó William.

—Es bastante probable —mintió Camille. Era lo más sencillo. Lo último que necesitaba el chico era estar al tanto de las peculiaridades y conflictos del Umbral—. Pero estás a salvo, que es lo importante. Salgamos de aquí de una vez.

CAPÍTULO 15

Un profundo silencio se instaló en el Ford, pues cada cual tenía razones más que de sobra para reflexionar. El detective Harrison conducía concentrado, rompiendo su silencio con breves susurros que Camille era incapaz de descifrar. Era una mezcla de lamentos o insultos; discutía consigo mismo. No obstante, toda su atención estaba en el chico, a quien observaba cada pocos segundos a través del espejo. A medida que le dedicaba más tiempo a pensar en lo ocurrido, las incógnitas en torno a William se incrementaban exponencialmente.

Su misión en el Mundo de los Vivos era la protección de William. Desconocía cuál era la principal amenaza —aparte de los Belmont—, aunque la presencia de los canes de Cerbero le había permitido identificar al menos una de ellas. Pero eso no explicaba lo sucedido con William en el coche. Los perros de Cerbero no eran perros comunes. Si ellos estaban buscando al chico y este se encontraba bajo el vehículo, los canes deberían haberlo encontrado en cuestión de segundos. ¿Por qué no lo habían hecho? Dejando de lado la cuestión de los perros de Cerbero, estaba la teletransportación de William. Harrison dijo que las puertas estaban cerradas y ella no las había escuchado abrirse, por lo que el muchacho no las utilizó para salir del Ford. ¿Cómo lo hizo? Por el momento, era un misterio para ella. ¿Acaso el chico tenía poderes? Si realmente era así, ni siquiera William era consciente de ello.

—Parece que la lluvia está amainando —dijo Camille. Harrison asintió en silencio, algo que a ella le resultaba extraño.

Pasados unos minutos, dejaron atrás el barrizal y pudieron tomar un camino a medio asfaltar por el que podían circular a más velocidad. Vieron un cartel que indicaba que la carretera estatal estaba a unos cinco kilómetros. Camille respiró aliviada al comprobar lo cerca que se encontraban de la carretera. Llevaba el móvil en la mano, intentando averiguar cuándo reabrirían el tráfico aéreo.

—No estamos lejos. Aunque por el momento no hay ningún vuelo disponible.

Harrison miró de reojo a Camille.

—Eso tiene solución.

De repente, giró el volante y el coche derrapó lo justo para encarar un camino secundario que se internaba en un denso bosque.

—¡Harrison! —gritó Camille.

—Se me había olvidado comentar que no es necesario llegar hasta el aeropuerto si queréis volar.

—¿Dónde vamos? —preguntó William, alertado ante el giro brusco del detective. Estaba aferrado con fuerza a la parte trasera del asiento de Camille.

—Le doy un segundo para explicarme a dónde vamos, Harrison —exigió Camille. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para hacerse cargo de la situación.

—Necesitan un avión, ¿verdad? Puedo conseguir uno ahora mismo —contestó el detective.

William se mostró exultante. Camille, sin embargo, no se fiaba. Un avión no se «conseguía» tan fácilmente.

—¿Un avión?

—¿Cuál es su destino? —preguntó el detective.

Camille se lamentó otra vez de haber aceptado sin más la ayuda de un extraño. Estaba pagando las consecuencias y poniendo en peligro a William.

—Vamos a Estados Unidos —contestó el chico, dejando más intranquila a Camille. Le reprendió con la mirada a través del espejo.

—Hoy es su día de suerte —dijo Harrison con una sonrisa.

—Nada de trucos, ¿me entiende?

La amenazadora voz de Camille provocó un mal gesto de Harrison.

—No tiene de qué preocuparse.

El detective condujo en silencio por la solitaria carretera que atravesaba el bosque hasta que llegaron a un claro, donde una valla metálica cerraba el camino. Todo parecía indicar que hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Camille.

—Un pequeño aeropuerto. Pertenecía a la RAF y estuvo activo hasta mediados de los ochenta. Después quedó en desuso. Aquí encontrarán lo que necesitan.

—¿Aquí espera encontrar un avión operativo y con combustible para que lleguemos hasta Estados Unidos? —insistió Camille.

—Por supuesto.

Harrison pisó el acelerador y las ruedas chirriaron sobre el asfalto antes de que el coche embistiera la valla metálica y la echara abajo con una facilidad pasmosa, como si esta se hubiese mantenido en pie por simple equilibrio. La tensión se apoderó de Camille, que estaba preparada para cualquier cosa que pudiera pasar. Observó una vez más a William y se sorprendió de que este luciera una sonrisa ajena a cualquier tipo de preocupación.

«Han cambiado», pensó Camille. «No tengo la menor idea de lo que les ha ocurrido, pero es evidente que no son las mismas personas con las que almorcé en esa taberna de Watford».

—¿Seguro de que podemos entrar aquí? —preguntó Camille.

—No hay problema —respondió Harrison.

Avanzaron por una carretera a lo largo de doscientos metros antes de dejar atrás el bosque definitivamente y encontrarse con un gigantesco hangar abandonado. El tiempo había hecho mella en el lugar.

—Nunca he visto algo así —dijo William con el rostro pegado a la ventanilla.

—¿Detective Harrison?

Este miró de reojo a Camille, pero no contestó.

El hangar consistía en una construcción metálica devorada por el óxido y con grietas por doquier. Parte de las paredes estaban agujereadas por la descomposición del metal y las plantas trepadoras, que parecían querer estrujar aquella aberración metálica. No obstante, al bordear el hangar y llegar a la entrada principal, vieron que en su interior había un avión que lucía en mucho mejor estado que el entorno. Se trataba de un bimotor pintado al estilo militar, de camuflaje. William no daba crédito. Camille, sin embargo, tras analizarlo durante unos segundos, supo que se trataba de un avión de transporte. El detective detuvo el coche junto a la aeronave.

—Hemos llegado. Aquí tienen su transporte.

Camille observó el aparato.

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí? Este lugar está abandonado.

Harrison sonrió.

—Soy algo más que un simple detective. Es todo lo que puedo decirle.

—Ya veo que es una caja de sorpresas. No le haré preguntas que no quiera responder. ¿Sabe pilotarlo? ¿O el avión trae un manual de instrucciones?

—No hace falta ningún manual.

—¿Eso quiere decir que sabe pilotarlo? —dijo Camille sin demostrar lo absurda que le parecía la situación. Se supone que se dirigían a la carretera estatal y, sin embargo, habían llegado a una base militar abandonada en mitad de ninguna parte.

—Ye he dicho que es su día de suerte. Estoy licenciado en la Escuela de Aviación Militar de Colorado Springs. Puedo pilotarlo con los ojos cerrados —contestó el detective mirando fijamente el avión. Su tono de voz, apático, resultaba extraño.

Harrison apagó el motor del coche.

—¿Puedo preguntarle qué es aparte de detective? Es lo mínimo que debería saber si voy a montarme con mi hijo en el avión —dijo Camille. Un razonamiento con peso.

El detective giró la cabeza y observó a William.

—¿No le vale con lo de detective? —preguntó.

—Una cosa no quita a la otra —contestó Camille. El detective encogió los hombros, como si al fin cediera y fuera a revelar su

identidad.

—Trabajo para el Gobierno, los que mandan en la oscuridad.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos.

Después, y sin pronunciar ni una palabra más, el detective se bajó del coche y se dirigió hacia el avión. William, entusiasmado, intentó abrir la puerta, cosa que no consiguió debido al bloqueo de seguridad.

—¡Vamos! El detective puede llevarnos hasta Estados Unidos. No tendremos que esperar en el aeropuerto —dijo el chico.

—Todo esto es un poco raro —afirmó Camille. Todavía no estaba segura de lo que debían hacer—. No podemos correr riesgos.

—Te ha confesado que trabaja para el Gobierno. Seguro es un superagente. He visto varias películas y todos sabían pilotar aviones —dijo William, provocando que Camille dejara escapar una breve sonrisa originada por la inocencia del muchacho. Las posibilidades de que tuviera razón no eran tan disparatadas. En realidad, le preocupaba cuál podría ser la verdadera identidad de Harrison y, sobre todo, sus intenciones. Ya en la taberna de Watford se negó a decirle su nombre, lo que podía ser un indicio de que ocultaba algo: «… los que mandan en la oscuridad», esa frase incomodaba a Camille.

Mientras tanto, ajeno a cuanto le rodeaba, Harrison comprobaba el estado externo del avión.

—¡Mira! Está claro que sabe lo que hace —intervino William señalando al detective. Las dudas de Camille persistían, pero la oportunidad de partir hacia Estados Unidos en cuestión de minutos era irrechazable.

CAPÍTULO 16

SUBIERON al avión por la parte trasera, donde había desplegada una amplia rampa que daba acceso a la bodega. Allí había una gran caja de madera oculta por una lona. El detective iba en cabeza, seguido de Camille y del muchacho. Este lo observaba todo como si se encontrase en el estudio de una película de acción.

—Los asientos están justo ahí —afirmó Harrison señalando hacia la parte delantera del avión—. He comprobado los depósitos de combustible. Están llenos. Eso significa que podremos llegar a la Costa Este de Estados Unidos con total garantías.

—No parece que haya nadie más por aquí —dijo Camille, haciendo referencia a los depósitos. Si Harrison había volado en avión desde Boston, los depósitos no deberían estar llenos.

—Mis superiores saben cuidarme. Por otro lado, le diré que no ver a nadie no significa que realmente no haya nadie. No sea tan confiada —dijo Harrison con una sonrisa maliciosa. Camille hizo un rápido barrido con los ojos.

—Sus superiores deben tenerle en alta estima. ¿No deseaba resolver la muerte de Edgar Milton para dar un golpe en la mesa? Algo así dijo en la taberna de Watford.

—Las palabras son hojas caídas. Una simple brisa se las lleva —dijo el detective. Camille estaba confusa. Parte de ella comenzaba a creer que Harrison podía ser una especie de agente doble.

—En tal caso, le agradezco mucho todo esto, Harrison, pero ¿qué sucede con el caso que está investigando? A la Orden de Herodes, ¿también se la ha llevado el viento?

La pregunta de Camille provocó que el detective reflexionara durante unos segundos, ceñudo, como si alguna pieza de su razonamiento no acabara de encajar.

—Hay que ser un buen samaritano —contestó dándole la espalda a Camille. No obstante, ella se fijó en que sus ojos estaban enrojecidos y ligeramente hinchados. Incluso pudo distinguir un par de lágrimas recorriendo sus mejillas.

—¿Se encuentra bien?

—Es por el polvo, me afecta a los ojos. Tomen asiento, por favor.

La breve conversación les impidió ver que William se acercaba a la caja. Ya tenía un extremo de la lona en sus manos, y estaba dispuesto a tirar de él, cuando preguntó:

—¿Qué hay aquí debajo? ¿Armas?

Lo que ocurrió a continuación desconcertó a Camille. Tras la

pregunta del muchacho, Harrison reaccionó como un energúmeno, dirigiéndose hacia William y dejando claro que bajo ningún concepto debía acercarse a la caja. William, apabullado por la reacción del detective, se retiró junto a Camille.

—No son cosas para niños —explicó Harrison más calmado, con una mueca inexpresiva que pretendía resultar agradable—. Ahora siéntense y abróchense los cinturones. El vuelo será movido hasta que dejemos atrás la borrasca. No quiero que se lastimen.

Camille optó por no empeorar la situación. Había pensado en la posibilidad de que Harrison fuera en realidad un agente encubierto o enviado de los Belmont que utilizaba el truco del avión para atrapar al niño. Claro que no contaban con ella y la facilidad con la que podría protegerlo de cualquier persona viva que pretendiera lastimarlo. Sus poderes eran su última esperanza para llevar a cabo su misión.

—Todo irá bien —dijo Camille. William asintió en silencio y estrechó con fuerza la mano de la mujer.

—Estás helada —dijo el muchacho.

—Me he enfriado un poco con tanta lluvia. ¿Tú estás bien? Estás empapado.

—Es solo un poco de agua y barro. No es la primera vez —dijo con una sonrisa traviesa.

—Vaya, ¿no tienes frío? Menuda resistencia, William.

—Mis amigos me preguntan cómo hago para no resfriarme nunca. Ellos, todos los inviernos, tienen que ir a la consulta. Yo, en cambio, no la he pisado jamás.

—Aun así, veré qué puedo encontrar. Será un viaje largo y la temperatura descenderá bastante cuando ascendamos —dijo Camille, incorporándose.

Dejó a William en la zona de pasajeros y fue hasta la cabina, donde Harrison accionaba botones y palancas para ponerse en marcha. Sin embargo, en vez de entrar, se quedó en el umbral, observándolo. Harrison estaba alterado y se manoseaba los ojos continuamente, como si le picaran. También farfullaba palabras que Camille no pudo comprender. Similares a las que pronunciaba en el coche.

—¿Se encuentra bien?

El detective dio un respingo. No esperaba que hubiera nadie tras él.

—Es por el polvo, ya se lo he dicho. Puede que sea un poco de alergia. Vamos a despegar de inmediato.

—¿Podrá pilotar en esas condiciones? —insistió Camille. Su intención era que perdiera los nervios, igual como le había ocurrido cuando William estuvo a punto de quitar la lona de la caja.

—No tendré problema. Ahora siéntese —contestó el detective.

—¿Está seguro? Puedo ayudarle si lo desea.

—No necesito ninguna ayuda.

—¿Quién no necesita ayuda? —replicó Camille sin darle tiempo para pensar. Sabía por experiencia que los humanos no toleraban bien recibir preguntas una tras otra, sobre todo si ocultaban sus verdaderas intenciones.

—¡He dicho que estoy bien! —gritó Harrison. Sus ojos, más rojos todavía, se clavaban en Camille con furia. Sin embargo, en la expresión de su rostro había un conato de conflicto, como si se hubiera arrepentido de sus palabras nada más pronunciarlas.

—No quería molestarle. Estaré con Thomas ahí atrás.

—Eso debe hacer. El vuelo será largo. Les conviene dormir un poco.

—Por cierto, la ropa de Thomas está empapada. ¿Sabe dónde puedo encontrar una manta?

El detective agachó el rostro y respiró hondo.

—Vamos a despegar de inmediato. Le ruego que tome asiento.

Fue la respuesta comedida de Harrison.

Camille decidió no seguir presionándolo y regresó con William. Al cabo de unos minutos, el avión comenzó a desplazarse lentamente hacia delante, saliendo de la protección del hangar e internándose en la abundante lluvia que caía en ese momento. Las gotas sonaban con estrépito sobre el fuselaje. El motor comenzó a rugir con más intensidad y el avión fue ganando velocidad sobre la pista de aterrizaje. El muchacho observaba el despegue por una de las pequeñas ventanas. El ala del avión temblaba de tal manera que le erizó la piel.

—¿Estás segura de que este cacharro podrá volar? —preguntó William señalando hacia el ala.

—Es un avión antiguo, pero volará. No te preocupes —contestó Camille. Para la mujer, la amenaza más grande estaba en la propia cabina y en el destino al que iba a llevarles. Se suponía que iban a Estados Unidos, pero ella mejor que nadie sabía que las cosas podían torcerse en un segundo.

El aparato entero comenzó a temblar y el sonido del motor lo envolvió todo, pero, al cabo de unos segundos, las ruedas del avión empezaron a despegarse lentamente del suelo y el vehículo fue ganando altura.

—¡Estamos volando! —exclamó Camille.

—Lo dices como si te sorprendiera —afirmó William.

Ambos se rieron mientras el avión ascendía y se perdía en la densa capa de nubes que cubría el cielo. Un testigo del despegue que pasó inadvertido fue uno de los pastores que habían visto antes. Una mueca deformó su rostro cuando vio el avión elevarse hacia el cielo. Todo iba según lo planeado.

CAPÍTULO 17

EXACTAMENTE, cuarenta minutos después de que el tabernero llamara por teléfono a los hombres enviados por los Belmont, tres de ellos entraron en la taberna. Se mostraban serios y malhumorados, motivos tenían para ello.

Lo que se supone que debía ser el fácil secuestro de un niño se convirtió en una auténtica pesadilla que había acabado con varios de ellos arrestados por la policía y otros dos en el hospital en estado de estrés postraumático. Pero lo peor de todo era que el niño había huido con una mujer que no pudieron identificar y que era la culpable de todos los problemas surgidos en el orfanato. Por ello, cuando el tabernero con el que habían hablado hacía un par de noches les avisó y les describió al muchacho y a la mujer que le acompañaba, se dirigieron hacia allí a toda velocidad, dispuestos a terminar el encargo de una vez por todas.

Tras lo ocurrido en el orfanato, debían andarse con cuidado, por lo que acordaron que solo tres de ellos se desplazarían hasta la taberna, por separado, mientras el resto del comando operativo quedaba a expensas de lo que sucediera en aquel tugurio de Watford. Fracasar no era una opción.

Cuando el tabernero los vio entrar, sintió un escalofrío. Tragó saliva y procuró mantener la calma. El establecimiento estaba solitario y silencioso. Solo se escuchaba el caer de la lluvia y el rumor del viento. El tabernero, detrás de la barra, observó a esos misteriosos hombres en tensión: sus rostros, ofuscados tras comprobar de un simple vistazo que no había nadie más allí.

—¿Cómo era la mujer? —preguntó el hombre que encabezaba el trío.

—Era rubia, con los ojos azules. —Recordar los ojos de Camille le estremeció—. Vestía un abrigo largo que le llegaba casi a los tobillos.

Los tres hombres se miraron con complicidad. Era la mujer del orfanato.

—¿Dónde están?

El tabernero señaló hacia la puerta.

—Conocieron a un cliente, un detective estadounidense que decía estar investigando un caso de trascendencia internacional. Estuvieron hablando y terminaron por marcharse juntos.

Decidió obviar todo el asunto de la partida de cartas y la pelea. Era algo sin importancia. El que encabezaba el grupo dio un par de pasos hacia delante y se situó justo enfrente del tabernero.

—¿Adónde fueron? —preguntó.

—No me lo dijeron, pero sí escuché que la mujer tenía mucho interés en llegar al aeropuerto.

—Es casi imposible. La mayoría de carreteras están cortadas. Además, el tráfico aéreo sigue suspendido.

—Es todo lo que sé. La mujer era un bicho raro. Ahuyentó a mis clientes.

El hombre sonrió con malicia mientras miraba fijamente al tabernero. Recordaba a la perfección lo ocurrido en el orfanato.

—Por lo que vimos de esa mujer, estoy seguro de que encontrará la manera de llegar al aeropuerto —dijo a uno de los que le acompañaban—. Llama a los otros y que partan de inmediato. Tendrán que esperar en el aeropuerto de todas formas. Puede que tengamos una oportunidad para atraparles.

Dicho esto, se metió las manos en los bolsillos y sacó un puñado de billetes que arrojó sobre la barra.

—Ese detective que ha mencionado, ¿sabe cómo se llama?

—Por supuesto. Se llama Harrison, lo repitió una docena de veces desde que puso los pies aquí.

—Ha dicho que era estadounidense. ¿Tiene idea de qué está investigando en Inglaterra?

El hombre cabeceó con vehemencia.

—Solo decía que se trataba de un caso de gran trascendencia. En mi opinión, bebió y habló demasiado para tratarse de un detective, pero es solo mi opinión.

CAPÍTULO 18

EL DESPEGUE y los minutos que le precedieron fueron tensos. Las turbulencias que sufrió el avión fueron terribles y William pasó de la emoción por su primer vuelo al horror de creer que todo iba a terminarse en cuestión de segundos. Camille se esforzaba por tranquilizarle, pero los continuos vaivenes del aparato le complicaban mucho la tarea.

—Mantén la calma, William. Todo pasará en cuanto nos alejemos de la tormenta. Las turbulencias son algo común en los vuelos.

—¿Segura de que no nos caeremos? —preguntó el muchacho.

—Ten por seguro que no. ¿Nunca habías volado? —preguntó Camille con la intención de desviar su atención.

—Jamás. Me lo imaginaba de otra manera. ¿Cómo puede volar una cosa tan grande?

—Bueno, no soy una experta, pero creo que todo eso se debe a leyes físicas y a la aerodinámica.

William frunció el ceño al escuchar esos términos que le resultaban tan extraños.

—¿Qué significa todo eso?

Camille se dio cuenta de que a veces se olvidaba de que conversaba con un niño.

—Básicamente, que el avión vuela deslizándose sobre el aire. Alguna vez habrás hecho un avión de papel, ¿no es así? —William asintió—. Pues el funcionamiento es el mismo. Vuela cuando el avión alcanza la suficiente velocidad, igual que cuando tiras un avión de papel.

A medida que Camille avanzaba en sus explicaciones, las turbulencias fueron perdiendo intensidad hasta convertirse en un suave traqueteo. Al cabo de veinte minutos, el vuelo se tornó estable y William fue poco a poco recobrando la calma. Las últimas veinticuatro horas habían sido muy intensas, y en cuanto se relajó, cayó en un profundo sueño. Pero antes de eso, mientras luchaba por mantenerse despierto y seguir observando el cielo infinito a través de la ventanilla del avión, pensó en lo ocurrido en el coche, cuando los perros se acercaron. Camille le había preguntado si hizo o sintió algo, y él le había contestado que no, lo que no era del todo cierto. Cuando vio a esos perros gigantescos acercarse al coche, supo de inmediato que lo común, lo corriente que él conocía, no le salvaría de ellos. El pensamiento brotó de algún lugar desconocido de su cabeza, era una voz que jamás había escuchado. De repente, supo que tenía que

esconderse, salir de ese vehículo antes de que los canes se abalanzaran sobre él. Pero estaban a pocos metros, y salir por la puerta quedaba descartado. Fue entonces cuando ocurrió «eso»: cerró los ojos y, sin saber cómo ni por qué, apareció bajo el Ford, casi enterrado en el barro provocado por la lluvia, y observando con temor las enormes patas de los perros que acechaban el coche. Teniendo este último pensamiento, cerró los ojos y se durmió.

Camille observó al muchacho y se alegró de que se hubiese quedado dormido. Estaba convencida de que las cosas iban a complicarse de un momento a otro: podía sentir esa tensión electrizante en el ambiente. Por ello, se incorporó y fue en busca de Harrison, quien manejaba los controles del avión haciendo gala de una gran habilidad. Estaba tan centrado en los mandos que ni siquiera advirtió la presencia de Camille. Esta no dijo nada y se dio la vuelta. Al hacerlo, vio la enorme caja cubierta por la lona y recordó la desproporcionada reacción de Harrison cuando William estuvo a punto de destaparla. Echó una mirada de nuevo hacia el detective —seguía concentrado— y después se acercó lentamente a la caja.

El armatoste de madera hacía de separación entre la zona de los pasajeros —donde estaba dormido William— y el resto de la bodega. Además de tapada con una lona, la caja estaba anclada al suelo con gruesas correas y sistemas complementarios de seguridad. Pensó en la teoría del chico: «tal vez se trate de un superagente». Desde luego, era lo único que podía dar una explicación a lo sucedido con el avión. Tal vez la intención de Harrison desde el primer momento fuera dirigirse hacia ese hangar abandonado; quizás trabajaba para la CIA o el MI5, aunque eso no justificaba que se hubiera prestado a llevarlos hacia Estados Unidos en un avión de transporte militar. Sin embargo, por la posición del sol, Camille tenía la certeza de que iban en el rumbo adecuado, en dirección a la Costa Este de Estados Unidos. No complicaría la situación en balde mientras las cosas fueran a su favor, y en ese *statu quo* entraba el no tocar la lona. Regresó con William y se sentó a su lado sin retirar la mirada de la puerta de la cabina.

Así transcurrieron las horas. Camille buscó en Internet cuánto era la duración aproximada del vuelo desde Inglaterra a la Costa Este de Estados Unidos. La media estaba en torno a las nueve horas. A ese tiempo tendría que añadirle el hecho de que un avión de transporte militar no se caracterizaba por su velocidad. Buscó más información, hizo cálculos y concluyó que verían la costa americana transcurridas unas diez horas de vuelo.

Mientras William dormía, se entretuvo registrando la bodega del avión, y encontró algunos pantalones y camisetas militares. Camille no estaba familiarizada con los pormenores de la salud de los vivos, pero sí sabía que el frío podía acarrearles graves enfermedades. William

tenía la ropa mojada y cubierta de barro, por lo que debía cambiarse cuanto antes. Sin embargo, cuando seleccionó las prendas de talla más pequeña —aunque demasiado grandes para el chico— y fue a despertarlo, advirtió algo que había pasado por alto hasta ese momento.

—No tiene frío… —susurró. Observó a William. El muchacho dormía plácidamente. Camille arrojó la ropa al suelo y puso sus manos sobre la frente del muchacho. No estaba frío ni tenía fiebre. Sucedía algo extraño. En el avión la temperatura no debía superar los diez grados, el aire estaba frío, por lo que William debería estar aterido.

—¡William! —llamó Camille mientras le agitaba el hombro—. Despierta.

El muchacho se despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede?

—Levántate —exclamó Camille. William obedeció.

—¿Qué está pasando?

—¿Tienes frío? —preguntó Camille.

William frunció el ceño.

—No, no tengo frío.

—¿Alguna vez has tenido frío, William? —La voz de Camille era grave—. ¿Alguna vez te has hecho daño? Sé que puede parecer un poco raro, pero haz un esfuerzo. Es muy importante.

—No te entiendo —dijo el chico un poco asustado.

De repente, el estruendo metálico de la puerta de la cabina al cerrarse súbitamente les sorprendió. Era el detective Harrison, o más bien, algo que estaba utilizando su cuerpo para expresarse. Su voz era un pozo de oscuridad infinita y sus ojos centelleaban. Camille comenzaba a comprender lo que estaba ocurriendo.

—Pronto entenderás, William —dijo el detective a través de una grotesca mueca. Camille se interpuso entre el muchacho y él.

—No te acerques. Sea quien seas —exclamó.

El detective comenzó a reírse de manera extravagante, dejando escapar un extraño eco de su interior. Sus ojos se volvieron más rojos, como si en ellos ardiera un fuego infinito.

—Esto no te incumbe —gritó a la vez que extendía un brazo en dirección a Camille. Esta reaccionó igual que si hubiera sufrido un duro golpe y salió despedida hacia la pared del avión, donde impactó con violencia antes de caer al suelo, aturdida. William se agachó e intentó llegar hasta Camille, pero el detective se lo impidió.

—¡Oh!, no merece la pena, mi príncipe —dijo Harrison—. No es más que un ser despreciable. Yo soy realmente tu fiel servidor.

Camille no estaba segura de haber escuchado correctamente al detective: «¿Mi príncipe?». William levantó la mirada.

—¿Detective Harrison? —preguntó con un hilo débil de voz.

El detective reaccionó con un gesto de molestia ante las palabras del muchacho. No le había gustado escuchar ese nombre.

—Un simple mortal que pronto desaparecerá de la faz de la Tierra, William, príncipe de la oscuridad. Tu momento ha llegado.

Camille, aprovechando la breve conversación, se incorporó lentamente. Sin embargo, el detective no le dio tregua.

—Tú, estúpida, ¿pensabas que tenías alguna posibilidad?

El detective tenía la mano extendida y estrujaba desde la distancia el cuello de Camille.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Camille con dificultad, tratando de liberarse de aquel poder que recaía sobre ella de manera implacable.

—¡Déjala en paz! —gritó William.

Harrison comenzó a reírse y dejó caer a Camille nuevamente. Esta apenas tenía fuerzas para incorporarse. Aparte de los golpes y el estrangulamiento, sucedía algo extraño en el ambiente que mermaba su poder.

—Quieres saber lo que esconde esa lona, ¿verdad? Tu curiosidad te ha marcado el camino, mi príncipe.

William miró la caja, confundido.

—Te lo voy a mostrar.

El detective se acercó a la caja y tiró de la lona con decisión. Al hacerlo, dejó al descubierto una inmensa caja con un extraño artilugio metálico en su interior. Camille intentó incorporarse, pero de nuevo Harrison se lo impidió con un simple movimiento de su mano.

—¡No insistas! El mismo Lucifer tiene una misión para este niño y tú no serás más que testigo de ello.

William observaba en *shock* lo que había en el interior de la caja. Había visto algo parecido en una película, pero no recordaba cuál en ese momento.

—¿Lucifer?

Harrison comenzó a reírse con profundas carcajadas. Sus ojos crepitaban con fuerza y ocasionaban desconcertantes sombras en su rostro.

—Príncipe de los valles angostos, quien ha de traer una nueva oscuridad sobre el Mundo de los Vivos. Hacer de este planeta infecto un yermo de muerte y desolación. Solo así surgirá un nuevo reino eterno.

Camille miró a William. Había escuchado lo suficiente como para suponer que no había nada bueno en esa caja.

—Esto será tu instrumento para cumplir la voluntad de tu padre. Con esto traerás un apocalipsis.

—Mi padre está muerto… —contestó William.

Harrison se rio de nuevo.

—¿Te refieres a Edgar Milton? Un simple envase, mi príncipe. Un sucio humano que vendió su alma por el venenoso destello del oro y la opulencia. Olvida a ese servidor ruin. Acércate —dijo el detective. El muchacho obedeció estupefacto—. Observa la herramienta que dará inicio a tu reinado. Esta bomba es capaz de destruir todo un continente en cuestión de minutos. Después provocará una nube de polvo que oscurecerá el planeta durante años, provocando que todos los seres que reptan por su pútrida superficie perezcan. Tan solo es necesaria una gota de tu sangre para detonarla, mi señor. Solo tú puedes poner fin a la penosa existencia de la humanidad.

William miró hacia la bomba. Era como un huevo gigantesco y metálico sobre el que destacaba una pequeña superficie reluciente en la que sobresalía un embudo, que se posaba sobre una pequeña superficie negra.

—Ahí es donde debes dejar tu sangre, mi señor. Ese es el dispositivo biométrico que detonará la bomba y pondrá fin a la vida en este planeta.

—Debes obedecer al príncipe —dijo Camille de repente, afectada todavía por los golpes. William y el detective se giraron hacia ella. Camille había escuchado lo suficiente como para suponer lo que estaba ocurriendo y por qué había sido enviada al Mundo de los Vivos a proteger al chico. Lo de la herencia de Edgar Milton era lo de menos. Lo verdaderamente importante era que William no cediera a los impulsos oscuros.

—¡No te he dado permiso para que hables! —gritó Harrison lanzando a Camille otra vez por los aires y estrellándola contra el techo del avión.

Camille encajó el golpe como pudo. Al menos sabía quién se había adueñado del cuerpo del detective Harrison.

—Sabes que voy a vencerte de nuevo —dijo Camille. Harrison gritó con rabia y fue a abalanzarse sobre ella, aunque Camille pudo esquivarlo por cuestión de centímetros—. Tiene que obedecerte, William. Tú puedes detenerlo.

Pero el chico apenas podía reaccionar.

—Esta vez es diferente, Camille. Eres insignificante. Pero eres afortunada después de todo. Podrás ver con tus propios ojos la extinción de la raza humana.

—¡No le escuches, William! ¡No tienes por qué hacer nada de lo que dice! —gritó Camille mientras se preparaba para esquivar una nueva embestida de Harrison.

—¡La oscuridad cubrirá el mundo y yo conoceré la verdad que se esconde al otro lado del Aqueronte! Esto es solo el principio de un nuevo amanecer. Vamos, William. Estamos llegando a las coordenadas exactas. El punto exacto donde la bomba cumplirá su cometido.

—*Déjalo en paz* —gritó Camille, hablando en la lengua de los muertos—. *¡Regresa al Reino Oscuro!*

El detective comenzó a reírse.

—*Regresaré cuando no quede vida aquí.*

Camille miró a William y observó con preocupación como sus ojos comenzaban a enrojecer. De ellos comenzaron a caer lágrimas de sangre sobre el suelo del avión.

—¡Acércate a la bomba, mi señor! ¡Tu padre te entregará cuanto desees! Todo lo que siempre has soñado se hará realidad ante ti.

El cuerpo de William se estremecía a causa de los temblores. Algo dentro de él le instaba a arrojar una de sus lágrimas sobre el dispositivo biométrico que le había mencionado el detective —o quien fuera—, sentía que debía hacerlo, que no cabía otra opción. Sin darse cuenta, mientras las lágrimas rojas caían por su rostro, se iba acercando al dispositivo.

—¡No lo hagas, William! —dijo Camille. Aprovechando el descuido del detective, Camille agarró la lona y se la lanzó, quedando cubierto al mismo tiempo que intentaba liberarse de manera torpe.

—¿Es que no te das por vencida? —gritó el detective, o Cerbero a través de él.

—No tienes que obedecerle, William. Eres un buen chico, perteneces al mismo mundo que quiere que destruyas. Piensa en tus amigos del orfanato. ¿Podrías hacerles una cosa así?

Las palabras de Camille tuvieron efecto en el muchacho, que se detuvo en seco y la miró fijamente.

—Morirán todos, William. ¿Eso es lo que quieres?

Cerbero, que controlaba el cuerpo de Harrison, consiguió liberarse de la lona, un truco que consideraba ridículo y que lo había enfurecido más todavía. Pero cuando lo hizo, advirtió que el muchacho estaba frente a él, a apenas un metro de distancia.

—Terminaré de una vez por todas con esta molestia —dijo Harrison refiriéndose a Camille. Sin embargo, William levantó las manos.

—¡No! Quien seas, vete.

El rostro del detective, poseído por Cerbero, se contrajo.

—Mi príncipe, no…

—¡Quiero que te vayas! ¡Soy tu príncipe, te lo ordeno!

—Pero…

En ese momento, el resplandor rojizo de los ojos de Harrison comenzó a perder intensidad. Acto seguido, el detective cayó de rodillas al suelo y empezó a retorcerse de un lado a otro.

—¡Se resiste! —gritó Camille.

William se acercó a Harrison y, sin saber por qué, puso las manos sobre su frente. El cuerpo del detective se tensó y dejó escapar un

grito que cesó cuando sus pulmones se quedaron sin aire. Después perdió la consciencia. El muchacho percibía que el ser que se había adueñado de su cuerpo ya no estaba, y eso le hizo despreciar todo lo demás.

—¿Está muerto? —preguntó sin apenas levantar la voz. Camille se acercó y tomó el pulso de Harrison.

—Solo inconsciente. Necesita recuperarse, solo eso.

William asintió a la vez que se observaba las manos. Él, al tocarle, había provocado esa reacción.

—Soy un monstruo —susurró.

—No, no eres ningún monstruo. Solo tienes una familia de la que es difícil que te sientas orgulloso —dijo Camille. Ese era el motivo por el que tenía que cuidar del chico: era el hijo de Lucifer, su descendiente en la Tierra. No era el primero, anteriormente hubo otros, pero todos se convertían en un quebradero de cabeza para los seres del Umbral. Por fin, las cosas cobraban sentido.

En ese instante, el ruido de los motores y el ligero vaivén del avión les hicieron recordar dónde se encontraban.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó William. Camille miró hacia la bomba. El simple resplandor de la cubierta metálica era desconcertante.

—Tenemos que deshacernos de ella. Abriremos la compuerta y la tiraremos al fondo del océano. Así nos aseguraremos de que nadie podrá recuperarla.

William asintió, pero antes de hacer cualquier otra cosa, se acercó al dispositivo biométrico y lo arrancó de cuajo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Camille.

—Sin esto no podrán detonar la bomba —dijo el chico—. Aunque nunca daré una gota de mi sangre. ¡Jamás!

Entre los dos cargaron el cuerpo de Harrison y lo llevaron hasta la cabina, donde lo sentaron en uno de los sillones, ayudándose de los cinturones de seguridad para que no cayera al suelo. Aún así, el cuerpo del detective quedó inclinado hacia un lado. Justo después, Camille se detuvo frente al panel de mandos y lo observó durante unos segundos.

—El avión mantiene el rumbo, lo que me hace pensar que ha activado el piloto automático.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Se supone que yo debía activar la bomba.

—Creo que Cerbero no tenía del todo dominado a Harrison. Puede que una parte de él fuera independiente y lo dejara así para asegurarse de que no nos estrelláramos. Pero lo que realmente importa es deshacernos de la bomba. Si llegamos a tierra, será mucho más complicado.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó William.

—Tenemos que encontrar la manera de abrir la compuerta trasera y empujar la caja. Todavía sobrevolamos el océano. Se perderá en las profundidades.

El muchacho, desilusionado, miró con decepción el panel repleto de botones y palancas, pero no tenía la menor idea de cuál accionar. Le asustaba apagar el motor o algo parecido.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Camille.

—No sé qué hacer.

Camille observó el panel. Equivocarse podía salir muy caro.

—Tengo una idea. Siéntate y abróchate los cinturones —dijo Camille—. Yo iré a la parte de atrás. Cuando te avise, acciona estas palancas de aquí, debe ser una de ellas. En cuanto se abra la compuerta, arrojaré la caja, ¿entendido?

—Pero, ¿y si no se abre la compuerta? —preguntó William.

—Ya improvisaremos algo. Ahora es momento de actuar. ¿Estás preparado?

El muchacho asintió. Camille le ayudó a abrocharse los cinturones. Frente a él había una especie de timón igualmente repleto de botones.

—Intenta mantener esto recto —dijo Camille.

—Creía que no sabías de aviones.

—Y no sé, pero ahora mismo está recto y no vamos mal del todo. Voy hacia la bodega.

—¿Podrás tú sola con la caja? Parece pesada.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa——. Caerá por su propio peso.

Camille salió de la cabina y fue corriendo hasta la caja. Cuando llegó, tuvo la absurda idea de volver a cubrir la bomba con la lona, como si así fuera menos inofensiva. Ahora era el momento de William. Era una responsabilidad desmesurada para un chico de su edad, pero no había otra opción. Si tardaban mucho en desprenderse de la bomba, llegarían a tierra y no podrían deshacerse de ella.

—Acciona una de las palancas y espera mi señal —dijo Camille. William, dubitativo, movió la mano hasta que por fin accionó una de ellas.

—¡Ya!

Al cabo de unos segundos, sonó un ruido grave y un ligero temblor sacudió la parte inferior del aparato. Camille miró hacia el suelo con preocupación hasta comprender lo que había ocurrido.

—Has desplegado el tren de aterrizaje. ¡Prueba otra!

—El timón se mueve mucho —gritó William.

—No podemos parar ahora. Acciona otra palanca. ¡Todo saldrá bien!

A la tensión, se añadió la dificultad de los bruscos movimientos del

avión, que respondía a cada movimiento del timón. William estabilizó el aparato y bajó otra palanca. En esta ocasión, la compuerta trasera del avión comenzó a abrirse lentamente.

—¡Es esa, William! ¡Lo has conseguido!

Acto seguido, Camille apoyó sus dos manos contra la caja y dio un fuerte empujón que provocó que esta comenzara a deslizarse por el suelo de la bodega hacia la compuerta, que se encontraba abierta del todo. Sin embargo, el flujo de aire aumentó la inestabilidad del avión y William tuvo que aplicarse para mantenerlo lo más recto posible.

—¡No voy a poder resistir mucho más tiempo! —advirtió el muchacho. Camille hizo un último esfuerzo y consiguió tirar la caja, aunque estuvo a punto de caer ella también debido a un brusco movimiento del avión. Rápidamente, se incorporó y se dirigió a la cabina, donde William luchaba contra el timón. Camille le asistió y se hizo con el control.

—¡Vamos! Endérézate.

Miró hacia la decena de indicadores y agujas que había a su alrededor, pero no comprendía nada de lo que veía. Tan solo consideró preocupante que algunas de las agujas estuvieran descendiendo peligrosamente.

—Debemos llegar a tierra. No podemos fracasar ahora.

—¿Cómo te ayudo? —le preguntó William.

—Ojalá pudiera decirte, pero estoy improvisando. ¡Vamos! ¡Ponte recto de una vez!

CAPÍTULO 19

DURANTE MÁS DE MEDIA HORA, Camille logró mantener el avión en el aire, pero la situación empeoró cuando dejaron atrás el océano y se internaron en la Costa Este de Estados Unidos. De repente, se encendieron multitud de luces rojas que indicaban que el combustible estaba próximo a agotarse.

Las opciones se reducían a cada segundo. Camille procuraba pensar en la manera de salir de la situación, pero salvo el aterrizaje, no quedaban muchas más opciones. Lo único que le quedaba era intentar realizar un aterrizaje de emergencia, pero bajo ellos se extendía un inmenso bosque con pocos claros. Descender unos metros más era sinónimo de desastre.

—Tenemos que encontrar una zona despejada —dijo tirando del timón hacia sí, procurando alzar el morro del avión. Sin embargo, la falta de combustible provocaba que los motores no funcionaran a pleno rendimiento. La aguja que indicaba el número de revoluciones por minuto descendía a un ritmo preocupante y los motores producían un sonido sordo.

—¡Agárrate, William!

Pese a los esfuerzos de Camille, el avión fue perdiendo altura y la parte inferior comenzó a chocar con las ramas más altas de los árboles. El avión comenzó a sufrir tremendas sacudidas. William se abrazó a Camille mientras esta trataba de controlar el aparato hasta el último momento, pero la potencia decreciente de los motores lo hacía imposible.

Entonces, se hizo la oscuridad.

CAPÍTULO 20

CAMILLE ABRIÓ LOS OJOS, aturdida, sin saber muy bien dónde se encontraba ni lo que había ocurrido en los últimos minutos. Intentó controlar el avión, eso recordaba, lo más seguro es que este fuera frenado de manera más o menos suave gracias a los árboles, pero la teoría había sido muy diferente de la realidad. Quizás el avión descendiera más de la cuenta o que las alas se hicieran pedazos contra los árboles.

Afortunadamente, la zona de la cabina estaba más reforzada que el resto del aparato y pudo resistir el impacto contra los árboles de Green Mountains. El resto del avión se había desintegrado, y si todo no terminó estallando y convertido en una bola de fuego fue porque los depósitos de gasolina estaban completamente vacíos. Quedarse sin combustible tenía algo positivo.

—¿Camille?

La voz de William provino del otro lado de la cabina. Camille se giró y vio como el muchacho colgaba de los cinturones del asiento. Parte de su ropa estaba desgarrada, pero físicamente parecía intacto. Respiró aliviada.

—William, ¿te encuentras bien?

—Sí, ¿y tú?

—Creo que sí. Me he golpeado la espalda, pero estoy bien. ¿Puedes desabrocharte el cinturón? Tenemos que salir de aquí.

La cabina estaba volcada hacia un lado. Camille estaba tumbada sobre el techo de la cabina, que ocupaba ahora la posición del suelo. William y el detective Harrison colgaban de sus respectivos asientos.

—Lo he intentado, pero no puedo.

—Te echaré una mano —dijo Camille. Desabrocharon el cinturón y Camille sujetó en sus brazos a William hasta dejarlo en el suelo. Después se centraron en el detective.

—¿Crees que está bien? —preguntó William. Camille le tomó el pulso, al igual que hiciera cuando Cerbero abandonó su cuerpo, y percibió los débiles latidos de su corazón.

—Sigue con vida.

—¿No volverá a hacer eso?

—La preocupación de William estaba justificada.

—No, es inofensivo. Al menos, siempre que se mantenga callado.

William se rio.

—Habrá que bajarlo, ¿no?

—Tienes razón, William. Lo haremos entre los dos.

Así, entre el pequeño y Camille, bajaron al detective y lo sacaron de la cabina. Tal y como habían visto antes de estrellarse, se encontraban en mitad de un gigantesco bosque.

—¿Dónde estamos?

—Voy a mirarlo en el teléfono. No puedo creer que estemos de una pieza.

Mientras Camille comprobaba que el detective no estuviera herido de gravedad, William paseó por los restos desperdigados del avión. Le parecía extraño encontrarse allí, perdido en ese inmenso bosque. Recordó lo que había sucedido en el avión, la posesión que sufrió el detective y lo que esa voz le instaba a hacer. Tenía la sensación de que había transcurrido un segundo desde que saliera del edificio del orfanato para dar un poco de pan a Leopoldo.

—¿Qué habrá sido de Leopoldo? —dijo acordándose de pronto de él.

Camille frunció el ceño.

—Mi gato —aclaró William.

—¡Ah!, lo volveremos a ver, seguramente. Suele aparecer en el momento más indicado, cuando más lo necesitas y menos lo esperas.

William se animó con las palabras de Camille. Se moría de ganas por volver a ver a la que había sido su mascota en los últimos años.

—¿Qué le ocurrió al detective? —preguntó William.

Camille dudó unos segundos sobre qué debía contarle al muchacho. Después de todo, William no era otro que el hijo de Lucifer; era el príncipe de la oscuridad. Las cosas del Umbral no le eran del todo ajenas y una parte de él podría llegar a comprenderlas.

—Antes de que siga hablando, William, tienes que saber que todo lo que voy a contarte es cierto, aunque pueda sonarte extraño, ¿de acuerdo? Puedes preguntarme todo lo que quieras, pero seguramente no entiendas las respuestas. No te tortures por ello; requiere su tiempo.

—Confío en ti —contestó el muchacho.

—Entonces, dispara.

William se acercó a Camille y se sentó encima de un trozo de metal retorcido, igual que si esperara a recibir una lección.

—¿Quién eres? —preguntó William.

Camille cogió aire y buscó las palabras más adecuadas. A la respuesta, que ya era de por sí difícil, se sumaba el hecho de que su interlocutor no era más que un niño. Sin embargo, eso tenía un punto positivo, y es que los niños eran capaces de aceptar con más facilidad lo extraordinario.

—Está bien. Te dije que iba a contarte la verdad, y es justo lo que voy a hacer. No soy de este mundo, William. Pertenezco a una realidad muy distinta. Ahora que lo pienso, parte de ti también

proviene de ese lugar: el Umbral.

—¿El Umbral?

—La muerte no es el final, William. Solo el inicio de un largo viaje. Las almas de los que fallecen dejan este mundo y pasan al Umbral. Mi labor es la de solucionar los problemas que puedan surgir entre el Mundo de los Vivos y el Umbral. Todo funciona por un motivo y nada debe alterar el orden de las cosas. ¿Lo entiendes?

William asintió, aunque lo cierto era que no había entendido mucho.

—¿Qué le ocurrió al detective Harrison?

—Otro ser del Umbral tomó posesión de su cuerpo. Seguramente estaría confabulado con tu padre, Lucifer, para que desataras el apocalipsis. Algo ganaría con ello.

—¿Entonces Edgar Milton no es mi padre?

—Hasta donde sé, diría que el señor Milton es tu padre terrenal, pero fue Lucifer el que te engendró. No sé si me entiendes.

—Es complicado —respondió el muchacho.

—Es normal.

—¿Quién es ese ser que se adueñó del detective?

—Se llama Cerbero, el guardián del Reino Oscuro. Su poder va en consonancia con sus ganas constantes de verlo incrementado. Es capaz de hacer cualquier cosa, como tú mismo has visto.

El muchacho escondió el rostro entre las manos. Cuando alzó la vista, entre las raíces de un árbol, halló el dispositivo biométrico en el que se suponía debía haber puesto su sangre. Se acercó hasta él y lo sostuvo en sus manos.

—Una gota de mi sangre habría bastado, ¿no es así? —preguntó.

—Eso parece, William. Pero la bomba descansa en el fondo del océano, y en cuanto a ti…

Camille guardó silencio.

—¿Qué sucede conmigo?

—Hemos escapado de Cerbero, pero esto no se ha terminado. En algún momento, tendremos que volver a enfrentarnos a él. No lo hemos derrotado —dijo Camille—, y lo conozco lo suficiente como para saber que insistirá. Él es así.

—Hubo un momento, en el avión, que creía que iba a verter la sangre. No sé por qué, pero pensé que estaba obligado a ello —dijo el muchacho.

—No creo que ninguna otra persona haya tenido el destino del mundo sobre sus hombros. Has sido fuerte, William, y estaré contigo hasta que los derrotemos, de eso puedes estar seguro. Además —dijo Camille mirando el reloj—, tienes una herencia que cobrar. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Se me había olvidado. ¿Entonces me ayudarás a conseguirla?

—Te llevaré hasta la misma puerta de la residencia de Edgar Milton —dijo Camille—. Si me prometes que no destruirás el mundo.

—¡Prometido! —contestó William con una sonrisa mientras se estrechaban las manos.

«Así de fácil», pensó Camille. Un adulto habría entrado en *shock* o directamente habría enloquecido al ver la mitad de cosas que William vio. Pero este, por el mero hecho de ser niño, aceptaba todo lo que escapaba a lo racional y lo hacía parte del orden natural de las cosas. «El problema es que crecen», pensó Camille.

—Tengo otra pregunta, Camille.

—Adelante, pequeño demonio —dijo en tono de broma.

—Si soy hijo de Lucifer, ¿eso significa que tengo poderes?

—Desde luego, William, pero ni siquiera yo sé cuáles. Eso tendrás que descubrirlo por ti mismo. Pero podríamos decir abiertamente que sí, unos poderes que no puedes ni imaginar.

—¡Qué guay! ¿Y qué hacemos con esto? —preguntó el muchacho mostrando el dispositivo biométrico.

—Lo mejor será que te deshagas de él. Si Cerbero quiere recuperarlo, tendrá que entretenerse en buscarlo.

—Tienes razón.

Entonces, William dio un par de pasos, cogió impulso y lanzó el dispositivo con todas sus fuerzas. El dispositivo se elevó tanto en el cielo que durante unos segundos desapareció antes de caer como a trescientos metros de distancia.

—¡Es increíble!

—Buen tiro —dijo Camille con una sonrisa. De repente, a espaldas de ambos, sonó un murmullo. El detective Harrison había recuperado la consciencia.

—Por el amor de Dios, ¿dónde estamos? —preguntó sentado en el suelo, mirando extrañado a un lado y a otro. Camille le guiñó un ojo a William y tomó la iniciativa. La sinceridad que había mostrado con el muchacho era imposible de mantener frente al detective, por lo que debía justificar —si es que era posible— todo aquello.

—Pues si mi teléfono no está estropeado, estamos en las Green Mountains, en el estado de Vermont, Estados Unidos —dijo Camille. El detective frunció el ceño y se quedó boquiabierto.

—¿Vermont? Estábamos… quiero decir… Yo estaba en Inglaterra —dijo mirando a un lado y a otro—. ¡No podemos estar en Vermont!

William hizo un esfuerzo por no reírse. No tenía dudas, el detective volvía a ser el mismo.

—¿No lo recuerda? —insistió Camille—. Se ofreció a llevarnos al aeropuerto, donde tenía mi avión privado. Recibió una llamada muy importante acerca del caso que está investigando y me pidió si podría traerlo de vuelta a Estados Unidos. Por desgracia, tuvimos un

problema en el motor y no nos quedó más remedio que realizar un aterrizaje de emergencia. Por fortuna, estamos todos sanos y salvos. No puedo decir lo mismo del avión.

El detective contempló los restos. Estaba completamente desorientado.

—Solo me acuerdo de unas ovejas y unos pastores, pero después… ¿Qué pasó?

—Sí, nos las encontramos por el camino, pero eso fue bastante antes de llegar al aeropuerto. ¿Le duele la cabeza? Es posible que tenga una contusión y por eso no pueda recordar nada. Es algo común después de un golpe así.

Harrison se manoseó la cabeza bruscamente para descartar esa posibilidad.

—No tengo ningún golpe.

—¡Eso es genial! Ahora será mejor ponernos en marcha antes de que oscurezca. Los bosques por las noches son escalofriantes.

Harrison se incorporó, ayudado por Camille. Todavía no comprendía qué hacía él en Vermont, pero apenas podía pensar con claridad. La cabeza le daba vueltas y caminar no le ayudaba a calmarse.

—¿Y el auto que alquilé? Tienen mi tarjeta. Si no lo devuelvo dentro del plazo, me cobrarán un recargo.

CAPÍTULO 21

ERA un día agradable para jugar al golf. Soplaba una suave brisa que combinaba a la perfección con el sol del mediodía. Desde los altos robles que marcaban el final de la pista llegaba el feliz canto de los pájaros, que añadían su tono al buen tiempo. Blake Belmont disfrutaba de su deporte favorito y de la naturaleza. El plazo para reclamar la herencia de Edgar Milton se extinguía segundo a segundo y, si todo salía según lo planeado, pronto se convertiría en una de las mujeres más ricas del planeta. Su fortuna sería tal que tendría a los grandes empresarios de Estados Unidos en sus manos. Jamás una persona había acumulado esa ingente cantidad de dinero, la que, por otra parte, iba creciendo día tras día gracias al buen hacer del fallecido Edgar Milton.

—¿Alguna novedad, Richard? —preguntó mientras vislumbraba su próximo golpe, calculando con precisión la fuerza necesaria. Flexionó un poco las rodillas y colocó la cintura en posición. Richard, su jefe de seguridad, encabezaba el grupo de veinte guardaespaldas que había repartidos por todo el campo de golf, vigilantes ante cualquier amenaza. Blake consideraba que cuando una persona se estaba jugando el convertirse en una de las más poderosas del planeta, su seguridad debía estar por encima de todo. Cerrar el campo de golf esa mañana para su uso exclusivo le había costado más de quinientos mil dólares, pero era una cantidad insignificante comparado con todo lo que conseguiría con la herencia de Edgar Milton. Un poco más y todo estaría en sus manos, o más bien, en su bolsillo.

—Nada por ahora, señora —respondió Richard con un gesto serio y correcto.

—Manténgame informada ante cualquier novedad. Tenemos que actuar con presteza para no cometer errores. Nos estamos jugando mucho. Por cierto, ¿mis sobrinos han dado señales de vida? Les pedí que me informaran de la situación en Inglaterra, pero esos desgraciados ni siquiera han aparecido.

Richard asintió. Después puso el dedo índice sobre el pinganillo que llevaba en la oreja y dijo:

—Informe de situación. Acceso principal. ¿Visita para la señora Belmont?

Una voz grave respondió a su llamada.

—Acceso principal. Martin y Salomon Belmont solicitan permiso para entrar. Insisten en que traen noticias de Inglaterra.

—Espera confirmación —dijo Richard—. Señora Belmont, sus

sobrinos Martin y Salomon están aquí.

—¿Con novedades? Si no es así, no quiero que me molesten —respondió con desprecio.

—Dicen traer noticias de Inglaterra. ¿Cuál es su respuesta?

—Que pasen. Quizás me sorprendan esos dos inútiles.

Richard asintió.

—Acceso permitido. Pista siete.

Al cabo de unos minutos, los sobrinos de Blake Belmont aparecieron, conduciendo a toda velocidad un carrito de golf. Iban directo hacia ella atravesando el campo, estando cerca de volcar cuando tomaban alguna curva. Blake los observó con desdén por su falta de elegancia, lo que consideraba un error inaceptable. Consideraba a sus sobrinos como dos niños malcriados que no sabían hacer otra cosa que despilfarrar el dinero de la familia. Le costó mucho aceptar que se encargaran ellos de la búsqueda del muchacho en Inglaterra, aunque, por otra parte, resultaban las cabezas de turco perfectas si el asunto llegaba a las autoridades. No tenía problema alguno en acusarlos si se daba la situación o, como a ella le gustaba denominarlo, se producían «daños colaterales». De todas maneras, ni Martin ni Salomon iban a convertirse en empresarios de éxito, sino simples vividores que se encargarían de dilapidar todo lo que llegara hasta sus bolsillos.

—Espero que esas novedades sean suficientes para interrumpir mi partida —dijo Blake sin retirar la mirada del banderín que señalaba el hoyo. A unos cincuenta metros, un golpe seco y bajo sería suficiente.

—Nos han avisado desde Inglaterra hace pocos minutos —dijo Salomon—. Es por eso por lo que no te hemos avisado antes.

—¿Y bien? No tengo todo el día.

Los dos sobrinos se miraron. Ninguno quería ser el mensajero. Al fin, Salomon dio el paso. Carraspeó antes de hablar.

—Nuestros enviados han fracasado, tita.

Blake no se inmutó. Siguió haciendo sus cálculos para conseguir el golpe perfecto.

—Surgieron muchas dificultades inesperadas —continuó Salomon, aterrorizado por el silencio de Blake—. Hicieron todo lo posible, pero por el momento le han perdido el rastro. Están trabajando para volver a localizarlo.

Blake, como si no hubiera escuchado nada de lo que le acababan de decir, golpeó la bola y la observó elevarse en el cielo. No obstante, no fue un buen golpe y la trayectoria de la bola fue desviándose poco a poco hasta caer en uno de los lagos artificiales que había a los lados. Al caer al agua, varios patos salieron volando, ahuyentados. El batir de sus alas era lo único que se escuchaba en ese momento.

—¿Tita? —la interrumpió Martin, empujado por su hermano.

—¿Dificultades inesperadas? —preguntó Blake con un hilo de voz mientras le daba la espalda a sus sobrinos.

—Al parecer…

—¿Qué clase de dificultades inesperadas pueden surgir para atrapar a un niño, Salomon? Más os vale tener una buena explicación.

Blake continuaba mirando hacia el lago. Agarraba el palo con todas sus fuerzas, estrujándolo, descargando su ira. Sin embargo, el tono de su voz era calmado.

—Bueno, nuestros hombres encontraron el orfanato y lo asaltaron. Localizaron al niño y lo persiguieron, pero no estaba solo. Contaba con ayuda.

—Eso ya lo sabíamos, ¿no es cierto? Teníamos información acerca de ese cuidador —señaló Blake—. Así que esa excusa no me vale.

—Había alguien más —dijo Martin. Fue entonces cuando Blake se giró y clavó los ojos en sus sobrinos. Los dos sonreían incómodos.

—¿Quién?

—Se trata de una mujer. Nuestros hombres dicen que apareció de repente cuando el muchacho trataba de huir con su cuidador. Este murió a causa de un disparo, pero la mujer salió ilesa y consiguió escapar con el chico. Sin embargo, un contacto les informó de que habían visto al chico y a la mujer en un pueblo cercano, en una taberna de Watford concretamente. Pero cuando nuestros hombres llegaron allí, ya se habían marchado. El contacto les reveló que estuvieron conversando con un detective estadounidense, pero no pudieron averiguar más. Por fortuna, el tráfico aéreo del norte de Europa está cerrado por una borrasca. Así que el crío debe seguir en Inglaterra —dijo Martin.

La respuesta de Blake fue golpear el césped con el palo de golf, totalmente desquiciada. Después arrojó el palo a un lado y encaró a sus sobrinos, que retrocedieron varios pasos.

—¿Cómo es posible que una mujer se enfrente a un grupo de mercenarios y se salga con la suya? —gritó—. ¿De quién se trata?

—No lo sabemos —respondió Salomon—. Los informes son confusos.

—¿Confusos? ¿Qué quieres decir con confusos?

Salomon miró a su hermano. No sabía cómo iba a reaccionar su tía a esas palabras. Martin tampoco las tenía todas consigo.

—¿Os habéis quedado mudos? —preguntó Blake abofeteando a sus dos sobrinos.

—Uno de los hombres aseguró haber disparado a la mujer. Al parecer, se encontraba a un par de metros de ella. Dice que vio como la bala le impactó en el cuerpo.

—¿Y qué? —exclamó Blake.

—No le ocurrió nada. La mujer salió ilesa. Aseguran que nunca han

visto algo igual.

—¡Estupideces! ¿Y ese detective? ¿Quién era?

—Un tal Harrison —contestó Salomon—. Lo estamos investigando.

Blake retrocedió varios pasos antes de golpear de nuevo a sus sobrinos, quienes, por supuesto, se limitaban a encajar los golpes de la manera más honrosa posible.

—Creía que no podíais ser más inútiles, pero os superáis cada día. Lo verdaderamente extraño es que podáis hablar y manteneros de pie al mismo tiempo sin que os explote la cabeza. No quiero que les paguéis a esos hombres ni un solo dólar, ¿me habéis escuchado? Pueden reírse de vosotros, pero no de mí. ¿A qué clase de inútiles han contratado?

Los dos jóvenes agacharon el rostro.

—Son exmilitares, tita. Tienen experiencia en todo tipo de situaciones.

—Pues no han podido atrapar a ese crío, así que…

La melodía de un móvil interrumpió a Blake. Curiosamente, era el suyo el que estaba sonando. Su jefe de seguridad, Richard, lo llevaba en el bolsillo. Lo sacó y se lo ofreció con presteza.

—¿Quién es? —respondió Blake recuperando la calma. Martin y Salomon agradecieron aquella interrupción. Sabían que su tía se caracterizaba por una total falta de escrúpulos para conseguir sus objetivos. Por ello, la observaron con cautela mientras conversaba. Muy pocos conocían su número privado e intuían que la llamada sería de vital importancia.

—Muchas gracias por la información. Ya sabe lo que tiene que hacer. Recibirá una transferencia, tal y como acordamos. Es un placer contar con profesionales.

Blake colgó y le dio el móvil a Richard. Después se dio la vuelta y avanzó un par de pasos hacia delante, como si pretendiera alejarse de todos y de todo.

—El crío está aquí —dijo la mujer con una voz profunda y cargada de odio.

Martin y Salomon abrieron los ojos de par en par.

—¿Cómo es posible? Había una intensa borrasca en el norte de Europa. El tráfico aéreo estaba cerrado en su mayoría —dijo Martin. Esto último era a lo que se aferraban ambos para asegurar que el chico seguía en Inglaterra.

—¿Crees que eso me importa en este momento? Está aquí, en Estados Unidos, lo que significa que puede presentarse en la residencia de Edgar Milton antes de que se acabe el plazo. Y si eso ocurre, sobrinos, no tendré piedad con vosotros.

CAPÍTULO 22

LLEVABAN CAMINANDO UN BUEN RATO. Camille iba un poco adelantada, móvil en mano, guiando a William y Harrison hasta Landford, un pequeño pueblo de montaña que se encontraba a pocos kilómetros de donde habían aterrizado. Pese a los intentos de Camille por mantener el avión en el aire, el piloto automático se mantuvo en todo momento y corrigió el rumbo, lo que dificultó más la tarea de Camille.

Al principio, cuando dejaron atrás los restos del avión, Harrison se mantuvo en silencio, tratando de recordar qué había ocurrido después de ver las ovejas en el trayecto hacia la carretera estatal, después de dejar Watford; sin embargo, era inútil. Camille, no obstante, sabía que el detective no podría jamás recordar lo que sucedió cuando Cerbero tomara posesión de su cuerpo. Durante todo ese tiempo, su alma quedó cegada por la influencia maligna de Cerbero y todo lo que su cuerpo vio, escuchó, sintió, olió y saboreó no existió para él; simplemente nunca sucedió.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó William.

—Estamos a pocos kilómetros de Landford.

—Entonces, ¿me llamaron de la agencia? —preguntó Harrison—. ¿Qué querían?

Camille encogió los hombros. A veces mentir estaba más que justificado. Harrison había sido víctima de un plan de Cerbero para hacer que William activara la bomba. El detective ni siquiera era consciente de que él había pilotado durante gran parte del vuelo.

—Lo único que dijiste era que debías volver a los Estados Unidos. Cuando te ofrecí mi avión privado, aceptaste al instante.

El detective frunció el ceño. No terminaba de creerse todo lo que Camille le estaba contando.

—Habrá ocurrido algo relacionado con mi caso. Por cierto, ¿sabe dónde se encuentra mi móvil?

—Lo más probable es que se perdiera en el aterrizaje —dijo Camille.

—Llamar aterrizaje a eso es ser demasiado optimista, ¿no cree? —contestó Harrison.

—En eso le doy la razón.

—¡Maldita sea! —exclamó el detective—. ¿Y mi maletín? Ahí tenía toda la información del caso.

—No he visto ningún maletín —afirmó Camille. El detective se ocultó el rostro con las manos.

—¡Oh, Dios!, esto me va a costar caro.

Continuaron avanzando. El sol del mediodía fue inclinándose hacia un lado, avisando de que la tarde había llegado a Green Mountains. Sin embargo, no tuvieron que esperar mucho para ver los primeros edificios del pueblo entre los árboles del bosque. Landford era un pequeño pueblo de montaña que casi había crecido al amparo del denso bosque que lo rodeaba. Muchos de sus edificios estaban construidos completamente con madera, siguiendo un estilo tradicional, lo que le daba un aire acogedor y distinguido.

—¡Qué bonito! —exclamó William cuando pudieron contemplar el pueblo desde un saliente rocoso.

—Me pica un poco el estómago, ¿no tenéis hambre? —preguntó Camille. Olvidaba que estaba tratando con personas vivas que tenían necesidades básicas. El chico levantó los brazos entusiasmado y hasta el detective creyó que comer un poco le aclararía los pensamientos.

—La cabeza funciona mejor con el estómago lleno —dijo Harrison con una sonrisa.

Descendieron con cuidado hasta el pueblo, introduciéndose en él como si estuvieran paseando sin más. A simple vista, nadie allí parecía estar al tanto de lo ocurrido con el avión en las montañas, lo que Camille consideró un golpe de suerte. Si hubiese salido a la luz, los servicios de emergencia ya estarían en el lugar. Para asegurarse, Camille se acercó a un pequeño quiosco regentado por un anciano. Amablemente, le preguntó por las últimas noticias del pueblo y se cercioró de que nadie en Landford tuviera constancia de ningún avión estrellado. Podían estar tranquilos.

Continuaron caminando, aunque antes de ir en busca de un restaurante, se detuvieron en una tienda de ropa para que William y el detective se cambiaran. Después de todo lo que había pasado, mostraban un aspecto terrible.

—Eso está mejor —dijo Camille cuando los dos salieron de la tienda perfectamente vestidos.

—La verdad es que no teníamos un buen aspecto, pero son las consecuencias de un viaje movido —afirmó Harrison contemplándose en el reflejo del escaparate y haciendo gala de su personalidad. Acto seguido, se fijó en Camille. Si no recordaba mal, algo de lo que no estaba muy seguro, ella vestía la misma ropa y lucía en perfecto estado. Pensó en averiguar si se había cambiado en el avión, o algo por el estilo, pero el chico se acercó corriendo hacia un restaurante que había un poco más adelante y ya no le dio más vueltas a aquello.

Fueron tras él y Harrison comentó que en una calle cercana se encontraba la mejor hamburguesería del pueblo.

—¿Conoces Landford? —le preguntó Camille.

—Es uno de los lugares de interés de mi investigación.

—¿Esa acerca de la Orden de Herodes?

—Así es, precisamente…

Pero Harrison guardó silencio al fijarse en un hombre en concreto que caminaba al otro lado de la calle. Iba con varias bolsas y acompañado de una mujer. Camille también los observó, pero no vio nada extraño.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Voy a pedir la hamburguesa más grande de la carta —señaló William.

—Ese hombre me resulta familiar. Lo he visto antes en alguna parte.

—¿Un conocido?

Harrison reflexionó en silencio durante unos segundos. Después movió la cabeza a un lado y a otro. Su rostro se iluminó.

—En Landford viven miembros de la secta y ese hombre es uno de ellos. Debo seguirlo.

—No creo que sea buena idea —dijo Camille sujetando el brazo del detective. Este intentó continuar, no obstante, pero Camille lo agarraba con fuerza. Con demasiada fuerza. La Orden de Herodes no era una organización sin más, sino un grupo que había conseguido despertar fuerzas oscuras. Si Edgar Milton realmente pertenecía a la orden, su relación con William le obligaba a ser cautelosa. Había algo más que humanos relacionados con la Orden de Herodes, lo que significaba que el detective Harrison no tenía ninguna posibilidad contra ellos.

—¿De qué estás hablando? No puedo perder esta oportunidad.

Camille negó con la cabeza mientras William insistía en ir a la hamburguesería. Pese a todo, continuaba siendo un niño.

—Es mejor, Harrison. Confía en mí.

—¿Que confíe? Ni siquiera sé qué hago en Estados Unidos y, por si eso no fuera bastante, he perdido el maletín con toda la información recopilada. Puede que para ti no tenga sentido, pero yo me juego mucho en todo esto.

—¿Podemos hablar esto con una deliciosa hamburguesa en las manos? —insistió William.

—Las cosas no son tan fáciles, Harrison —dijo Camille. El detective la encaró.

—¿Qué me está ocultando?

Camille apretó los labios. No podían perder más tiempo. Debían llegar cuanto antes a Providence para formalizar la herencia del muchacho.

—Nosotros confiamos en usted. Solo le pido reciprocidad —dijo Camille.

—Eso es muy fácil decirlo, pero usted no ha despertado en un

avión estrellado al otro lado del océano.

William, cada vez más impaciente y hambriento, les dijo que los esperaría en la hamburguesería. Camille y Harrison, enfrascados en la conversación, no le prestaron más atención.

—No tardamos, William —dijo Camille.

—¿William? ¿Su hijo ya no se llama Thomas? ¿Se puede saber quiénes son?

Camille se exasperó.

—¿Quiere saber la verdad? Entonces le diré una cosa, debería ajustar sus ojos de detective, porque no ha dado una desde que le conocimos. El chico es William Milton, hijo del fallecido magnate Edgar Milton. Nuestro interés en viajar lo antes posible a los Estados Unidos no era otro que hacer efectiva la herencia. ¿Lo comprende ahora?

Harrison se quedó petrificado.

—Está jugando conmigo.

—La fotografía del contacto de Edgar Milton que nos mostró en la taberna es Jerome, el cuidador de William. No tengo mucha información acerca de él, pero sí que debía protegerlo frente a los Belmont, que quieren eliminarlo para quedarse con la herencia. Pero para que William pueda reclamar lo que le pertenece, debemos llegar a Providence, a la mansión Milton, lo antes posible.

—Pero la Orden de Herodes…

—Como le he dicho, eso no es de su incumbencia. Supera completamente sus facultades. Y ahora, haga lo que quiera. William y yo comeremos algo y partiremos hacia Providence.

—¿Por qué no me dijo nada en Inglaterra?

Camille se puso las manos en la cabeza.

—¿Qué importancia tiene eso ahora? —exclamó ella—. Lo importante es que William esté a salvo y… ¿William? ¿Dónde está?

—Se ha marchado a la hamburguesería.

Sin contestar, Camille salió corriendo hacia allí. La discusión del detective le había despistado; había cometido un gran error. Harrison, consciente de su preocupación, no insistió más en el asunto. Verdad o mentira, lo importante era encontrar al chico.

Llegaron a la hamburguesería. Camille entró y el detective se quedó fuera.

—No está —dijo Camille cuando salió segundos después.

—¿Cómo? ¿Ha desaparecido?

—La camarera me ha dicho que no ha entrado ningún niño.

—¡No puede ser!

—Tenemos que encontrarlo. ¡Ahora!

Aparte de todo lo relacionado con la herencia, lo que inquietaba a Camille era que el chico cayera en manos de Cerbero o algunos de sus

secuaces. Si conseguían otra bomba u otro método para desatar el apocalipsis, todo terminaría.

—¡William! —gritó Camille. Harrison corrió hasta el final de la calle y vio como una pareja introducía en un coche a un niño que lloraba y pataleaba.

—¡Se lo llevan! —gritó el detective. El coche salió a toda velocidad y estuvo a punto de chocar con una ambulancia aparcada unos metros más adelante. Acto seguido, varios hombres se dirigieron a otros vehículos para seguirlos.

—No se nos pueden escapar.

—Pueden ser miembros de la orden. Están formando una especie de convoy.

Afortunadamente, uno de los hombres tenía el coche cerca de ellos, y en cuanto lo abrió, Camille se acercó a él y lo dejó inconsciente de un golpe en la cabeza. Después lo echó a unos arbustos que había detrás.

—Sube a la parte de atrás y agáchate —dijo Camille.

Harrison estaba sorprendido por la facilidad con la que Camille se había quitado a ese hombre de en medio.

—Es un miembro de la Orden de Herodes. Fíjate en el emblema del anillo.

Camille se sentó en el asiento del conductor y su ente tomó la forma del hombre que acababa de noquear. Debían darse prisa, ya que cuando ese hombre recuperara la consciencia, no tardaría mucho en dar el aviso. Harrison se acurrucó en la parte trasera y cerró la puerta. Desde su posición no podía ver directamente a Camille, aunque al subirse le había parecido ver al hombre recién noqueado al volante.

CAPÍTULO 23

LA FILA de coches dejó atrás Landford y llegó hasta una exclusiva zona donde se levantaban impresionantes mansiones. Camille conducía a cierta distancia, atenta a cualquier movimiento por parte de los vehículos que seguía.

—Parece que se dirigen a una mansión —dijo Camille. Se desprendió del ente y volvió a ser ella misma. Si la Orden de Herodes estaba involucrada, no quería que su poder fuera detectado por otro ser del Umbral.

—La Orden de Herodes tiene numerosas propiedades por todo el mundo, pero principalmente en Estados Unidos. Son como una plaga. Son un grupo de chiflados que adoran al demonio y esas cosas.

Camille asintió con preocupación.

—Se están parando —advirtió. Sin esperar ni un segundo, giró a la derecha y desapareció de la línea de visión del resto de coches—. Iremos a pie. Tenemos que pasar desapercibidos. El detective se incorporó y se asomó por la ventanilla.

—No hay nadie caminando por la calle. Es un barrio demasiado exclusivo, llamaremos la atención.

Camille se lamentó y pensó qué opciones tenían. Se bajaron del coche y se acercaron a un seto, desde donde podría observar lo que ocurría. El resto de vehículos esperó a que se abriera una enorme puerta metálica y entraron en el interior de la propiedad, que estaba protegida por un muro.

—Se lo llevan dentro —dijo el detective.

Desde lejos les llegó el llanto de un niño.

—¡Es él! Tenemos que rescatarlo. ¿Reconoces el lugar?

El detective observó, ceñudo, la mansión.

—Tiene características que encajan con la Orden de Herodes. Siempre optan por gigantescas propiedades aisladas, así nadie puede ver qué hacen en el interior. Por otra parte, el hombre al que has noqueado llevaba un anillo de la orden. Creo que la situación está clara.

—Pues hay que entrar —dijo Camille. El detective señaló hacia la puerta.

—Allí hay un par de guardias. La puerta queda descartada.

Camille miró el reloj. El tiempo avanzaba deprisa cuando las cosas iban en contra. Observó el muro y comprobó que podían acercarse hasta él sin ser vistos. Se lo indicó a Harrison y ambos dieron un rodeo para llegar hasta el muro por uno de los laterales, una zona que no era

vigilada por los guardias. Harrison palpó el muro y se desanimó.

—Este muro es grueso y fuerte. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Estoy segura de que la estructura tiene algún punto débil —dijo Camille posando las manos sobre el muro. El detective creyó que eso era imposible, pero segundos después ella agitó su mano y extrajo una de las piedras que conformaba el muro, dejando un hueco que se asemejaba al de un disparo.

—¿Qué te dije? Estos no son muros de fortaleza ni mucho menos —afirmó Camille. Harrison, sorprendido, intentó imitarlo, pero ni aplicando toda su fuerza con ambas manos pudo mover ninguna de las piedras.

—¿Puede saberse cómo lo ha hecho?

—Algunas están sueltas.

Entonces, Camille repitió el gesto y extrajo otra piedra del muro, dejando esta vez un hueco lo suficientemente grande como para que lo atravesaran los dos. Una vez al otro lado del muro, se ocultaron tras un arbusto.

—Lo mejor es que nos separemos —dijo Camille—. ¿Podrá apañárselas?

Harrison sonrió.

—Está claro que no tan bien como usted, pero no se preocupe. Seré una sombra. ¿Cuál es el plan?

—Lo primordial es encontrar a William y sacarlo de aquí. Nos veremos al otro lado del agujero del muro.

—De acuerdo. Yo iré por la parte trasera. Estoy seguro de que estos ricachones cuentan con personal de servicio.

—Suerte —dijo Camille.

—Le diría lo mismo, pero no la necesita —contestó Harrison guiñando un ojo.

CAPÍTULO 24

TAL Y COMO HABÍAN ACORDADO, el detective se dirigió a la parte trasera del jardín, aprovechando la decreciente luz del ocaso. Encontró la puerta de servicio y se fijó en que estaba ligeramente abierta, escapando un halo de luz cálida. Se acercó con cautela y se detuvo junto a la pared. Al otro lado se escuchaba el rumor de una conversación.

A los pocos segundos, uno de los empleados salió por la puerta y encendió un cigarrillo. Era su oportunidad. Se acercó con sumo cuidado a él y lo golpeó en la cabeza. Este se desplomó, inconsciente. Rápidamente, Harrison lo arrastró hacia un lado, lo amordazó y le quitó el uniforme.

—Qué pena tener que desprenderme de esto. Está recién estrenado —afirmó quitándose la camisa. Una vez vestido como uno de los empleados del servicio, respiró hondo y abrió la puerta, que daba a una inmensa cocina. Los cocineros, enfocados en la comida, apenas repararon en él.

—Espero que haya sido igual de fácil para Camille.

Esta había tomado la opción de acercarse a una de las ventanas. Cerró los ojos y trató de concentrarse. Al hacerlo, pudo escuchar el llanto lejano de un niño. Después se incorporó lentamente y observó a través del cristal. No parecía haber nadie en esa estancia, por lo que decidió levantar sin prisa la ventana para poder entrar. Las luces estaban apagadas y eso jugaba a su favor.

Con cuidado, sin hacer apenas ruido, se deslizó hacia el interior de la habitación. Se trataba de un amplio despacho. La puerta que comunicaba con el resto de la casa estaba abierta y por ahí podía escuchar el llanto de William.

—Cerbero tiene que estar en alguna parte. Seguro está confabulado con la orden —susurró Camille. El suelo de parqué crujía a cada paso pese a que avanzaba despacio. «Si hay alguien al otro lado de la puerta, me puede escuchar».

Se acercó a la puerta y miró a través de la abertura. Al otro lado había un amplio vestíbulo en el que destacaba una ostentosa escalera que conducía hasta la planta superior. Si no escuchaba mal, el llanto del niño provenía de ahí arriba. Dio un paso hacia atrás y volvió a refugiarse en la penumbra de la habitación. Debía subir a la planta superior lo antes posible y encontrar a William para sacarlo de ese horrible lugar. Para ello, afinó sus sentidos. Si Cerbero realmente estaba por allí, percibiría el despliegue de energía por parte de

Camille, pero tenía que correr ese riesgo.

Con los ojos cerrados, una parte del ser de Camille abandonó su forma física y atravesó la pared para llegar hasta el vestíbulo. Camille veía u oía a través de ese ectoplasma, una prolongación sensitiva que podía percibir parte de la realidad en la que se movía, aunque no disponía de fuerza suficiente para alterar nada ni influir en la realidad que le rodeaba. A medida que el ectoplasma fue avanzando, Camille vio a varias personas, todas ellas ataviadas con túnicas oscuras y capuchas que les ocultaban parte del rostro.

—La Orden de Herodes —susurró—. Tal y como dijo el detective Harrison.

En algunas de las túnicas aparecía grabado el pentagrama invertido, símbolo de lo satánico. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue que nadie reaccionara al llanto de William: no era una buena señal. Concentrada en el ectoplasma, este ascendió por la escalera, acercándose al lugar de donde provenía el llanto. El punto exacto era una puerta cerrada que había al fondo del pasillo.

—¡Te encontré! —exclamó Camille. Enseguida el ectoplasma regresó a ella. Era el momento de actuar. Esperó hasta que los últimos miembros de la orden pasaran de largo y salió de la habitación. Subió las escaleras casi de un salto, silenciosa, casi como si fuera movida por el aire. A cada paso que daba, el llanto de William se hacía más presente.

Camille era consciente de que tendría que enfrentarse a algo o alguien con un poder inmenso. Solo un ser así habría conseguido hacer llorar al mismísimo hijo de Lucifer. Lo único que mantenía el Mundo de los Vivos a salvo —si es que esa era la manera correcta de definirlo— era que la parte humana de William estaba mucho más desarrollada que su «otra parte». En el fondo, no era más que un niño y la maldad no había brotado en él.

Se acercó a la puerta y pegó la oreja. Los llantos persistían, pero ahora que se encontraba más cerca tenía sus dudas de que pertenecieran a William. Sin perder ni un segundo más, abrió la puerta.

En la habitación, un niño más pequeño que William, de cinco o seis años, lloraba sin parar. Camille y él se miraron atónitos. Durante varios segundos los dos se quedaron en absoluto silencio.

—Tú no eres William —dijo Camille confusa.

El niño comenzó a llorar de nuevo y ella se lamentó, consciente del error que había cometido.

CAPÍTULO 25

WILLIAM ABRIÓ LOS OJOS, aunque, debido a la oscuridad de la estancia donde se encontraba, no estaba seguro de haberlo hecho, por lo que repitió el gesto un par de veces. Movió la cabeza de un lado a otro y experimentó un ligero mareo. Lo último que recordaba antes de perder la conciencia era que un hombre se había acercado a él para enseguida introducirlo a un auto. Después de eso, la oscuridad se hizo total y no volvió a saber nada más hasta que despertó en ese preciso momento.

La oscuridad no le permitía ver dónde se encontraba. Cuando pasó la sorpresa del primer momento y quiso moverse, descubrió que estaba atado a una camilla. Gruesas cadenas le sujetaban brazos y piernas con tal tensión que apenas podía moverlos un par de centímetros. Sus intentos por moverse y el ruido de las cadenas al chocar contra la camilla no pasaron inadvertidos. De repente, se sintió agotado por el esfuerzo, incluso con una pesadez en sus párpados que le hizo creer que iba a quedarse dormido de nuevo.

—¿Hola? ¡Socorro! ¡Me han secuestrado! —gritó William. En el fondo más oscuro de la habitación, donde supuso que se encontraría la puerta, escuchó un rumor de voces que se acercaban lentamente. Insistió en sus intentos por liberarse, pero lo único que consiguió fue hacer más ruido y alterarse más todavía.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió, permitiendo la entrada de un halo de claridad que cegó momentáneamente a William. El chico ladeó el rostro y cerró los ojos. La luz que había entrado por la puerta se convirtió en dolorosas puñaladas al interior de sus ojos.

—¿Hola?

Cuando al fin los ojos del muchacho se adecuaron a la repentina luz, distinguió dos figuras en el umbral de la puerta. Eran dos hombres. Uno lucía una bata blanca —debía ser el doctor— y el otro vestía como esos enfermeros que acudían de vez en cuando al orfanato a comprobar que todos estuvieran sanos o a vacunarles. Debía encontrarse en un hospital o algo por el estilo.

—¿Este es el paciente? Es muy joven —dijo el segundo de ellos, el que se asemejaba al que iba al orfanato de vez en cuando.

—Su locura no tiene límites —respondió el doctor. No obstante, cuando William escuchó su voz, sintió un escalofrío. Esa voz tenía algo de peculiar, como si la hubiera escuchado ya antes.

—¡No estoy loco! —gritó el chico con un gran esfuerzo. El cansancio invadía su cuerpo y le dificultaba incluso hablar.

Los dos hombres lo miraron, aunque no le dieron credibilidad a sus palabras. El enfermero se acercó un par de pasos, pero su atención se centró en la pantalla que mostraba las constantes vitales del pequeño.

—Desde luego, es un caso extraño —contestó el doctor sin moverse. William pudo fijarse en la plaquita que colgaba de un lado de la bata. Pudo leer «director Jeffrey».

—El paciente ha recibido una fuerte sedación. Asegura ser el hijo de Lucifer. No solo eso, dice que su misión es desatar un apocalipsis que extermine a la humanidad. Se ha mostrado violento e incluso hay indicios que apuntan a que asesinó a su cuidador. Esto último se está por confirmar, aunque, de por sí, es inquietante. ¿Qué pruebas considera que son necesarias? Está claro que debemos tratarlo de inmediato.

El director Jeffrey asintió moviendo la cabeza lentamente.

—Estoy de acuerdo con usted. El chico es un peligro público. Le realizaré un examen más minucioso.

William los observaba a duras penas. Había escuchado lo de la sedación, lo que explicaba que apenas pudiera levantar la cabeza de la camilla. Sin embargo, no quería volver a dormirse. Ese hombre, el director Jeffrey, le daba muy mala espina. Le recordaba al detective Harrison en el avión, cuando intentó que activase la bomba.

—¿Necesita mi ayuda? —preguntó el enfermero.

Jeffrey negó con la cabeza. A William le pareció verlo sonreír.

—Podré apañármelas solo. Está atado, ¿no es así?

—Está fuertemente encadenado. Tenemos que garantizar su propia seguridad y la de los demás.

—Entonces, le aseguro que no me causará ningún problema. Desde luego que no.

William observó con pavor como el enfermero lo dejaba a solas con ese hombre, cuyos ojos comenzaban a crepitar a la par que su sonrisa se ensanchaba más y más.

—Hola, mi príncipe.

CAPÍTULO 26

El detective Harrison estaba fascinado de lo fácil que le había resultado infiltrarse en la fiesta. Por alguna razón que desconocía, el servicio se esmeraba en preparar un suculento banquete en una sala apartada en la que no había ni un solo invitado. Cada miembro del servicio estaba enfocado en su tarea y apenas levantaba la cabeza de aquello que tuviera entre las manos. Unos preparaban un suculento asado y otros preparaban todo tipo de bebidas.

Esto le permitió moverse con soltura por la parte de la casa donde trabajaba el servicio. Sin embargo, pronto advirtió que lo verdaderamente interesante estaría ocurriendo al otro lado. Tenía que conseguir acceder a donde se encontraban los miembros de la Orden de Herodes.

Disimuló durante varios minutos poniendo los cubiertos sobre la mesa, pero una vez que se quedó a solas, se dirigió hacia una de las puertas que estaban cerradas y la atravesó. En esa habitación encontró a dos personas vestidas con sendas túnicas negras y una capucha que bañaba sus rostros con oscuridad. Se estuvieron observando durante unos segundos. Harrison reconoció el pentagrama en sus túnicas. La Orden de Herodes.

—¿Necesitan algo? —preguntó, continuando con su actuación.

Las dos personas —le era imposible saber si eran hombres o mujeres— se miraron entre sí. Una de ellas asintió, mientras que la otra se marchó de la habitación. El detective tragó saliva. Aquella estampa le producía escalofríos. Era una secta peligrosa.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo al encapuchado que se había quedado con él. Este no habló, sino que se limitó a levantar sus manos y pedirle al detective que esperara.

Harrison asintió, disimulando su nerviosismo. Miraba constantemente hacia la puerta por donde se había marchado el otro encapuchado. No había vuelta atrás.

Segundos después, la puerta se abrió y el encapuchado apareció al otro lado. Entró en la habitación y se quedó mirando fijo al detective.

—Sí que necesitamos algo de usted —dijo al fin. Harrison se mostró solícito, dispuesto a continuar su actuación si eso le permitía obtener información de la orden.

—Estoy a su entera disposición —respondió. Con un sutil gesto, el encapuchado le indicó que le siguiera. Así hizo el detective. Cuando cruzó la puerta, el otro encapuchado fue tras él, cerrándole el paso.

Unas escaleras les llevaron hasta el sótano, donde la elegancia de

la decoración de la planta superior dejó paso a la roca desnuda y a puertas toscas de madera. El primer encapuchado se acercó a esta y la empujó con gran esfuerzo. Al otro lado había un amplio salón iluminado con un centenar de velas, dotando a la estancia de un ambiente tétrico. Pero lo que más desconcertó a Harrison fue el grupo de encapuchados que había en el centro de la estancia y que lo miraban fijamente, como si lo esperaran.

—Atiéndelos —dijo el primer encapuchado señalando hacia el resto. Harrison asintió y se dirigió al grupo. Miraba a su alrededor en tensión, atento a cualquier movimiento. Muy lentamente, los encapuchados fueron retrocediendo, dejando que el detective quedara en el centro de la formación. Cuando este se encontraba en esa posición, los otros dos encapuchados cerraron el círculo que habían formado en torno a él.

—¿Quieren algo de beber? —preguntó Harrison con una sonrisa nerviosa.

Uno de los encapuchados, cuya túnica estaba bordada de manera más ostentosa, dio un paso al frente y comenzó a pronunciar palabras en un lenguaje extraño. Harrison lo observó ceñudo. Sabía que era latín, pero no conseguía entender nada. Justo después, cada encapuchado encendió una vela y la puso en el suelo. Harrison seguía sin comprender nada. En un primer momento, no prestó atención al lugar donde se situaban las velas, pero al cabo de unos segundos se fijó en que estas formaban un dibujo muy peculiar.

—Un pentagrama —susurró Harrison cada vez más incómodo. Tenía que salir de allí cuanto antes. El encapuchado continuaba con su sermón en latín, pero lo que más le preocupaba era que el círculo se estaba estrechando. Los encapuchados avanzaban dando cortos pero decididos pasos.

—Creo que tengo que irme —dijo Harrison retrocediendo.

Sin embargo, nadie allí pareció atender a sus palabras. En vez de eso, el resto de los encapuchados se sumaron al discurso en latín. Cada vez estaban más cerca del detective.

CAPÍTULO 27

LA SOMNOLENCIA ABANDONÓ por completo el cuerpo de William. El muchacho trataba de liberarse de las cadenas, pero estas, de una manera que no podía comprender, habían aumentado su tensión por sí solas, imprimiéndole más dificultad a sus movimientos.

—Es inútil, mi príncipe —dijo el director Jeffrey. Sus ojos se habían convertido en dos esferas incandescentes y de las arrugas de su rostro brotaba una densa oscuridad.

—¡Márchate! —gritó William, confiando en que sus palabras surtieran efecto. No obstante, el director continuó avanzando hacia él.

—No podemos huir a nuestro destino, mi señor. Yo le ayudaré a llevar a cabo su misión —continuó el director mientras extendía su mano hacia la cabeza del muchacho. Este intentó librarse, pero las cadenas continuaban aumentando su presión en torno a sus miembros.

—¡No voy a hacer nada de lo que me digas! —gritó el muchacho.

El director se rio con unas carcajadas profundas que resonaron en la habitación, aunque de repente dejó de sonreír. Miraba al chico fijamente.

—¿Dónde habéis escondido la bomba?

William frunció el ceño. Creía que el asunto de la bomba había quedado atrás. Camille tenía razón.

—No sé de lo que me hablas —dijo William.

De repente, sonó la puerta de la habitación. El enfermero estaba a punto de entrar, pero el director —o Cerbero a través de él— bloqueó la puerta con un solo gesto. Pero lo que más desconcertó a William fue que el enfermero se marchó sin más.

—Como ves, no tenemos mucho tiempo, mi señor. ¿Dónde se encuentra la bomba?

—¡Déjame en paz! ¡No voy a decir nada!

William retiró la mirada de Jeffrey y luchó de nuevo contra las cadenas. Sentía que la influencia de Cerbero era mucho más poderosa.

—Me vas a obligar a tomar medidas excepcionales —dijo Jeffrey. Levantó la mano otra vez, pero en esta ocasión la posó sobre la frente del muchacho—. No será necesario que te molestes en decirme dónde se encuentra la bomba… Yo lo veré por ti.

William agitó la cabeza de un lado a otro, procurando librarse de las manos del siniestro director, pero las cadenas apenas le permitían moverse. La presión de las manos sobre su cabeza se incrementó a tal punto que cada dedo le producía un dolor indescriptible.

Mientras tanto, Jeffrey sujetaba la cabeza del muchacho. Sus ojos

brillaban con más fuerza y todo su cuerpo comenzó a temblar. A través de él, Cerbero visualizó lo ocurrido en el avión, cómo William se rebeló a su voluntad y consiguió expulsarlo del cuerpo del detective. Pero eso no iba a ocurrir de nuevo. Se concentró en leer la mente del muchacho, desgranando sus recuerdos, hasta que vio como Camille se desprendía de la bomba arrojándola al océano.

—Esa mujer es un incordio, pero en esta ocasión no se saldrá con la suya —afirmó Cerbero a través del director. Había visto lo suficiente como para saber en qué punto del inmenso océano Atlántico debía buscar la bomba. Sus esbirros se encargarían de ello—. Pronto podemos reducir este mundo a cenizas, mi príncipe.

CAPÍTULO 28

El detective Harrison estaba firmemente convencido de que se había metido en problemas. El círculo de encapuchados era cada vez más reducido y resultaba evidente que no iban a dejarle escapar.

—Tengo que irme —dijo a la vez que intentaba superar la barrera humana que se cernía sobre él. Sin embargo, en cuanto impactó contra uno de los encapuchados, este le empujó hacia el otro lado, siendo a su vez empujado por otro de ellos. Casi sin darse cuenta, perdió el control de su cuerpo, limitándose a rebotar de un lado a otro mientras el círculo se hacía cada vez más pequeño. Mientras tanto, los encapuchados incrementaban el volumen de sus rezos.

—¡Estáis todos locos! —gritó. Esperaba que sus palabras fueran suficientes para romper aquel extraño ritual del cual parecía haberse convertido en protagonista. Tan solo le quedaba emplear la fuerza para intentar escapar de allí. Aprovechó el impulso del último empujón y golpeó con todas sus fuerzas al encapuchado que tenía justo enfrente. El encapuchado en cuestión cayó hacia atrás, inconsciente, dejando un hueco por el que Harrison podía escapar. Pero rápidamente otro encapuchado le cerró el paso. Sin apenas tiempo para reaccionar, los encapuchados se abalanzaron sobre Harrison y lo sujetaron por los brazos y las piernas. El detective luchaba con todas sus fuerzas, pero era inútil; eran demasiados.

Así, el grupo de encapuchados lo llevaron en volandas hasta situarlo junto al encapuchado que vestía una túnica con rebordes dorados. Este continuaba murmurando palabras en latín, pero mientras lo hacía, alzaba las manos como si invocara alguna especie de poder.

—¡Soltadme, chiflados!

Fue entonces cuando Harrison lo vio. Los ojos del encapuchado se iluminaron en dos pequeñas esferas incandescentes. La oscuridad de la estancia se hizo más densa y las llamas de las velas se extinguieron una por una mientras el discurso en latín de los trece encapuchados crecía de volumen.

—*Da potestatem domino tuo. Da potestatem domino tuo. Da potesta…*

CAPÍTULO 29

CAMILLE SE GIRÓ BRUSCAMENTE y miró hacia las escaleras que acababa de subir hacía tan solo unos segundos. Había percibido un gran despliegue de energía que provenía del sótano de esa misma casa. El problema era que ningún ser humano podía provocar algo así por sí solo.

—Cerbero…

Lo había presentido ya e incluso se lo comentó a William antes de que lo raptaran. Cerbero no se rendía tan fácilmente. Insistiría una y otra vez hasta conseguir su propósito. Pero lo que más le preocupaba en ese momento era averiguar qué había ocurrido en el sótano. Intentó salir de la habitación, pero de pronto la puerta se cerró con gran estrépito. Después se escuchó un chasquido.

—Maldita sea —dijo Camille. Algo más poderoso que una simple corriente de aire había cerrado la puerta de la habitación. Cuando Camille se acercó e intentó girar el picaporte, comprobó por sí misma que era incapaz de posar su mano sobre el metal. Algo se lo impedía. Sin perder ni un segundo, se dirigió hacia la ventana, pero estaba cerrada por la misma magia. Miró de nuevo al niño: había dejado de llorar y la observaba fijamente. Camille se preparó para lo peor. Allí estaba sucediendo algo que iba más allá de lo terrenal. Estaba claro que la Orden de Herodes no se trataba de un grupo de aficionados a lo esotérico.

—Tengo que salir de aquí —dijo Camille dirigiéndose hacia la otra ventana, aunque el poder que habían desplegado ni siquiera le permitió acercarse al cristal. Era como si un muro infranqueable y transparente se interpusiera entre ella y la ventana.

—Un vacío —susurró Camille mientras miraba a su alrededor—. Cerbero me ha encerrado en un vacío.

Dicho esto, se dejó caer de rodillas y se ocultó el rostro con las manos. No había nada que hacer. Un vacío se asimilaba a una burbuja de poder, la que dependía en todo momento de su creador. Ningún ser del Umbral podría salir o entrar de la habitación mientras Cerbero no lo permitiese.

—Está sucediendo otra vez —dijo el niño de repente. Camille se giró.

—¿De qué estás hablando?

El niño estaba sentado en el suelo y se secaba las últimas lágrimas.

—No es la primera vez que lo hacen —dijo encogiendo los hombros. Camille se acercó al niño.

—¿El qué? ¿A qué te refieres?

—Se reúnen todos en el sótano. Hacen cosas extrañas. Se visten con túnicas…

Camille no necesitó escuchar más para saber a qué se refería el niño. La Orden de Herodes debía realizar ritos o celebraciones en el sótano. Por regla general, no debería ocurrir nada fuera de lo normal. No dejaban de ser un grupo de vivos con nulo poder. Pero si a la ecuación le añadía el poder de Cerbero, la cosa era distinta. Desesperada, intentó atravesar el vacío que la mantenía encerrada en aquella habitación, pero lo único que consiguió fue estrellarse contra el muro invisible y caer al suelo.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? —dijo Camille golpeando la pared. Se acababa de dar cuenta del plan de Cerbero y de como ella y el detective habían caído en la trampa. Cuando se llevaron a William, utilizaron a otro niño para hacerles creer que se dirigían a la mansión. Cerbero sabía que ella urdiría un plan para entrar en la casa, así que lo dispuso todo para que tanto Camille como Harrison pudieran introducirse en la mansión. Después solo tenía que esperar hasta que cada uno cayera por sí solo en la trampa. Ella había quedado atrapada en esa habitación, en el propio vacío de Cerbero, y el detective…

CAPÍTULO 30

HARRISON INTENTÓ ZAFARSE una vez más, pero apenas le quedaban fuerzas para continuar luchando. Estaba a merced de los encapuchados que lo sujetaban, quienes gritaban a viva voz sus rezos en latín. Pero más allá de la impresión por lo que estaba sucediendo, el detective tenía la sensación de que en la oscuridad de aquel sótano se escondía una amenaza mucho mayor que la de aquellos encapuchados. Como si una horrible fiera lo acechara y se divirtiera haciéndolo.

Desesperado, intentó mirar más allá, pero el grupo de encapuchados no le permitía ver nada. La resignación del primer momento se había convertido en pánico y sus posibilidades de escapar se reducían a cada segundo.

De repente, el encapuchado que parecía liderar aquella locura levantó las manos y se acercó hacia Harrison. Este vio que en sus manos sujetaba un largo cuchillo.

—¡No! —gritó Harrison—. ¡Por favor!

Pero sus súplicas no le valieron para nada. El encapuchado volvió a gritar en latín antes de bajar el puñal a toda velocidad y clavarlo en el lado izquierdo del pecho de Harrison. Este abrió la boca en un grito ahogado de dolor. Se retorció cuando el encapuchado extrajo el puñal y lo clavó de nuevo en su pecho. Ya no pretendía liberarse, su instinto más básico de supervivencia le hacía intentar alargar su vida cuanto pudiera, pero fue inútil. La tercera puñalada se hincó de nuevo en su corazón y la vida del detective Harrison se apagó en un mar de dolor.

El encapuchado, todavía sujetando el puñal clavado en el interior del pecho del detective, pronunció unas palabras. Después sonrió.

—Regresa su poder a nuestro señor.

CAPÍTULO 31

LEJOS DE ALLÍ, en el hospital psiquiátrico, Cerbero intentaba sonsacar la información a William, que se resistía tenazmente a su poder. Ya había conseguido descubrir lo que pasó con la bomba y había ordenado a sus esbirros que la recuperaran del fondo del océano, pero necesitaba saber otra cosa: dónde se encontraba el dispositivo biométrico. Solo este podía accionar el mecanismo que iniciaba la cuenta atrás de la bomba y, de manera inexorable, del fin de la vida en el planeta.

—Es inútil que te resistas, mi príncipe. El futuro quedó escrito hace mucho tiempo.

El chico estaba agotado, pero no se rendiría tan fácilmente.

—Te ordeno que te marches —insistió.

El director Jeffrey reía a carcajadas.

—No hasta que cumpla mi cometido. ¿Dónde está el dispositivo biométrico?

William, desesperado por la presión de la mano sobre su cabeza, cerró los ojos y comenzó a gritar. Sin él saberlo, de su boca emanó un poderoso grito. El sentirse arrinconado había despertado parte de los poderes que albergaba ocultos en su interior sin darse cuenta. Cerbero, mediante el cuerpo del director Jeffrey, estuvo a punto de salir despedido contra la pared debido a la onda expansiva del grito. Por supuesto, nadie más en el hospital psiquiátrico escuchó nada, aunque no fueron pocos los que experimentaron un ligero temblor. Durante segundos, las bolsas de suero que colgaban junto a las camas de los pacientes se balancearon de un lado a otro. El capellán del hospital, que en ese momento le daba la extremaunción a un paciente, sintió un escalofrío.

Sin embargo, la tercera puñalada se clavaba en el corazón del detective, falleciendo en el acto y liberando parte de la energía que su alma albergaba tras la posesión de Cerbero. Este recuperó esa energía y el director Jeffrey se aferró con más fuerza a la cabeza de William, quien, desconociendo el inmenso poder que acababa de desplegar, no encontraba sentido a su repentino cansancio.

—Nadie puede escapar —afirmó el director Jeffrey. Cerbero sabía que su plan se había desarrollado con éxito y que el detective Harrison había sido sacrificado en la mansión por la Orden de Herodes, tal y como él esperaba. El truco de utilizar a otro niño para que creyeran que se trataba de William había salido a la perfección. El detective estaba fuera de juego y Camille encerrada en el vacío.

William miró al director con los ojos entornados; no podía resistir más. En ese momento, Cerbero vio lo que había ocurrido con el dispositivo biométrico. Fue a través de los recuerdos de William que pudo comprobar cómo el chico se deshizo del dispositivo, lanzándolo justo después de estrellarse con el avión en las Green Mountains.

—En muy poco tiempo lo tendré en mi poder y podremos retomar nuestros planes.

Sin embargo, al mismo tiempo estaba ocurriendo otro hecho que escapaba al control de Cerbero. Mientras este se metía en la mente de William, el chico podía también surcar los oscuros pensamientos de Cerbero, aunque el hacerlo fuera terrorífico.

CAPÍTULO 32

HORAS ANTES, la previsión meteorológica había establecido que Landford disfrutaría de un día despejado, como mucho, alterado por algunos grupos nubosos sin riesgo de precipitación ni de tormenta. Por ello, muchos vecinos se sorprendieron de la aparición de una intensa y repentina tormenta eléctrica a las afueras.

Camille también observó el cielo con inquietud, pues sabía que aquello era algo más preocupante que una tormenta. Se trataba de una descompensación de energía: alguien había alterado la energía que fluía por el Mundo de los Vivos. Lo que ella había percibido, y tuvo origen en el sótano, era mucho peor de lo que creía. Sin embargo, encerrada en aquel vacío, poco podía hacer por los que se encontraran en el exterior. Se acordó del detective y pensó qué sería de él. No era muy avispado, pero sabía ingeniárselas.

El niño, igualmente sorprendido por la tormenta, se acercó a la ventana y contempló los relámpagos que surcaban el cielo. Se mostraba bastante más tranquilo.

—No me gusta estar solo —dijo.

—Ya lo veo. ¿Tus padres viven aquí? —preguntó Camille.

El chico movió la cabeza de un lado a otro.

—No. Se reúnen aquí de vez en cuando con sus amigos, aunque llevamos varios días durmiendo aquí. No me gusta este lugar: hacen cosas extrañas.

Camille frunció el ceño.

—¿Por qué lleváis varios días durmiendo aquí?

—Mis padres no me han contado mucho, pero creo que se ha muerto un hombre muy importante que también se reunía con ellos. Un viejo amigo.

Se encendieron todas las alarmas de Camille. «¿Se refería a Edgar Milton?». Ella se agachó y se puso a su altura.

—¿Así que ha fallecido un amigo de tus padres?

—Dicen que ha muerto por traidor, pero no sé qué significa esa palabra. ¿«Traidor» es una enfermedad?

Camille esbozó media sonrisa. Mostró ternura y escondió su estupor. No podía fiarse mucho de las palabras del niño, pero si había entendido bien, la Orden de Herodes consideraba a Edgar Milton como un traidor. Al no tener nada más que hacer, continuó hablando con el chico.

—¿Tus padres se enfadaron con él? —preguntó. El chico asintió.

—¡Mucho! Pero no sé por qué.

Camille asintió en silencio. Su teoría se estaba corroborando. Intentó seguir conversando con el niño, pero este debió ver algo extraño en ella y, sin previo aviso, se marchó corriendo de la habitación. Por inercia, Camille salió tras él, pero acabó chocando de nuevo con el vacío y cayendo al suelo.

—¿Qué me pasa hoy? —dijo mientras se reincorporaba. Había olvidado que el vacío solo es efectivo con los seres del Umbral. Convencida de que estaría encerrada hasta que Cerbero quisiera, se sentó junto a un escritorio a esperar. Le había fallado tanto a William como a Harrison, sin olvidar que la humanidad estaba muy cerca de desaparecer. No estaba acostumbrada a replantearse las cosas, pero en ese momento, sintiéndose derrotada, se dejó llevar. Los minutos fueron pasando y, sin otra opción por el momento, comenzó a abrir los cajones del escritorio. No buscaba nada en concreto, pero quizá, en algún lugar, encontraría algo que pueda ayudarle a salir de su encierro.

En cada uno de los cajones había multitud de carpetas y documentos legales, la gran mayoría sellados con el símbolo de la Orden de Herodes. Eso le llamó la atención. Pensó que los padres del chico podrían ser altos miembros de la orden. Repasó los documentos y su interés fue en aumento. En una carpeta encontró información acerca de Edgar Milton donde se revelaba todo lo sucedido entre el magnate y la secta. Edgar Milton fundó la Orden de Herodes después de hacer un pacto con Lucifer.

—¿Vendió su alma? —se preguntó Camille. Era común que muchos mortales se encomendaran al demonio para conseguir una vida de lujo y placer a cambio de entregar sus almas. Por suerte, la mayoría de las peticiones quedaban en nada, ya que el valor de sus almas para Lucifer era ínfimo. Sin embargo, el caso de Edgar Milton fue diferente. El demonio no quería su alma, sino que engendrara a un vástago.

—Debía engendrar al vástago del dolor y la destrucción —leyó—. Ese es William.

Al parecer, Edgar aceptó y fue recompensado con la mayor riqueza jamás vista. Años después tuvo un hijo, la madre falleció en el parto y Edgar crio al pequeño. Debía ser algo temporal, tan solo esperar que el paso de los años le diera madurez suficiente a la criatura. Durante todo ese tiempo, Edgar debía emplear parte de su fortuna en desarrollar un arma monstruosa que pudiera ocasionar un cataclismo. Sus dudas al respecto eran combatidas por Lucifer con todo tipo de lujos. Al final, a poco de tener que entregar a William, Edgar faltó a su promesa y ocultó al chico.

—Traicionó a Lucifer… Por eso lo mataron.

En ese momento, un ruido atronador sorprendió a Camille. El vacío se había roto. Creyendo que Cerbero venía en su busca, se puso de pie,

dispuesta a luchar.

—¿A qué estás espera…?

No era Cerbero. En el alféizar de la ventana se encontraba Leopoldo, el gato, que tranquilamente saltó al interior de la habitación. El poder que albergaba el felino había sido más que suficiente como para acabar con el vacío impuesto por Cerbero.

—*Como anillo al dedo* —dijo Camille.

—*Sé cuándo mi presencia es necesaria* —respondió Leopoldo.

—*Tenemos que marcharnos, pero antes debemos encontrar a Harrison.*

—*Su alma vaga por el Umbral. La Orden de Herodes lo atrapó.*

Cuando Camille escuchó que el detective había fallecido, bajó el rostro. Había sido por su culpa.

—*¿Y William? ¿Estamos a tiempo de salvarlo a él?*

El gato movió la cabeza de arriba abajo.

—*Cerbero está empleando mucha energía en él. Quiere recuperar la bomba.*

—*Ese perro es muy obstinado. ¿Sabes dónde lo retiene?*

—*No muy lejos de aquí* —respondió Leopoldo—. *Tenemos suerte de que la discreción no sea una de las habilidades de Cerbero.*

CAPÍTULO 33

CAMILLE NO FUE TAN silenciosa al momento de escapar de la mansión, y más después de saber que el detective Harrison había sido asesinado por los miembros de la Orden de Herodes. Nada más encarar las escaleras, se encontró con varios miembros encapuchados, a los que no tuvo inconvenientes de lanzar hacia la pared con un simple movimiento de sus manos. No iba a matarlos, no iba a llegar a ese punto, pero no estaba dispuesta a fallarle a William. Pasaría por encima de quien hiciese falta.

—*Hay reglas, Camille* —le advirtió Leopoldo.

—*O jugamos como ellos o lo perderemos todo* —respondió.

Salieron al exterior, donde los primeros rayos solares coloreaban el cielo, y se subieron al coche más cercano. Uno de los escoltas intentó detenerla, pero la mirada de Camille fue suficiente para que el hombre se diera la vuelta y saliera corriendo.

—*¿Dónde está William?*

—*Lo han llevado a un hospital psiquiátrico, no muy lejos de aquí. Sigue la avenida principal. La energía allí es muy intensa*.

Camille asintió y pisó a fondo el acelerador. Las ruedas chirriaron contra el asfalto y levantaron una nube de polvo. En la entrada de la propiedad había una gruesa puerta metálica, pero Leopoldo se encargó de que esta saliera volando apenas segundos antes de que el coche impactara contra ella. Los vigilantes que vieron lo ocurrido no podían creer que la puerta hubiera saltado de esa manera. Intentaron salir en su persecución, pero para cuando ya habían montado en sus vehículos, no había ni rastro de los fugados.

—*No creo que llamen a la policía* —dijo Camille con sarcasmo. Después miró su reloj y comprobó el poco tiempo que quedaba para que William pudiera hacer efectiva su herencia: ¡tan solo catorce horas!

A los pocos kilómetros, vio un cartel que indicaba la proximidad de un centro psiquiátrico, solicitando a los conductores que evitaran utilizar el claxon, salvo que fuera extremadamente necesario. Por supuesto, la peculiar petición era aceptada por la mayoría de los conductores, aunque también era común que muchos jóvenes pasaran a toda velocidad con la mano sobre el volante para, según decían, «despertar a los locos». Camille no tocó el claxon, pero tomó la curva del desvío de tal manera que provocó que otros coches le pitaran por su arriesgada maniobra.

Ya en el hospital, estacionó el coche, frenando en seco y

provocando que el vehículo derrapara hasta quedar perfectamente encuadrado en la plaza del *parking*. El vigilante, que se encontraba en la puerta del hospital, se acercó con los brazos en alto, alarmado por esa maniobra tan arriesgada.

—¿Se puede saber en qué está pensando? —preguntó.

—Tengo un poco de prisa —contestó Camille cuando se bajó del vehículo. Leopoldo, por su parte, se había bajado de la ventanilla y salido corriendo hacia los jardines del hospital.

—¡De ninguna manera voy a permitirle la entrada! —gritó el vigilante. Camille lo miró fijo y dio varios pasos hacia él antes de que el hombre cambiara repentinamente de opinión y dijera con la voz acongojada—: Tenga más cuidado la próxima vez.

Camille entró en el vestíbulo de hospital, donde se encontró con miradas de estupefacción por parte de los allí presentes: enfermeros, pacientes y familiares. Habían escuchado los neumáticos y los gritos del vigilante. Ignorando lo que acababa de ocurrir, se acercó a la recepción mostrándose calmada.

—Estoy buscando a un muchacho que fue ingresado hace poco tiempo. Se llama William.

La voz de Camille resultó tan convincente que la recepcionista buscó de inmediato en el sistema informático.

—No me consta. Lo siento.

—¡Compruébelo otra vez! —dijo Camille mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde se habrá metido el gato?

Ignoraba que Leopoldo no había entrado al edificio.

—¿Perdón? —dijo la recepcionista.

—¿Ha visto entrar un gato conmigo?

La pregunta de Camille provocó un gesto de comprensión en la recepcionista. Acababa de entender lo que le sucedía a esa mujer.

—¿Un gato? ¿Por eso estás preocupada? —dijo con voz melosa, como si se dirigiera a un niño.

Camille frunció el ceño.

—No, no es eso. No estoy loca. Olvide al gato. El chico, William, ¿segura de que no se encuentra aquí?

Sin embargo, la respuesta que obtuvo de la recepcionista le hizo saber que, pese a lo que le dijera, iba a tomarla como una desequilibrada. Si lo pensaba fríamente, estacionar el coche casi en el vestíbulo del hospital, preguntar por un paciente del que no había ni rastro y rematarlo añadiendo un gato a la historia era más que suficiente para tacharla de loca.

—Entonces no ha ingresado a ningún muchacho llamado William en las últimas horas, ¿verdad?

La recepcionista negó con la cabeza.

—Lo siento.

Camille estaba confusa, pero por otra parte, sabía que había pocas probabilidades de que el gato se equivocase. Le quedaba la opción de saltarse los protocolos de seguridad del hospital e internarse ella misma por los pasillos, pero la repercusión de esos actos sería muy elevada. Además, el acceso al pabellón de los pacientes consistía en una puerta de seguridad que solo el personal autorizado podía abrir. Entrar allí y sacar al muchacho no era tan sencillo. Estaba a punto de marcharse —siempre bajo la mirada de cuatro enfermeros anchos como armarios— cuando uno de los pacientes que se encontraba en el vestíbulo en ese momento se dirigió a ella.

—¡Te conozco! —gritó el hombre. Camille se giró hacia él.

—No le haga caso. Se altera cuando suceden cosas que le sacan de su rutina —dijo uno de los enfermeros. No obstante, Camille se centró en aquel hombre. Ahora que se fijaba, también le resultaba familiar.

—Puede que lo conozca —respondió Camille—, aunque no recuerdo de qué.

El hombre, expresando una repentina alegría, comenzó a señalarla.

—Tú me trajiste de vuelta a este mundo. Me dijiste que no era mi momento —exclamó el hombre—. ¡Después de tanto tiempo! ¿Ven cómo no estoy loco? Esa mujer era real, de carne y hueso; ahí delante la tienen.

Camille hizo memoria y con esfuerzo recordó que hace como diez años devolvió al Mundo de los Vivos a un alma que no estaba preparada para cruzar el río Aqueronte. Ese hombre había sufrido un paro cardiaco, y en el momento en el que se encontró con Camille en el Umbral, los médicos intentaban reanimarlo. En algunas ocasiones, personas que habían tenido experiencias con la muerte contaban haber visto a personas fallecidas o un túnel de luz, etc. Sin embargo, la gran mayoría de estas personas no recordaban nada en absoluto. Pero también existía un pequeñísimo número de personas que recordaban al detalle todo lo que habían visto durante esos segundos que estuvieron «muertos». A la mayoría, cuando lo contaban, los tomaban por locos. En el caso de ese paciente, lo recordaba todo con tal lujo de detalles que le fue imposible continuar con una vida normal.

—Ahora lo recuerdo. Lo traté el día que sufrió un ataque al corazón, ¿cómo se encuentra? —dijo Camille decidida a aprovechar la intromisión de aquel hombre.

—¿Es médica? —preguntó la recepcionista. Camille asintió.

—Así es. Quizás hubiese sido mejor para todos haber comenzado mencionando ese punto. Estoy doctorada en Neurología y Comportamiento Psicosomático. Básicamente, estudio las conexiones interneuronales y elaboro patrones de comportamiento de acuerdo con la respuesta eléctrica de…

La recepcionista asintió boquiabierta. El torrente de información la había dejado aturdida. Sin embargo, Camille no tenía la menor idea de lo que había dicho.

—Si hubiera empezado por ahí… —dijo la recepcionista con tono condescendiente.

—Creo que se equi…

—¿Cuánto tiempo ha pasado? Veo que está más recuperado —interrumpió Camille al hombre. Era su oportunidad para acceder al interior del hospital—. David era su nombre, ¿verdad?

—Sí, así es. Estoy… bien, supongo. Pero todo ha sido muy diferente desde que regresé de… ese sitio… Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Estoy seguro de que tú eras la mujer que me habló en ese horrible lugar.

Camille asintió con complicidad, aunque sin darle más importancia. Después se dirigió al enfermero más cercano a aquel hombre.

—¿Qué le sucede?

El enfermero se acercó a Camille.

—Padece un trastorno mental transitorio y paranoia. Era un sujeto peligroso hasta que encontramos la medicación correcta. Ahora es mucho más estable, aunque su continuo desequilibrio le obliga a permanecer ingresado durante largas temporadas.

—Entiendo —dijo Camille, haciéndose la entendida—. En estos casos, es muy importante el entorno del paciente.

—Estoy totalmente de acuerdo —respondió el enfermero.

Camille sabía que era el momento.

—En tal caso, David, ¿te importaría mostrarme tu habitación?

Este encogió los hombros.

—No depende de mí —dijo señalando a uno de los enfermeros.

—No veo inconveniente. Qué mejor visita que la de un profesional como usted —opinó el enfermero. Después le pidió a la recepcionista que le entregara una tarjeta de visitante a Camille.

A continuación, el enfermero introdujo un código en el panel numérico que había junto a la puerta de acceso al pabellón y esta se abrió al instante. Camille pensó que eso parecía más una cárcel que un hospital. Observó a David y sintió pena por él. No estaba loco, simplemente su alma había vagado por el Umbral y luego regresado al Mundo de los Vivos. No debería recordar nada, pero no fue el caso. David recordaba el Aqueronte, la recordaba a ella y las infinitas almas que vagaban de un lado a otro. Cuando lo reanimaron y lo vivido por su alma se volcó en sus recuerdos, fue incapaz de soportarlo. Como cabía esperar, nadie le creía. Lo que en un primer momento podía sonar gracioso, poco a poco fue motivo de preocupación por parte de su familia.

Caminaron por el hermético pasillo del hospital. El enfermero iba en primera posición. Camille caminaba en silencio, observando con curiosidad cada resquicio que le permitía ver en el interior de las habitaciones. Sin embargo, sabía que William debía estar en otra área del hospital, ya que no percibía ninguna anomalía de energía.

—Esta es su habitación. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que pedirlo —dijo el enfermero. Camille le agradeció su atención. David entró en la habitación y, confundido, comenzó a mostrarle a Camille sus pocas posesiones: unos libros, un bolígrafo de goma con la consistencia de una golosina y un cubo de Rubik. Ella se mostró interesada hasta que los pasos del enfermero se alejaron lo suficiente.

—No estoy loco —dijo David.

—Lo sé perfectamente. No deberías recordar nada del Umbral.

—¡Sabía que era cierto! Todavía tengo pesadillas. Era tan real.

—Sé que es complicado, pero intenta olvidarlo. Vive tu vida. Cuando llegue el momento y regreses al Umbral, yo estaré contigo, ¿de acuerdo?

David asintió en silencio. Experimentó una inesperada y agradable tranquilidad junto a Camille.

—Sé que cumplirás tu palabra —dijo David.

—Puedes estar seguro, pero ahora necesito tu ayuda. Estoy buscando a una persona. Sé que está en este hospital.

David levantó las manos con impotencia.

—Yo no puedo moverme libremente por el hospital. Esto parece más bien una cárcel.

—No, yo puedo buscarlo por mi cuenta. Lo que necesito es una pequeña distracción para que los enfermeros no se interpongan en mi camino.

David asintió en silencio y reflexionó durante unos segundos.

—En eso puedo ayudarte.

—¡Estupendo!

—De todas formas, mi familia me toma por un desquiciado.

Camille frunció el ceño.

—¿Qué vas a hacer?

David le preguntó qué hora era y le tranquilizó con un sutil gesto.

—Todavía es temprano. He intentado escaparme varias veces, por lo que he aprendido horarios y costumbres de casi todos los enfermeros. Sé que a esta hora todavía no están todos de servicio. Algunos estarán desayunando en la sala de descanso que se encuentra al otro lado del vestíbulo.

—¿Eso qué significa? —preguntó Camille intrigada.

—Que si ocurriera un contratiempo en alguna parte del hospital, tendrían que acudir enfermeros de otros pabellones. Encerrarían a los demás pacientes en sus habitaciones mientras tanto, por lo que

tendrías que buscar una manera de abrir la puerta.

—Ya me las apañaré, tengo mis recursos. ¿Te supondrá muchos problemas?

David encogió los hombros.

—Me subirán la sedación durante un par de días.

—Gracias.

—Recuerda que tienes que ayudarme a cruzar el río.

—Dalo por hecho.

David asintió con una sonrisa y se situó junto a la puerta de la habitación.

—Espera unos segundos y sal. Dirígete a la derecha. Allí está la sala principal, desde donde se puede acceder a todos los pasillos del hospital.

—De acuerdo.

Dicho esto, David cogió aire, contó hasta tres y después salió corriendo por el pasillo.

—¡Vienen los fantasmas! —gritaba. Rápidamente, abrió la puerta del resto de habitaciones y tiró al suelo uno de los carritos que usaban los enfermeros para transportar la comida. Esto causó un gran estruendo que sobresaltó a muchos de los pacientes del pasillo.

—¡Altercado! —gritó un enfermero, soltando los informes que llevaba en la mano y dirigiéndose hacia el pasillo, aunque se dio la vuelta de inmediato y fue en busca de ayuda. En apenas veinte segundos, David había conseguido sacar a quince pacientes de sus habitaciones, convirtiendo el pasillo del pabellón en una auténtica procesión de dementes. Camille asomó la cabeza por la puerta y vio como David le hacía un gesto para que saliera corriendo. Así lo hizo Camille. Corrió hacia el lado opuesto del pasillo a la vez que procuraba percibir dónde se encontraba William. Sin embargo, todavía corriendo, atravesó la sala principal y se dirigió a un pasillo donde había un cartel que indicaba el módulo infantil.

—Tiene que estar ahí.

A su espalda, escuchó el murmullo creciente que David estaba causando.

—Creo que te harán algo más que subirte la sedación —dijo Camille. Llegó al módulo infantil y, nada más encarar el pasillo, vio a Leopoldo sentado junto a la puerta de una habitación.

—*¿Por qué no hay nadie aquí?* —preguntó Camille.

—*El chico es el único paciente* —respondió Leopoldo—. *Cerbero ha manipulado a todos los que han tratado con él. Ninguno recordará haberlo tratado.*

—*¿Está bien?*

—*Compruébalo por ti misma.*

Camille entró en la habitación y encontró a William dormitando

sobre la cama. Al ver a Camille, levantó la mano.

—¿Eres tú de verdad? —preguntó el chico con un hilo de voz.

—Claro que soy yo, William. ¿Qué ha pasado? —le preguntó Camille acercándose con cautela.

—Cerbero. Ha hecho con los médicos lo mismo que hizo con el detective Harrison.

Camille torció el gesto.

—¿Quería que activaras la bomba?

William movió la cabeza de un lado a otro.

—Primero tiene que recuperarla, al igual que el dispositivo biométrico.

—Pero sin ti no podrá detonarla, y te aseguro que no conseguirá separarte de mí.

Entonces, el chico levantó la mano izquierda. Tenía los dedos vendados y se podía apreciar un poco de sangre en el extremo.

—¿Qué te ha pasado?

—Dice que hará los honores por mí —dijo William sin parar de girar la mano. Cerbero le había cortado la falange del dedo meñique para activar el dispositivo por sí solo.

—Ten por seguro que lo detendremos.

Sin embargo, el chico parecía confuso.

—Cerbero me ha dicho también que fue Edgar Milton quien fabricó la bomba, que él estaba al corriente de todo —dijo William. Camille asintió.

—Es más complicado que eso. —Después extendió la mano y la colocó sobre la frente de William. El chico, temeroso por su experiencia con Cerbero, hizo un amago para apartarse, pero después comprendió que Camille no quería hacerle nada malo. Era un gesto de ternura—. Lucifer entregó al señor Milton todo lo que un hombre pudiera desear a cambio de que, llegado el momento, tú cumplieras la voluntad de Lucifer.

—Pero Edgar fabricó la bomba —insistió William.

—Lo hizo una de las empresas de Edgar Milton, pero él no sabía cuál era la finalidad de ese proyecto. Nadie podía imaginárselo. Pero lo más importante de todo es que el poco tiempo que estuvo contigo fue suficiente para convencerle de no cumplir lo pactado con Lucifer. Por eso te alejó de él y le encomendó a Jerome que te protegiera. Cuando Lucifer te requirió y Edgar se negó a entregarte, entró en cólera y torturó a tu padre durante días, pero jamás dijo nada de ti. Al final, fue Cerbero quien acabó con su vida.

—¡Él me abandonó! —gritó William.

—Porque te quería y se arrepentía profundamente de lo que había hecho. No entregarte a Lucifer era lo único que podía hacer para arreglar las cosas. Pero debía mantenerte alejado de él. —Camille

guardó silencio durante unos segundos para darle más gravedad a sus palabras—. Y ahora, William, si es verdad lo que me has contado acerca de Cerbero, tenemos que detenerle cuanto antes.

William miró fijamente a Camille. Sus ojos marrones comenzaron a brillar hasta alcanzar un peculiar color ámbar.

—Cerbero… Va a pagar por todo lo que ha hecho.

—¡Así se habla!

CAPÍTULO 34

CAMILLE AYUDÓ A WILLIAM A INCORPORARSE. El castigo al que lo sometió Cerbero lo había dejado exhausto, aunque poco a poco iba recomponiéndose. El odio que sentía hacia Cerbero lo alimentaba y le hacía sacar fuerzas de flaqueza.

—No se va a salir con la suya —afirmó William con una voz que no se parecía en nada a la de un niño. Camille lo observó mientras caminaba a su lado. El poder oculto que albergaba en su interior respondía a sentimientos negativos como el odio y la venganza. Pese a que su vida no había sido fácil, jamás guardó tanto rencor en su interior.

—El gato se ha vuelto a marchar —dijo Camille al salir del pasillo.

—¿Leopoldo ha estado aquí? —preguntó William con interés.No recordaba cuándo había sido la última vez que lo vio. Le parecía que habían pasado como mil años.

—Él me sacó de un buen apuro y me permitió venir a por ti. Sin él, habría sido imposible. Siempre está donde se le necesita.

De repente, William se detuvo y miró hacia atrás, como si hubiese olvidado algo.

—¿Dónde está el detective Harrison? —preguntó William. Camille se detuvo y puso los brazos en jarra. Pese a que estaba acostumbrada a tratar con la muerte, era plenamente consciente de lo delicadas que deberían ser sus palabras.

—No lo consiguió.

Creyó que no era conveniente dar más datos al respecto. Sin embargo, la intención del chico era otra: necesitaba saber qué había sido del detective.

—¿Qué le ocurrió?

—Creo que ya sabes suficiente.

Sin embargo, William insistió.

—Me merezco saber qué le ocurrió.

—No estoy segura, pero creo que la Orden de Herodes lo asesinó en una especie de sacrificio. Es bastante probable que Cerbero también estuviera detrás de su muerte. No estoy del todo segura. Lo único que sé es que no pude hacer nada por él.

William bajó el rostro. Experimentaba la angustiosa sensación de que era el culpable de la muerte de todos: Edgar Milton, Jerome, el detective Harrison… Todos tenían algo en común: intentaron protegerlo y lo pagaron con sus vidas. ¿Acaso él era el culpable de todo?

—Es demasiado…

—Lo sé, William. Por una parte, eres demasiado pequeño para todo esto, pero por otra, necesito tu ayuda para acabar de una vez por todas con la bomba. Tú puedes hacer que sus muertes no hayan sido en vano.

Las palabras de Camille levantaron el ánimo a William. Detener a Cerbero y honrar las muertes de aquellos que habían dado su vida por él le resultaba un excelente revulsivo. Era lo único que le quedaba.

Al otro lado de la puerta que daba acceso a la sala principal del hospital, se escucharon varios gritos de enfermeros que acudían al caos ocasionado por David. Muchos de los pacientes, seguramente alterados al romper su rutina, habían cedido a los impulsos de sus enfermedades.

—¿Qué está ocurriendo ahí afuera? —preguntó el chico. Camille le quitó importancia al asunto.

—Un viejo amigo me ha ayudado a esquivar la vigilancia de los enfermeros, pero puede que se le haya escapado de las manos. Debía distraer al personal.

—¿Un viejo amigo? —dijo William sorprendido. Camille parecía tener recursos para todo. William pensó que eso debía explicar su aparente tranquilidad.

—Ya te lo contaré más tarde, ahora será mejor que salgamos de aquí.

Camille se giró hacia una ventana. A ambos lados de los cristales había gruesos barrotes que imposibilitaban atravesarla. Era algo comprensible, teniendo en cuenta que se encontraban en un hospital psiquiátrico. El muchacho también miró la ventana con preocupación.

—Por ahí será imposible —dijo.

—Eso ya lo veremos —contestó Camille. Miró a un lado y a otro para comprobar que no había nadie más allí y se acercó a la ventana. Colocó sus manos sobre los barrotes y con un movimiento rápido los desprendió de la pared con gran facilidad, como si estuvieran hechos de papel en vez de hierro—. ¡Salgamos ya!

—Tienes que enseñarme a hacer eso —dijo William mientras atravesaba la ventana todavía atónito.

—Todavía eres muy pequeño para aprender estas cosas.

La ventana daba a la parte trasera del hospital, donde se extendía un amplio jardín. Sin embargo, junto al propio edificio, una hilera de matorrales permitió a Camille y William pasar completamente inadvertidos con respecto a los pacientes que se ejercitaban en el jardín. Ellos eran ajenos a lo que estaba ocurriendo al otro lado del recinto, donde David había instaurado una especie de rebelión.

—Tengo el coche en el *parking* del hospital. Tenemos que dar la vuelta al edificio. Lo más recomendable es que pasemos inadvertidos.

Nos ahorrará problemas.

El chico asintió. Ambos avanzaron a hurtadillas entre los matorrales. Camille estaba dispuesta a emplear su poder en caso de que los descubrieran, pero prefería marcharse de allí sin hacer más ruido. Cuando pasaron frente a una ventana que daba a uno de los pasillos, Camille se sorprendió del alboroto que estaba causando David. Enfermeros, médicos y el resto del personal se afanaban en devolver a los pacientes a sus habitaciones, pero muchos se les escapaban corriendo por los pasillos. La situación no era alarmante del todo porque habían conseguido bloquear las puertas a tiempo.

—Corramos. Ahí dentro están muy ocupados —dijo Camille. No obstante, apenas había avanzado un par de metros, percibió algo extraño. Una sensación similar a la que experimentó cuando Harrison trató de que William activara la bomba en el avión.

Giraron la esquina del edificio y llegaron al pequeño muro que delimitaba el jardín del hospital con la zona del *parking*. Camille ayudó al chico a saltar el muro y después se encaramó ella con la agilidad de una pantera. Pero antes de que ella llegara a la cima, escuchó:

—¡Camille! ¡Está otra vez aquí! —gritó William señalando a un hombre vestido con una bata blanca. Estaba de pie junto al coche, mostrando una sonrisa obscena. De sus ojos salía un resplandor rojizo.

—Esto se ha acabado, Camille —dijo Cerbero a través del cuerpo del director Jeffrey.

Camille saltó al otro lado, dispuesta a sacar a Cerbero del cuerpo de ese hombre. Sin embargo, William se le adelantó. Los ojos del chico se enrojecieron como si hubieran estallado en llamas.

—Ahora seré yo quien juegue contigo —dijo William con una voz grave y profunda, imposible de emitir para cualquier otro niño de su edad. El hombre comenzó a reírse y dio un par de pasos hacia delante para dejar claro que no temía para nada al chico. Este se detuvo y se miró las manos.

—¡Déjame a mí, William! —gritó Camille tras él, pero el chico se negó.

—Quiero hacerlo yo… —susurró William sin levantar la mirada de sus manos. No sabían qué le estaba ocurriendo, pero Camille vio como una buena señal que la sonrisa desapareciera del rostro del director Jeffrey. Que Cerbero indagara en su mente, que su energía lo invadiera, tuvo un efecto secundario que nadie previó. Toda esa energía despertó el inmenso poder del chico.

—Piensa todo lo que puedes hacer, mi príncipe —dijo el hombre. William asintió y levantó el rostro. El resplandor de sus ojos era como dos pequeños soles. Levantó la mano izquierda y la lanzó hacia el director Jeffrey. El cuerpo de este se desplomó, inerte, sobre el suelo.

En ese momento, el alma de Cerbero regresó al Umbral.

—¿Está muerto? —preguntó William. El brillo de sus ojos se reducía poco a poco. Camille le tranquilizó negando con la cabeza.

—Se pasará el resto de sus días preguntándose qué le ocurrió, pero está bien. Lo peor que le puede pasar es que se acabe convirtiendo en uno de los pacientes del hospital. Pero lo importante es que Cerbero se ha marchado. Ahora, vayámonos. Tenemos que impedir que activen la bomba.

Corrieron hasta el vehículo y se montaron en él. Camille pisó el acelerador y se alejaron de allí a toda velocidad.

—¿Quién es ese amigo que ha distraído a los enfermeros?

—Es largo de explicar, pero digamos que ahora estoy en deuda con él. Ahora hay que buscar la manera de detener a Cerbero —dijo Camille. William reflexionó durante unos segundos. Un cúmulo de sensaciones extrañas recorría su cuerpo.

—Creo que puedo sentir algo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Camille.

—A Cerbero o a un poder similar.

Camille frunció el ceño. Ella no percibía nada. Miró su reloj y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué sucede? —preguntó el chico.

—Con todo lo que ha ocurrido, apenas me había preocupado de la herencia. Queda muy poco tiempo, William, más teniendo en cuenta que debemos ir hasta Providence.

—Pero ¿y Cerbero?

—Lo estás sintiendo, ¿verdad? Concéntrate en él. Si lo haces, puedes encontrarlo.

William asintió. Cerró los ojos y buscó el origen de la sensación que percibía. En los primeros momentos la oscuridad fue absoluta, pero poco a poco, y pese a tener los ojos cerrados, comenzó a vislumbrar un poco de claridad: el negro se transformó en gris y la uniformidad dejó paso a siluetas y formas cada vez más definidas. Decenas de sombras arrastraban un artilugio metálico hasta un gigantesco lago humeante. William quiso ver más de cerca para saber qué estaba ocurriendo y, sin él esperarlo, sus deseos se hicieron realidad. De repente, no solo estaba al lado prácticamente del artilugio —que resultaba ser la bomba que habían rescatado del fondo del océano—, sino que se había convertido en una de las figuras oscuras que vio antes desde lejos. Las que le rodeaban debieron de advertirlo y se alejaron aprisa. Escuchó una voz antes de verse rodeado por tres gigantescos perros que lo despedazaron en cuestión segundos.

Gritando, abrió los ojos y volvió a la realidad, al coche conducido por Camille.

—¿Qué has hecho? —preguntó Camille.

William estaba aturdido.

—¿Yo? No lo sé. De repente, he viajado a un lugar y… no sé, he visto siluetas que parecían personas y unos perros que se han abalanzado sobre mí con furia.

—¿Unos perros? —preguntó Camille. No estaba segura del todo, pero por lo que contó el muchacho, había tomado posesión de uno de los esbirros de Cerbero. Los habían descubierto y Cerbero tomó la decisión de acabar con el esbirro.

—Eran los más grandes que he visto en mi vida. Parecían monstruos más bien.

—¿Qué más has visto?

William frunció el ceño.

—Había un gran agujero que echaba humo; creo que se trataba de un lago de agua caliente. Esas figuras, o los esbirros, como tú dices, arrastraban hacia allí algo metálico.

—¿Esa cosa metálica podía ser la bomba que había en el avión?

El rostro de William se descompuso.

—¡Maldita sea! ¡Era la bomba! —exclamó.

—Necesito más detalles del lugar, William. ¿Qué más puedes decirme?

El chico trató de recordar, pero le resultaba muy complicado.

—No lo sé, Camille. Había un lago o algo parecido, pero el agua debía estar muy caliente porque salía humo de ella. Pero era raro, porque también había muchos árboles alrededor.

Camille giró hacia el arcén de la carretera y frenó en seco. Las ruedas chirriaron sobre el polvoriento asfalto.

—Yellowstone… —dijo Camille—. Allí quiere hacer estallar la bomba. No ha elegido ese sitio por casualidad.

William no comprendía nada.

—¿Yellow qué? ¿Qué es eso?

—No se trata de un mero lago, William. Yellowstone es un supervolcán, uno de los más peligrosos del planeta. El simple hecho de que entrara en erupción sería suficiente para provocar una extinción masiva.

—Pero en el avión Cerbero quería tirar la bomba sobre el océano. Decía que así destruiría el mundo —recordó William.

—No es de extrañar que la bomba haya sufrido daños o haya perdido potencia. Pero si todavía posee los kilotones suficientes y Cerbero utiliza a sus esbirros para introducirla en las profundidades de Yellowstone, puede ocasionar una erupción y revivir a una máquina de destrucción de origen natural. Ocasionaría un cataclismo imposible de parar.

—¡Vayamos a por él! —gritó el chico—. ¿A qué estamos

esperando?

Camille miró su reloj y cabeceó con decepción.

—Yellowstone está a miles de kilómetros de aquí, William. No podemos ir en coche. No llegaríamos a tiempo.

—Pero tú tienes poderes y esas cosas. No podemos dejar que activen la bomba.

—Esto me supera por completo, William. Antes te dije que necesitaba tu ayuda. Ese momento ha llegado.

—¿Quieres que me enfrente a Cerbero? —preguntó el chico—. Tiene que ser una broma.

—Tienes el poder suficiente para hacerlo. Lo acabas de hacer. Mientras tanto, yo conduciré hacia Providence. Confío en ti. Regresa a Yellowstone.

—¡No puedo hacerlo solo!

Camille asintió.

—Te daré toda la energía que me sea posible. No estarás solo. Ahora detén a Cerbero de una vez por todas.

Era una locura, pero Camille sabía que no tenía otra opción. Podía derrotar a Cerbero, pero este se las apañaría para entretenerla el tiempo necesario y así detonar la bomba. En cambio, el poder de William era mucho más intenso. Podía acabar con Cerbero y resistirse a la influencia de Lucifer, si este decidiera aparecer.

—Haré lo que pueda —dijo William.

—Sé que lo conseguirás.

Fue entonces cuando William cerró los ojos y regresó a Yellowstone.

CAPÍTULO 35

SALOMON Y MARTIN BELMONT llegaron al psiquiátrico poco después, justo en el momento en el que Camille detenía el coche en el arcén unos kilómetros más adelante. La Orden de Herodes comunicó a los Belmont que el principal heredero de Edgar Milton había sido ingresado en un hospital psiquiátrico a unas dos horas de Providence.

Blake Belmont estalló de ira cuando supo la noticia y envió a sus dos sobrinos —acompañados de doce hombres más— para eliminar al chico de una vez por todas y asegurarse la herencia de Edgar Milton. En cuanto a la mujer rubia que lo acompañaba, su destino debía ser el mismo.

—Quiero ver a los dos muertos. ¡No regreséis a esta casa sin una prueba de ello! ¿Me habéis entendido? —gritó Blake a sus sobrinos. Estos le prometieron que cumplirían con su trabajo. De inmediato, se pusieron de camino hacia el psiquiátrico junto con mercenarios profesionales para asegurarse de que todo saldría bien. Sin embargo, la sorpresa de ambos fue mayúscula cuando se encontraron con las puertas cerradas del hospital y una especie de guerra civil en su interior.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Salomon.

—Parece un motín —contestó Martin.

Uno de los pacientes, viendo al grupo de hombres al otro lado de la puerta, creyó que su misión era la de abrir la puerta, cosa que hizo aprovechando la distracción del resto de enfermeros, ocupados con otros pacientes.

—Eso es. ¡Abre la puerta, loco! —gritó Martin. Sin embargo, aparte de los cerrojos, las puertas estaban cerradas con llave y resultaba imposible abrirlas.

—Me he cansado de todo esto —dijo uno de los mercenarios. Se acercó a las puertas y con una ráfaga de disparos consiguió que se abrieran. Por supuesto, en el interior cundió aún más el pánico. En esta ocasión, la gran mayoría de pacientes y enfermeros se arrojaron al suelo después de escuchar los disparos.

—¡Quietos todos! —gritó Martin—. No queremos hacer daño a nadie.

Uno de los pacientes se levantó de súbito, pero volvió al suelo después de que uno de los mercenarios le golpeara con la culata de la pistola.

—¡Al próximo le vuelo la cabeza!

—¿Dónde está el chico? —preguntó Salomon. Martin sacó su

teléfono y leyó por encima el mensaje enviado por la Orden de Herodes.

—Está en una habitación del pabellón infantil, aislado del resto de pacientes —contestó Martin.

—Pues vamos a por él y acabemos con esto.

La mitad de los hombres se dirigieron hasta donde se suponía debía encontrarse el chico, mientras que el resto se quedó vigilando en el vestíbulo. Debía ser una cosa rápida. Martin y Salomon eran incapaces de dejar de sonreír al imaginarse lo agradecida que se mostraría su tía con ellos. Ya sentían que el trabajo estaba hecho.

—Vigilamos el pasillo. Hacedle una foto cuando terminéis —dijo Martin, que se quedó con Salomon a varios metros de distancia de la puerta de la habitación. Cumplir con lo mandado por su tía Blake estaba bien, pero matar niños no les resultaba tan agradable. No obstante, los mercenarios se dirigieron a la habitación dispuestos a ganarse su suculento sueldo, aunque se llevaron una desagradable sorpresa.

—¡Aquí no hay nadie! —gritó uno de ellos. La sonrisa se esfumó del rostro de los dos hermanos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Solomon—. ¿Dónde está ese crío?

El mercenario le señaló con el dedo. En su opinión, tanto Salomon como Martin eran dos pusilánimes que no podían ni atarse los zapatos.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No está aquí y punto.

—¡Pues buscadlo, joder! Tiene que estar en alguna parte —gritó Martin presa del pánico. No quería ni pensar en la reacción de su tía Blake.

Los mercenarios registraron las habitaciones adyacentes y el pasillo con pocas esperanzas de hallar al chico. Sin embargo, encontraron los barrotes de una de las ventanas tirados en el suelo.

—Por aquí tuvo que escaparse. Pero ¿cómo pudo quitar estos barrotes? —dijo el mercenario.

—Eso me importa una mierda. Salgamos por la ventana. Tal vez ande cerca.

Así hicieron, pero lo único que consiguieron fue llegar hasta el *parking*.

—Lo más probable es que huyera en coche. Alguien le ayudó —opinó un mercenario.

—Pues todos a los vehículos. Seguro que se dirige a Providence por la interestatal; es el camino más rápido. ¡Vamos! —gritó Martin.

Cuando se montaron en el coche, ya solos, Salomon le dijo a su hermano:

—Sabes que si ese mocoso llega a Providence, estaremos muertos.

Martin tragó saliva.

—No va a llegar. Tenlo por seguro.

CAPÍTULO 36

CAMILLE SE PUSO EN MARCHA, convencida de cumplir con su parte del plan: llegar a Providence, a la mansión del difunto Edgar Milton, a tiempo para que William pudiera reclamar su herencia. Por su parte, el muchacho tenía la difícil misión de detener a Cerbero.

Para ello, William se había tendido en la parte de atrás del vehículo y cerrado los ojos para hacerse con el control de alguna de esas formas humanas que había visto en Yellowstone. Percibía el despliegue de energía de Cerbero, pero también una alerta: había perdido el factor sorpresa.

—Me cuesta concentrarme —dijo William.

Camille apretó los labios.

—Cerbero ha de estar vigilante. Si yo sé que puedes vencerle, él también tiene que saberlo. La prueba está en que no se ha atrevido a mostrarse ante ti; ha utilizado a otros. ¡Sigue intentándolo!

William, más seguro, intentó de nuevo ir tras esa sensación lejana que provenía de Yellowstone. A medida que se esforzaba, sus sentidos —o lo que fuese— se iban desarrollando, viéndolo todo con mucho más detalle. Camille lo observaba desde el espejo retrovisor; veía su esfuerzo, pero sabía que no estaba siendo suficiente.

Cogió aire y apretó las manos contra el volante. Entregar parte de su energía a William era arriesgado, sobre todo si surgían problemas en su camino hacia Providence, pero era lo único que podía hacer para ayudar al muchacho. Durante unos segundos sintió como las fuerzas le abandonaban, mientras que William entró en una especie de trance que lo llevó, definitivamente, hasta Yellowstone.

Cuando William abrió los ojos, se encontraba junto a un inmenso lago humeante. Al otro lado, un grupo de extrañas figuras humanas arrastraba lo que debía ser la bomba. Camille los había denominado esbirros. En esta ocasión, tomó posesión de un esbirro que se encontraba más alejado, lo cual le permitió disponer de unos segundos para estudiar la situación.

Sin embargo, era diferente a lo que había sentido antes. Lo percibía todo con mucho más detalle e incluso podía revivir recuerdos del ser que habitaba, el esbirro. William había creído que se trataba de seres malignos o algo por el estilo, pero acababa de descubrir que antes fueron personas normales y corrientes, y que Cerbero las mantenía en un sufrimiento perpetuo.

—¡Tu rebeldía comienza a ser molesta! —gritó Cerbero desde el otro lado. Al mismo tiempo, sus tres perros salieron corriendo hacia

William, rabiosos, mientras echaban espuma a través de sus fauces. En un primer momento, William sintió miedo al ver a esas bestias dirigiéndose hacia él, pero entonces recordó las palabras de Camille: «Confío en ti». Repitió esas palabras como un mantra y comenzó a correr hacia los perros. Cerbero, confundido, lo observaba todo desde la distancia con media sonrisa.

Los tres perros, perfectamente sincronizados, se arrojaron encima de William —del esbirro más bien— a la vez, desapareciendo bajo sus gigantescos cuerpos. Cerbero creyó que había vuelto a librarse de William, pero, en cambio, observó atónito como los perros salían despedidos y chillando. De la polvareda levantada por el impacto surgió la figura del esbirro que William había poseído. Sus ojos rojos y resplandecientes lo diferenciaban del resto. Los perros volvieron a la carga, pero esta vez con menor ímpetu y recelosos del esbirro. William los observó, y en cuanto se acercaron lo suficiente, salieron de sus manos relámpagos rojizos que hicieron que los canes volvieran a caer al suelo, esta vez completamente inertes.

—Es imposible —dijo Cerbero—. ¡Acabad con él!

A su voz, los esbirros corrieron hacia William, pero este, sabiendo lo que realmente eran, se limitó a echarlos a un lado y a otro. Sin embargo, estos seguían insistiendo.

—¡Pronto seréis libres! —gritó William. Los esbirros parecían no escucharle, simplemente acataban las órdenes de su señor. Cerbero, cada vez más alterado, veía como William resistía todo lo que le enviaba. Un esbirro se abalanzó sobre William, pero este se lo quitó de encima cogiéndole por el cuello. Cuando lo tuvo frente a sus ojos, leyó su vida, lo que ese ser había sido antes, y lo dejó caer al suelo con horror. Enrabietado, se giró hacia Cerbero.

—¡No era más que un niño! —gritó William a través del esbirro—. ¡Vas a pagar por todos!

Dicho esto, una repentina llamarada rodeó la figura del esbirro que ocupaba William. El odio y la furia alimentaban su poder. Estaba más que dispuesto a derrotar a Cerbero. Este intentó alejarse, pero un simple gesto por parte de William fue suficiente para que cayera al suelo.

—Esto se ha terminado.

Mientras tanto, los esbirros que arrastraban la bomba se habían alejado. No tenían sentimientos, pero la esencia demoniaca que desprendía William como hijo de Lucifer les hacía alejarse sin remedio.

—Era un niño más pequeño que yo, y tú lo utilizas como un esclavo —dijo William señalando hacia el pequeño esbirro. Cerbero, desde el suelo, miró hacia donde señalaba William y comenzó a reírse; primero despacio, pero después a carcajadas.

—Creo que tu suerte se ha acabado —dijo Cerbero. William se dio la vuelta rápidamente.

—¿De qué estás hablando? —dijo William, aunque estaba a punto de verlo con sus propios ojos. El esbirro que le había conmovido, aquel alma deformada que fue antes un niño, se estaba transformando en otro ser que jamás había visto. De una manera grotesca, aquella silueta oscura comenzó a crecer hasta alcanzar unos tres metros de altura. Al mismo tiempo, su cuerpo ardía y desprendía un olor ácido e insoportable.

—¡Obedecerás mis designios! —exclamó aquel ser con una voz profunda, como si proviniera de las entrañas de la Tierra. Después gritó, y un mar de llamas brotó de su boca y arrasó con todo lo que se encontraba a su alrededor. Tan solo la bomba, con el dispositivo biométrico incorporado, había quedado a salvo de las llamas.

—Saluda a tu padre —dijo Cerbero entre carcajadas. Lucifer rugió de nuevo.

William observaba a aquel inmenso ser y la destrucción que había causado en cuestión de segundos. Pero nada de eso era suficiente para que se plegara a sus deseos.

—Tú no eres mi padre —gritó.

Lucifer, cansado de la actitud de William, golpeó el suelo. Segundos después, unos lazos de fuego atrapaban a William y lo prendían en el aire, inmovilizándolo.

—Tu misión es acabar con la humanidad, con esta especie deprimente y egoísta —dijo Lucifer. Sin embargo, el chico volvió a negarse.

—¡No voy a destruir algo de lo que soy parte! —gritó.

—¡Estúpido! —exclamó Lucifer arrojándolo contra el suelo, golpeándolo varias veces. William no sintió dolor físico en sí, sino una sensación de perder el contacto con la realidad, con lo que estaba sucediendo en Yellowstone.

—No eres más que un engendro fruto de un ritual en el que un hombre vendió hasta su último suspiro por vivir colmado de riquezas. ¿Ese es tu padre? ¿Te sientes orgulloso? Sin mí, ni siquiera existirías, ingrato.

William estaba aturdido, pero no consideraba la opción de rendirse. Seguiría luchando hasta el último momento.

—No solo te di la vida —continuó Lucifer—, sino que te di un inmenso poder que no puedes malgastar con tu estúpida bondad.

—¡No voy a hacer nada de lo que me pidas! —gritó William. Al mismo tiempo, intentó liberarse de las ataduras de fuego que lo mantenían en el aire, pero fue inútil. Todo lo que consiguió fue que Lucifer volviera a golpearlo contra el suelo, repetidas veces.

—Eso ya lo veremos…

Después, con facilidad pasmosa, lo hizo sobrevolar el inmenso lago de agua caliente y lo soltó junto a la bomba.

—No puedes conseguir ni una sola gota de mi sangre —dijo William a través del esbirro, creyendo que la distancia le mantenía a salvo. Al ver la bomba tan cerca, pudo fijarse en que parecía faltar una parte de ella. Camille tenía razón: estaba dañada.

—No será necesario, hijo —contestó Lucifer. Al instante, un esbirro se acercó a William y dejó caer a sus pies la falange que Cerbero —a través del director Jeffrey— le había cortado en el hospital psiquiátrico. El chico había olvidado aquel suceso y la sorpresa invadió su rostro.

Intentó alejarse, pero Lucifer lo tenía totalmente controlado.

—Serás tú quien active el dispositivo biométrico.

Lucifer extendió las manos y sus dedos comenzaron a crecer hasta asemejarse a un grupo de correosas serpientes que avanzaban en dirección a William. Poco a poco comenzaron a rodear al esbirro, a dominar cada uno de sus movimientos. El muchacho intentó resistirse, pero Lucifer había conseguido que cogiera la falange y la alzara para situarla sobre el dispositivo.

—Tú, William, serás quien ponga fin a la humanidad.

CAPÍTULO 37

CAMILLE OBSERVABA de reojo continuamente a William. Este parecía estar en un profundo sueño, aunque de vez en cuando convulsionaba o murmuraba algunas palabras antes de volver a la calma.

—Vamos, William. Tú puedes.

La otra señal de que el chico continuaba luchando era, básicamente, que el mundo continuaba existiendo y que ninguna bomba había reactivado a uno de los volcanes más peligrosos del mundo. Había esperanza.

Camille conducía a toda velocidad hacia Providence, superando el límite de velocidad cuando se aseguraba de que no había ninguna patrulla cerca. Había calculado el tiempo del que disponía para llegar y la velocidad a la que circulaba. Si todo iba bien, llegarían a la residencia de Edgar Milton dentro del plazo convenido para que William pudiera reclamar legalmente la herencia.

—Solo un poco más y todo habrá terminado —dijo para sí misma.

Pero en una de sus miradas al retrovisor vio, más allá de William, a tres autos que iban demasiado rápido, sobre todo teniendo en cuenta que ella ya iba por encima del límite.

—Esto no me gusta.

Bajó un poco el ritmo y se cambió de carril para pasar inadvertida; cambiar de ente con tan poca energía no era viable. Los dos primeros coches la rebasaron a gran velocidad, sin prestarle atención, cosa que no sucedió con el tercero. Este coche era conducido por dos hombres jóvenes que, nada más pasar a su lado, aminoraron la marcha. Se hacían señales entre ellos y la señalaban. Camille fingía no darse cuenta, observándolos por el rabillo del ojo.

Sin embargo, a los pocos segundos, el hombre que iba de copiloto comenzó a hacerle señas a Camille. Esta lo ignoró todo el tiempo que pudo, pero al final tuvo que mirarles cuando estuvieron a punto de chocar un coche con otro.

—¡Pare de inmediato! —gritó el copiloto, Salomon Belmont. Camille asintió con una sonrisa, levantó el pie del acelerador y puso el intermitente para indicar que iba a detenerse. Pero no fue así. En cuanto el coche con los hombres se puso en el mismo carril que ella —pero detrás— frenó, Camille pisó el acelerador y salió a toda velocidad.

—¡Es ella! ¡Te lo dije! —gritaba Salomon—. ¡Ve tras ella!

Comenzaba la carrera con final en Providence.

CAPÍTULO 38

WILLIAM SE ENCONTRABA AL LÍMITE. Físicamente, su cuerpo no mostraba su lucha contra la voluntad de Lucifer. Los dedos de este habían rodeado por completo al esbirro, obligándolo a coger la falange del suelo, y esta se encontraba a escasos centímetros del dispositivo. Con un poco de sangre o de tejido, los sensores tendrían suficiente información genética para iniciar la cuenta atrás.

—Eres obstinado —dijo Lucifer—. Pero no tienes más remedio que obedecerme.

La mano del esbirro temblaba sobre el dispositivo. William comenzaba a pensar si sería verdad eso de que, más tarde o más temprano, tendría que acabar con la humanidad: que para eso había sido engendrado. Si realmente era así, resistirse era inútil. Poco a poco, los largos dedos de Lucifer le hicieron bajar la mano cada vez más. Pensó entonces en todos sus amigos del orfanato. De repente, aquello no se trataba de salvar el mundo, sino de salvarlos a ellos.

—Mis amigos no van a morir.

Lucifer se revolvió al escuchar esas palabras.

—¿Qué has dicho?

—Mis amigos no van a morir —repitió William—. ¡Nadie va a morir!

Dicho esto, demostrando su inmenso poder, se libró de las ataduras de Lucifer y, exhausto, cayó al suelo. El gigantesco cuerpo de Lucifer comenzó también a tambalearse y cayó a las hirvientes aguas del cráter del volcán, donde se hundió antes de que todo quedara en silencio.

—Se ha acabado —dijo débilmente William mientras se arrastraba entre las rocas. Sin embargo, una carcajada que provenía de algún lugar bajo la tierra acabó con sus esperanzas.

—¡Esto no se acabará jamás! —Era la voz de Lucifer, que sacudía la tierra provocando que esta temblara. William miraba hacia el suelo, confuso—. Te concedí el honor de destruir, de moldearlo todo con la muerte y la desolación, pero has decidido seguir los dictámenes de una desgraciada. Esto te costará la vida, hijo. Si has decidido que formas parte de la humanidad, perecerás con ella.

William se incorporó muy rápido al escuchar las amenazantes palabras de Lucifer. Hasta ese momento, no le había mencionado que su vida estuviese en peligro. Miró hacia el agua del cráter y observó como bullía con más intensidad.

—¡La bomba! —dijo dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el

artefacto. Arrancó el dispositivo biométrico y lo arrojó al agua—. Ya no podrás activarla jamás.

Pero apenas había terminado de pronunciar la última palabra, un brutal golpe le hizo volar varios metros y estrellarse contra una roca. De nuevo, no sintió dolor, pero sí que lo que le unía con Yellowstone se hacía cada vez más débil.

—Eres un necio si piensas que todos mis planes se reducen a un simple dispositivo —dijo Lucifer—. La traición es hereditaria. Primero fue ese desgraciado de Edgar Milton y ahora tú. Ya no me haces falta, William. El fuego y la lava de este volcán detonarán la bomba y el fin de los días habrá comenzado.

William apenas escuchaba aquella voz. Intentaba averiguar qué lo había golpeado de esa manera. Se giró y, sin esperarlo, recibió otro golpe que lo tiró al suelo de nuevo.

—¿De verdad pensabas que me habías vencido?

No era Lucifer, sino Cerbero. Sus ojos brillaban con un tono rojizo.

—Mi verdadero pupilo. Él cumplirá con la misión —dijo Lucifer.

—¡Y el Reino Oscuro será el más poderoso!

William solo sabía que los planes de Lucifer y Cerbero consistían en arrojar la bomba al fuego; en eso estaba centrado, lo demás poco le importaba. No sabía qué era ese Reino Oscuro al que se refería Cerbero. Se incorporó lentamente y trató de acercarse a la bomba, pero un nuevo golpe de Cerbero lo alejó.

—No sabes cuándo rendirte. No eres más que un niño estúpido —dijo Cerbero. El esbirro poseído por William se levantó de nuevo, pero en esta ocasión fue atacado por un grupo de esbirros que no le supusieron mucho problema, aunque sí perdió el tiempo suficiente como para que Cerbero pudiera arrastrar la bomba hasta una especie de desfiladero profundo cuyo fin no se podía vislumbrar.

—¡No lo hagas! —gritó William mientras luchaba por deshacerse de los esbirros.

—Todo tu esfuerzo no ha servido para nada —dijo Cerbero y, acto seguido, empujó la bomba por el precipicio mientras lucía una amplia sonrisa.

—¡No! —William apartó a los esbirros y corrió hacia el lugar por donde había caído la bomba. Se asomó al precipicio y vio, con cierta dificultad, el resplandor metálico del artefacto. No había explotado. De repente, un temblor sacudió la tierra y en el otro extremo del desfiladero se produjo un derrumbamiento. William creyó que había ganado algo de tiempo, pero al cabo de unos segundos, un pequeño río de un líquido espeso y rojizo le llamó la atención. El derrumbamiento había ocasionado que la roca liberara parte de la lava que albergaba en su interior, avanzando esta lentamente hacia la bomba.

—Es el fin, y tú serás testigo de ello antes de morir como el resto de los despreciables seres que habitan este planeta. Sin embargo, William, has condenado a todos a una muerte lenta y agónica, que se prolongará durante años de sufrimiento. Si hubieras detonado la bomba la primera vez, cuando sobrevolabas el océano, el final habría sido rápido —dijo Lucifer—. Tus amigos llorarán mucho antes de morir.

La voz de Lucifer se mezcló con el crujir de las rocas y los géiseres de vapor que salían de las grietas de las rocas. Todo comenzaba a agitarse como si un monstruo enterrado luchara por salir a la superficie. La lava se tornó más líquida y avanzó con mayor rapidez.

William, desesperado, miró a un lado y a otro buscando una solución. Pero lo único que podía hacer era arrojar piedras al canal por donde discurría la lava para que esta se frenara. Confiando en su poder, sacudió las manos y unos rayos rojizos impactaron contra un saliente del desfiladero, desprendiendo varias rocas de gran tamaño que cayeron al fondo del desfiladero, aunque no evitaron que la lava continuara su camino.

—Necesito más rocas —dijo William.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo para dar un paso antes de que Cerbero lo empujara hacia el precipicio. En el último momento, el muchacho pudo aferrarse al borde, desde donde Cerbero lo observaba con una sonrisa.

—Es el fin, príncipe.

CAPÍTULO 39

A CAMILLE no le iban mucho mejor las cosas. Por si no fuera poco, estaban los tres coches que la perseguían y los disparos que iban agujereando la carrocería, el indicador de gasolina marcaba que el depósito estaba casi vacío.

—Todavía faltan unos kilómetros —se lamentó sin saber si contaba con la gasolina suficiente. Detenerse no era una opción. Sin embargo, el creciente tráfico a la entrada de Providence le dio una oportunidad. La velocidad ya no importaba tanto como saber moverse entre los camiones y los otros vehículos. Con movimiento brusco del volante, Camille tomó el arcén y pisó el acelerador.

Al primero de sus perseguidores le pilló por sorpresa aquella maniobra tan arriesgada, reaccionando demasiado tarde y perdiendo el control el coche. El golpe no fue muy aparatoso, pero sí lo suficiente como para cortar el tráfico en ese tramo.

—¡No se puede escapar! —gritó Martin Belmont, desesperado, al ver como el auto de la extraña mujer rubia se alejaba. Los otros mercenarios, al no poder avanzar con el coche, se bajaron y robaron otros dos coches que se habían detenido para auxiliar a los accidentados.

Camille, consciente de que había ganado tiempo, pasó del arcén al carril central, camuflándose entre dos grandes camiones. No le importaba tanto ir rápido como maximizar cada gota de gasolina. Aprovechando aquel breve descanso, se fijó en William: ¡estaba convulsionando!

—Tienes que ser fuerte, William —dijo Camille.

En ese momento, uno de los coches de los mercenarios se situó justo detrás de ella, golpeando la parte trasera del vehículo y haciendo que estuviera a punto de perder el control y estrellarse contra uno de los camiones.

—Llegaremos a Providence cueste lo que cueste —dicho esto, Camille puso el pie en el acelerador y se coló en el pequeño hueco que había entre los dos camiones. El pesado sonido de los cláxones saturó el ambiente. El mercenario que iba tras ella, convencido de que podría imitar la maniobra, siguió a Camille, pero el hueco entre los dos camiones se había reducido lo suficiente como para que el coche no pudiera pasar. El camionero trató de frenar, pero el excesivo peso se lo impidió y acabó arrollando a ese segundo vehículo que intentaba colarse por el hueco, convirtiéndolo en un amasijo de hierro.

En cuanto a Camille, aprovechando el caos del accidente, tomó la

salida de la interestatal y se dirigió a una zona industrial abandonada próxima a la carretera. Estacionó bajo un cochambroso puente donde varios mendigos se refugiaban del frío. Camille apagó el motor y se bajó rauda.

—¡Eh, rubia! ¿Quieres compañía? —preguntó uno de los mendigos. Camille lo miró de reojo y el hombre acabó por salir corriendo. En la parte trasera, William temblaba cada vez más.

—Puedes hacerlo, William —dijo Camille secándole el sudor de la frente. Después posó su mano sobre ella y le trasladó parte de la energía que le quedaba.

CAPÍTULO 40

CERBERO PISABA con fuerza las manos del esbirro que se aferraba al borde del precipicio. Una treintena de metros más abajo, el río de lava avanzaba lentamente hacia la bomba. William miró allí, desesperado.

—La alta temperatura detonará la bomba, William. Cincuenta kilotones que crearán el mayor cráter de la Tierra; después, solo habrá que contemplar el espectáculo. Una nube infinita de ceniza cubrirá los cielos, envenenará el agua y todos morirán —dijo Cerbero.

Sin embargo, en ese momento, William sintió el nuevo aporte de energía de Camille y sus fuerzas renacieron. Dándose impulso con las propias manos, saltó hacia arriba, tirando a Cerbero al suelo y cayendo de pie junto a él. Intentó arrojar una roca al desfiladero, pero Cerbero se lo impidió, arrojando esa misma roca a cientos de metros.

William intentó atraparlo con los rayos que salían de sus manos y, en un primer momento, así pareció, pero Cerbero se desprendió de ellos con facilidad, golpeando a William y tirándolo al suelo.

—Eres lamentable, William. Tu verdadero padre, tu señor Lucifer me ha otorgado el poder suficiente como para mantenerte a raya. Serás un juguete en mis manos hasta que ya no puedas hacer nada.

En ese momento, de entre el vapor y el polvo, surgieron de nuevo los perros de Cerbero. Corrían enrabietados hacia William. Este, agotado, los miró resignado. Esquivó el primer ataque y consiguió inmovilizar a uno de los canes con los rayos, aunque el otro se le abalanzó encima.

—¿No son criaturas majestuosas? —preguntó Cerbero mientras observaba el enfrentamiento. William luchó con todas sus fuerzas, pero lo único que podía hacer era defenderse de los ataques del perro de Cerbero. Al final, consiguió quitarse de encima a la bestia y arrojarla por el precipicio, pero había empleado en ella la escasa energía que le transmitió Camille. Estaba agotado, e incluso permanecer allí, dentro del cuerpo del esbirro, le suponía un esfuerzo difícil de mantener.

Cabizbajo, miró hacia un grupo de rocas con la intención de arrojarlas por el precipicio, pero esta vez Cerbero se cansó de su insistencia. De un salto llegó hasta donde se encontraba William y agarró al esbirro por el cuello. En un primer momento, William pensó que no sentiría más que esa sensación de desconexión con Yellowstone, pero, en vez de eso, experimentó una sensación de asfixia real.

—No puedes esconderte de mí —dijo Cerbero.

CAPÍTULO 41

AQUEL MENDIGO que salió corriendo ante la mirada de Camille lo hizo en dirección a la interestatal. Llevaba más de veinte años viviendo en la calle, había visto toda clase de cosas, pero jamás experimentó un miedo tan irracional como el que sintió cuando miró a los ojos a esa mujer. A ciencia cierta, no sabía de qué huía exactamente. Su instinto más primario le decía que tenía que alejarse todo lo posible de esa mujer, y eso estaba haciendo.

Su desesperada huida lo llevó hasta la interestatal, que estaba con el tráfico cortado debido a un accidente. Allí se arremolinaba un grupo de curiosos en torno a lo que una vez había sido un coche. El mendigo no tenía previsto detenerse, sin embargo, una voz le reclamó.

—¡Tú! El que corre, ¿qué te ocurre? —preguntó Salomon desde el arcén.

El mendigo no dijo nada. Simplemente señaló hacia el parque industrial abandonado y echó a correr de nuevo. Los hermanos Belmont se miraron entre ellos y salieron a correr en dirección al parque industrial. Ambos habían estado en el orfanato y la reacción del mendigo era idéntica a la de alguno de sus hombres.

—Tiene que ser ella —dijo Martin.

Los dos hermanos, seguidos de los mercenarios que quedaban con vida después del accidente, se dirigieron hacia el lugar donde había señalado el mendigo. Cuando llegaron a la altura del puente y reconocieron el coche de Camille, comenzaron a disparar sin pensarlo.

—¡No la dejéis escapar!

Camille reaccionó de inmediato y se subió al vehículo lo más rápido que pudo, mientras, las balas impactaban en cada rincón del coche. Arrancó y salió a toda velocidad, creyendo que eso sería suficiente para dejarlos atrás —por lo que había podido ver, sus perseguidores iban entonces a pie—, pero mientras duró el tiroteo, varios de los mercenarios se encargaron de obtener un par de vehículos que habían aparcado cerca de allí.

—¡Ya falta poco, William! —gritó Camille a sabiendas de que la situación no estaba a su favor. En cuanto a William, aun dormido, sujetaba su cuello con las manos y abría la boca de manera desesperada: se estaba ahogando.

Mientras tanto, los hermanos Belmont y los mercenarios se subían en los coches sin creer lo que estaban viendo.

—¿Cómo es posible que siga con vida? —gritó Martin. Todos ellos fueron testigos de cómo la mujer había recibido numerosos impactos

—. ¡Que no escape!

—¿A dónde va? —preguntó Salomon.

—Creo que se dirige al centro de la ciudad. La arpía sabe que allí será mucho más difícil que la atrapemos.

CAPÍTULO 42

POR PRIMERA VEZ en mucho tiempo, Camille no sabía cómo salvar la situación. El depósito de gasolina estaba prácticamente vacío: era imposible llegar a la mansión de Edgar Milton. Por otra parte, William estaba al límite de sus fuerzas.

Camille miró el retrovisor y vio como varios coches volvían a echarse encima. Agotada, pisó el acelerador con todas sus fuerzas. Poco a poco, la realidad a su alrededor perdía intensidad.

—Lo siento, William. Lo siento mucho.

Cuando Camille abrió los ojos de nuevo, no se encontraba en el interior de ningún coche, sino en el Umbral de los Muertos. Toda la energía que le había pasado a William la obligó a regresar al Umbral. Desanimada, observó el fluir tranquilo del Aqueronte. Sin embargo, a los pocos segundos, percibió una energía anómala entrando en el Umbral. Se dirigió al lugar en cuestión a toda prisa, temiéndose lo peor.

—¡William! —gritó Camille cuando vio su alma vagar por el Umbral. Él la miró, pero no la reconoció y siguió su camino hacia el río. Ella se interpuso en su camino—. No puedes cruzar el Aqueronte. Tienes que regresar al Mundo de los Vivos. Tienes que detener a Cerbero.

Pero el alma no reaccionaba y, por el contrario, intentaba seguir su camino hacia la orilla. Fue entonces cuando Camille comprendió lo que estaba ocurriendo.

—Cerbero lo está obligando —susurró—. Se quiere deshacer de él.

Si el alma del chico cruzaba el Aqueronte, William no podría despertar. Quedaría en un estado vegetativo para el resto de sus días. Eso no podía permitirlo Camille.

—Está bien. Pues regresaremos los dos —dijo ella agarrando el alma de William y preparándose para regresar al Mundo de los Vivos.

CAPÍTULO 43

LOS HERMANOS BELMONT observaban el coche siniestrado con una mezcla de satisfacción y desconcierto. Minutos antes, mientras lo perseguían, el vehículo en cuestión había seguido recto, estrellándose contra un muro. Simplemente, había continuado recto como si nadie estuviera al volante.

—El chico está muerto o, si no, le falta poco. Es lo único que importa —dijo Martin. Salomon, en cambio, no lo tenía tan claro. Miraron de nuevo hacia el interior del coche y vieron el cuerpo sin vida del muchacho en la parte trasera. Sin embargo, ¿dónde se había metido la mujer?

—¿Y ella? —preguntó Salomon señalando hacia el asiento delantero. Su hermano encogió los hombros.

—No hay rastro de ella al otro lado del muro —dijo uno de los mercenarios.

—Pues no ha saltado del coche —insistió Salomon.

—¿Y qué importa eso? Nuestra misión era acabar con el muchacho para que no pudiera arrebatarle la herencia a nuestra tita, y hemos cumplido. El plazo acaba en veinte minutos. Ni aunque se despertara tendría tiempo para llegar hasta la residencia de Edgar Milton.

Salomon seguía sin estar convencido. Según él, ocurría algo extraño.

—Ahora será mejor que acabemos el trabajo —dijo Martin cargando la pistola y apuntando hacia William—. Yo mismo lo haré.

Sin embargo, justo cuando iba a apretar el gatillo, dos gatos saltaron encima del coche, pillando a todos desprevenidos.

—¿De dónde han salido?

—Apártalos de mi vista —dijo Martin.

Uno de los mercenarios se acercó a ellos, dispuesto a darles un manotazo, pero cuando ya tenía la mano sobre los animales, se detuvo y uno de los felinos se metió en el interior del coche.

—¿Es que estás sordo? —insistió Martin—. Aleja a esos sacos de pulgas.

Sin embargo, el mercenario comenzó a temblar y a señalar al asiento del piloto.

—¿Se puede saber qué…?

Pero Martin fue incapaz de pronunciar una palabra más. En el interior del vehículo, el gato observaba fijamente a Martin a la vez que maullaba, como si le quisiera decir algo.

—Esto no me gusta… —añadió el mercenario antes de salir

corriendo. Martin tenía, igualmente, una sensación extraña. Él había visto al gato entrar al coche por la ventanilla, dirigiéndose al asiento del conductor y girar la cabeza hacia él con toda intencionalidad.

—¡Sal del puto vehículo! —exclamó con voz temblorosa, dando pequeños pasos hacia atrás. El gato, por su parte, no se movió ni un centímetro. El otro gato, en lo alto del coche, comenzó a maullar, un sonido estridente que acabó de amedrentar a los que se encontraban allí.

—Vámonos, Martin —dijo Salomon—. El chico está medio muerto y casi no tiene tiempo para llegar a la residencia. ¡Vámonos!

Los gatos volvieron a maullar un sonido mucho más estridente del anterior, uno que hacía que Salomon y Martin ahí se llenen de terror.

Lo bizarra de aquella situación resultaba insoportable.

—Tienes razón. Vamos a darle la noticia a nuestra tía Blake. Hemos hecho nuestro trabajo.

Mientras los hombres se montaban en sus coches, los gatos avanzaron hacia ellos lentamente, lo que los puso más nerviosos y provocó que se marcharan a toda velocidad. Cuando se alejaron lo suficiente, los felinos se acercaron de nuevo al coche y se sentaron como si lo estuvieran custodiando.

Al cabo de unos segundos, tras un fugaz destello, Camille apareció junto al coche y William despertó: habían regresado del Umbral.

—*Muchas gracias por despejarnos el camino* —dijo Camille acariciando a uno de los gatos. Después se acercó al chico—. William, ¿cómo estás?

El muchacho se incorporó, desorientado. No tenía la menor idea de dónde se encontraba.

—Lo último que recuerdo es a Cerbero. Es muy poderoso.

Camille asintió e hizo un gesto a uno de los gatos.

—Inténtalo de nuevo, William. Ellos te ayudarán.

—Es muy fuerte, Camille —dijo William. Ella le puso las manos en el rostro. En el fondo, estaba animando a un niño a salvar a la humanidad.

—Lo sé, William, pero tú eres el único que puedes enfrentarte a él. Hazlo por tus amigos del orfanato, por Jerome, por Harrison. Solo así conseguirás dar sentido a su sacrificio. Esta vez vencerás.

CAPÍTULO 44

CERBERO, con los ojos cerrados, sujetaba con decisión el cuello del esbirro, recreándose en lo que estaba a punto de conseguir. No solo convertiría el Reino Oscuro en el más poderoso, sino que conocería la realidad que se esconde al otro lado del Aqueronte, lo que era sinónimo de alcanzar un poder inimaginable. Aquellos pensamientos se tradujeron en una sensación orgásmica. Solo el muchacho podía detenerle y su alma se encontraba cada vez más cerca del río.

Cuando William consiguió liberarse de Lucifer, Cerbero creyó que todo se había acabado, pero Lucifer obró inteligentemente, alimentándole con un flujo continuo de energía que le permitió, al can de tres cabezas, enfrentarse a William en superioridad de condiciones. Al poseer al esbirro, el chico daba opción a que otro ser del Umbral pudiera llegar hasta su alma, utilizando a ese mismo esbirro. Eso era lo que Cerbero hizo gracias al poder cedido por Lucifer. En ningún momento quiso asfixiar al esbirro, sino ir tras el alma de William, allí donde estuviese.

Sin embargo, la satisfactoria sensación de venganza se diluía mientras observaba al esbirro. Era consciente de que había conseguido sacar a William de ahí, pero percibía que todavía no había cruzado el Aqueronte, y eso le enfadaba.

—¿Dónde te has metido? —preguntó entre dientes.

De repente, a su espalda, escuchó lo que parecían ser maullidos. Sin creérselo, se dio la vuelta y vio con preocupación a dos gatos que se acercaban lentamente.

—Guardianes de almas —susurró. Al unísono sus perros, renacidos una vez más gracias al poder de Lucifer, reaparecieron entre las nubes de vapor. Rugían y lanzaban dentelladas al aire, furiosos y sedientos de la sangre de los guardianes. Cerbero, por su parte, continuaba con el esbirro aferrado entre las manos, pero su atención estaba fija por completo en los gatos.

Estos avanzaron un par de pasos más y se detuvieron.

—Que os aproveche el almuerzo —dicho esto, los perros de Cerbero salieron corriendo como locos hacia los felinos. Cerbero confiaba ciegamente en su recién adquirido poder para doblegarlos, y la manera en que sus perros se dirigían hacia ellos era la mejor expresión. Pero cuando estaban a punto de abrir sus fauces para atrapar a los felinos, los perros retrocedieron con el rabo entre las piernas. Cerbero no se lo podía creer. Los gatos, con el pelo erizado y las fauces abiertas, mostraban una inmensa luz que los perros de

Cerbero no pudieron soportar. Los animales, cegados, se movían torpemente de un lado a otro.

Cerbero estalló de rabia al ver como sus canes eran vencidos con facilidad. Pero lo peor estaba por llegar. Cuando volvió a centrarse en el esbirro, el tono rojizo de sus ojos se había reactivado y su piel comenzaba a desprender un humo rojizo. Apenas tuvo tiempo de soltarlo, cuando un movimiento de William quemó el brazo de Cerbero, soltándolo de inmediato.

—¡Es imposible!

En ese momento, los gatos maullaron —no como simples gatos, sino como bestias totalmente distintas— y en el cielo se formaron repentinas y gruesas nubes que comenzaron a girar en torno a William y Cerbero. Descomunales truenos saturaban las nubes, rugiendo alrededor del humeante cráter. Algunos de los rayos impactaban directamente en William, pero, lejos de dañarle, incrementaban su poder. William tardó unos segundos en comprender lo que estaba ocurriendo, pero cuando al fin entendió, no pudo evitar sonreír y acordarse de Camille. «Esta vez vencerás».

—Tú mataste a mi padre —dijo William con la mirada fija en Cerbero. Este intentó incorporarse, pero William lo alzó una decena de metros en el aire y luego lo estrelló en el suelo con violencia.

—Maté a un traidor —dijo Cerbero. Levantó la mirada para ver a sus perros y que acudieran a su auxilio, pero estos habían desaparecido entre las nubes. Colérico ante lo que acababa de escuchar, el muchacho optó por finalizar aquello de una vez por todas. Esta vez fue él quien agarró a Cerbero por el cuello y lo arrojó al lago hirviente. Los perros, sintiendo la agonía de su amo, se las ingeniaron para arrojarse igualmente al agua.

William lo observó hasta que desapareció bajo la lava. Después las nubes y los truenos desaparecieron en cuestión de segundos. Los gatos estaban sentados, tranquilos, como si nada hubiera ocurrido.

—¡La bomba! —gritó el chico. Corrió hacia el desfiladero y vio con horror como la lava estaba a un palmo de la bomba. Lanzar piedras quedaba descartado, ya que corría el riesgo de golpearla y causar él mismo la explosión. Pero apenas tenía un par de segundos para actuar. Fue entonces cuando se miró las manos. Pese a que él las veía como si fuesen las suyas, sabía que no lo eran; fue consciente también de que en realidad se encontraba muy lejos de Yellowstone y de que era uno de esos esbirros que había mencionado Camille quien le permitía estar allí. Aquella súbita conciencia de su doble realidad le hizo comprender una cosa: no podía morir en Yellowstone, sencillamente porque no se encontraba allí. En ese instante, el humo rojizo volvió a emanar de su piel, como si el interior de su cuerpo ardiera—. Esto no puede quedar así.

Cerró los ojos y dio un paso al frente, hacia el precipicio. Se sintió caer, pero no fue una sensación negativa o terrorífica, sino algo totalmente diferente: controlaba la situación. Extendió las manos muy rápido y se las ingenió para aterrizar justo entre la lava y la bomba, provocando un surco bajo sus pies. Justo a tiempo, ya que la lava cayó en ese surco en vez de llegar hasta la bomba: contaba con unos segundos extra. Se giró, agarró la bomba con las manos, la levantó y comenzó a caminar.

—Hoy no va a morir nadie más —dijo mientras cargaba con ella. Cuando se había alejado lo suficiente, la depositó en el suelo y miró hacia atrás. El discurrir de la lava se había detenido—. Aun así, no creo que sea buena idea dejar esto aquí.

Miró al cielo y se acordó de cuando se había desprendido del dispositivo biométrico en el bosque. Sujetó la bomba con decisión, miró de nuevo hacia arriba y lanzó la bomba con todas sus fuerzas. El artefacto metálico se elevó en el cielo y se perdió en el infinito azul.

—Ahora sí que se ha terminado.

CAPÍTULO 45

WILLIAM CAMINABA JUNTO con Camille por un acaudalado barrio de Providence. Iban de la mano y se dirigían a la residencia de Edgar Milton. Ella le dedicaba tiernas sonrisas que provocaban que al muchacho se le escaparan algunas lágrimas.

—No te había visto llorar antes —dijo Camille. William sonrió nervioso.

—Nunca había tenido a alguien como tú —respondió con la voz gangosa por el llanto. Camille sonrió con orgullo.

Doblaron la esquina y ante ellos se mostró la residencia de los Milton. Era una fastuosa mansión rodeada por amplios y cuidados jardines. Todo esto cercado por una elegante valla metálica. Junto a la puerta había estacionados varios coches de distintos canales de televisión, varias patrullas policiales y un grupo de curiosos que deseaban saber qué había sido de una de las mayores fortunas del mundo.

—Hemos llegado —dijo Camille—. Ten, mientras te encargabas de Cerbero, me he encargado de preparar la documentación que necesitarás para que te permitan entrar.

—Muchas gracias —respondió William.

—No tienes nada que agradecer. No hay palabras para describir lo que has hecho hoy. Si esta gente está hoy aquí, si el mundo entero sigue con su vida, es gracias a ti.

William agachó el rostro.

—No ha sido para tanto.

Camille se rio.

—Si tú lo dices.

—¿Qué pasará con ellos? ¿Han muerto?

Camille frunció el rostro y miró el reloj.

—No deberíamos perder más tiempo. Quedan menos de quince minutos para que se cumpla el plazo.

—Pero quiero saberlo —insistió William.

Camille encogió los hombros.

—No puede morir quien no está vivo. Cerbero es custodio de las almas que vagan por el Umbral. Pese a su insaciable ambición, tiene una tarea que realizar; es vital para mantener el orden y el funcionamiento de lo que los humanos conocéis como destino.

William puso cara de no haber comprendido nada.

—¿Y Lucifer?

—Volverá a la nada, a esperar otra oportunidad para imponerse. —

Miró de nuevo el reloj—. Ha llegado el momento, William. Mi misión contigo ha terminado.

—¿Te vas? ¿Ya?

—Ya no tengo nada que hacer aquí. Estás a salvo.

—Pero ¿y los Belmont? Me matarán en cuanto me vean aparecer.

Camille esbozó una sonrisa traviesa.

—Ahí dentro —dijo señalando hacia la casa— solo se encuentra Blake Belmont. No tienes de qué preocuparte. Ahora ve.

William asintió, pero antes de dirigirse hacia la residencia, se lanzó a los brazos de Camille.

—Gracias por todo.

Ella le devolvió el gesto. Después el muchacho comenzó a caminar hacia la residencia. Al girarse, apenas unos pasos después, Camille había desaparecido.

CAPÍTULO 46

En uno de los salones principales de la residencia Milton se respiraba cierta inquietud. En una de las paredes había un reloj cuyo segundero marcaba el ritmo de la respiración de Blake Belmont, quien con cada segundo que pasaba se veía más cerca de la suculenta herencia de Edgar Milton.

—¿Es necesario que esperemos hasta el último segundo? —dijo Blake Belmont con desagrado—. Está claro que no va a venir nadie a reclamar la herencia de Edgar Milton.

—Señora Belmont, por decimoquinta vez le pido, por favor, que guarde silencio —contestó el abogado que tenía en su poder toda la documentación referente a la herencia de Edgar Milton—. Nadie la obliga a estar aquí, puede esperar a que termine el plazo en cualquier otra parte. Le avisaremos cuando llegue el momento.

Blake miró de reojo al abogado.

—Malditos picapleitos. Se aprenden un par de leyes de memoria y se creen que tienen poder sobre el resto de mortales.

En ese momento, faltando exactamente cuatro minutos para que se terminara el plazo, uno de los antiguos sirvientes de Edgar Milton tocó la puerta del salón. Blake Belmont dio un pequeño salto, aunque sabía que no tenía de qué preocuparse: las dos cabezas vacías que tenía por sobrinos le aseguraron que el chico había fallecido en un accidente de tráfico. Por supuesto, ni Martin ni Salomon habían mencionado nada acerca de la presencia de los gatos y su marcha apresurada del lugar.

El abogado se levantó suspirando y se acercó a la puerta. El hombre que había al otro lado le comentó algo que le desconcertó bastante. Se giró, miró hacia la señora Belmont y después hacia el reloj de la pared. Tres minutos y cuarenta y cinco segundos para que se terminara el plazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blake clavando su mirada en el abogado. Este, saboreando el momento, se metió las manos en los bolsillos y se acercó a la mesa.

—Parece ser, y digo solo parece, que hay un posible heredero de consanguineidad de Edgar Milton. Si se demuestra, la herencia iría para él en su totalidad.

Blake Belmont comenzó a temblar a la par que su rostro se enrojecía.

—¿Consanguineidad? —susurró.

—Enseguida lo sabremos —dijo el abogado señalando hacia la puerta. A los pocos segundos, el sirviente abrió la puerta de par en par

y dio paso a un muchacho que Blake reconoció de inmediato. Sus ojos enrojecidos por la ira no daban crédito a lo que veían.

—Siéntate aquí, pequeño —dijo el abogado ofreciéndole una silla a William—. Me han dicho que has mostrado unos documentos en la puerta, ¿me los puedes enseñar?

—Por supuesto —contestó William, entregándole los documentos que Camille le había dado poco antes. El abogado los ojeó durante unos segundos, levantando la cabeza y dedicando rápidas miradas tanto al muchacho como a la señora Belmont.

—Usted es Blake Belmont, ¿verdad? —preguntó William de repente. La mujer se horrorizó y se echó hacia atrás como si la hubiera ofendido.

—No tengo nada que hablar con un cochambroso niñato, ¿acaso no tienes un mínimo de vergüenza? Espero perderte de vista en cuanto aclaremos esto. Puede que sea benévola y te busque un buen orfanato.

Sin embargo, William no perdió la sonrisa del rostro en ningún momento.

—Por suerte, señora Belmont, parece que ya está aclarado —dijo el abogado.

Blake, interpretando esas palabras como que el muchacho no tenía nada que hacer ahí, se levantó triunfal.

—Ya lo has escuchado, desgraciado. Vete de aquí antes de que avise a la policía.

—Creo que no me ha entendido, señora Belmont —continuó el abogado.

—¿Cómo dice?

—Los documentos están en regla y son legales. A ello está adscrita una prueba de paternidad. Este muchacho no es otro que William Milton, hijo de Edgar Milton, y, por lo tanto, heredero de todos sus activos y propiedades.

—Pero… el plazo… —gritó Blake. El abogado señaló el reloj.

—Quedan dos minutos y quince segundos, señora Belmont. Por lo tanto, la herencia se ejecutará a favor del aquí presente, William Milton.

Blake Belmont golpeó la mesa varias veces sin decir nada, como si estuviera totalmente fuera de sí. Intentó hablar, pero de su boca no salieron más que medios insultos y palabras incomprensibles.

—Le invito a abandonar de inmediato esta propiedad, señora Belmont —dijo el abogado, interponiéndose entre ella y el muchacho.

—Ya la has escuchado —agregó William.

—Esto no puede estar pasando, no puede ser real —dijo Blake antes de dar dos pasos y caer al suelo desmayada. El abogado corrió a auxiliarla, pero William se quedó quieto, con una amplia sonrisa. Frente a él, apoyada en la pared, Camille asentía orgullosa.

CAPÍTULO 47

De regreso en el Umbral, Camille se sintió reconfortada por haber cumplido con su misión. Pensó que ni siquiera ella sería consciente jamás de lo que había evitado. Pasó frente a las puertas del Reino Oscuro y vio, a lo lejos, al gigantesco can de tres cabezas, receloso. Cada una de sus tres cabezas ladraba a las almas que se acercaban a los límites del Umbral.

—No me equivoqué contigo.

Camille se giró y miró el halo de luz blanca que había junto a ella.

—¿Alguna vez te equivocas? No sé por qué siempre caigo en la trampa y creo que tu preocupación es verdadera. Juegas con ventaja.

—Mi ventaja es contar contigo, Camille.

Esta asintió.

—¿Qué pasará con William? Un humano no puede disponer de esos poderes en el Mundo de los Vivos. Hay que mantener el equilibrio.

—No te preocupes por eso. Poco a poco olvidará todo, hasta cómo usar sus poderes. Llegará el día, cuando sea más mayor, que busque una explicación racional para lo poco que recuerde por entonces.

—Me parece bien. Por cierto…

—¿El detective Harrison? —la interrumpió el halo de luz—. Ahí mismo lo tienes.

Camille se giró rápidamente y observó el alma del detective; iba hacia el Aqueronte, tal como lo había visto en aquella taberna de Inglaterra: con su maletín y su pipa rota en la boca. Finalmente, lo vio subirse a la barca de Caronte.

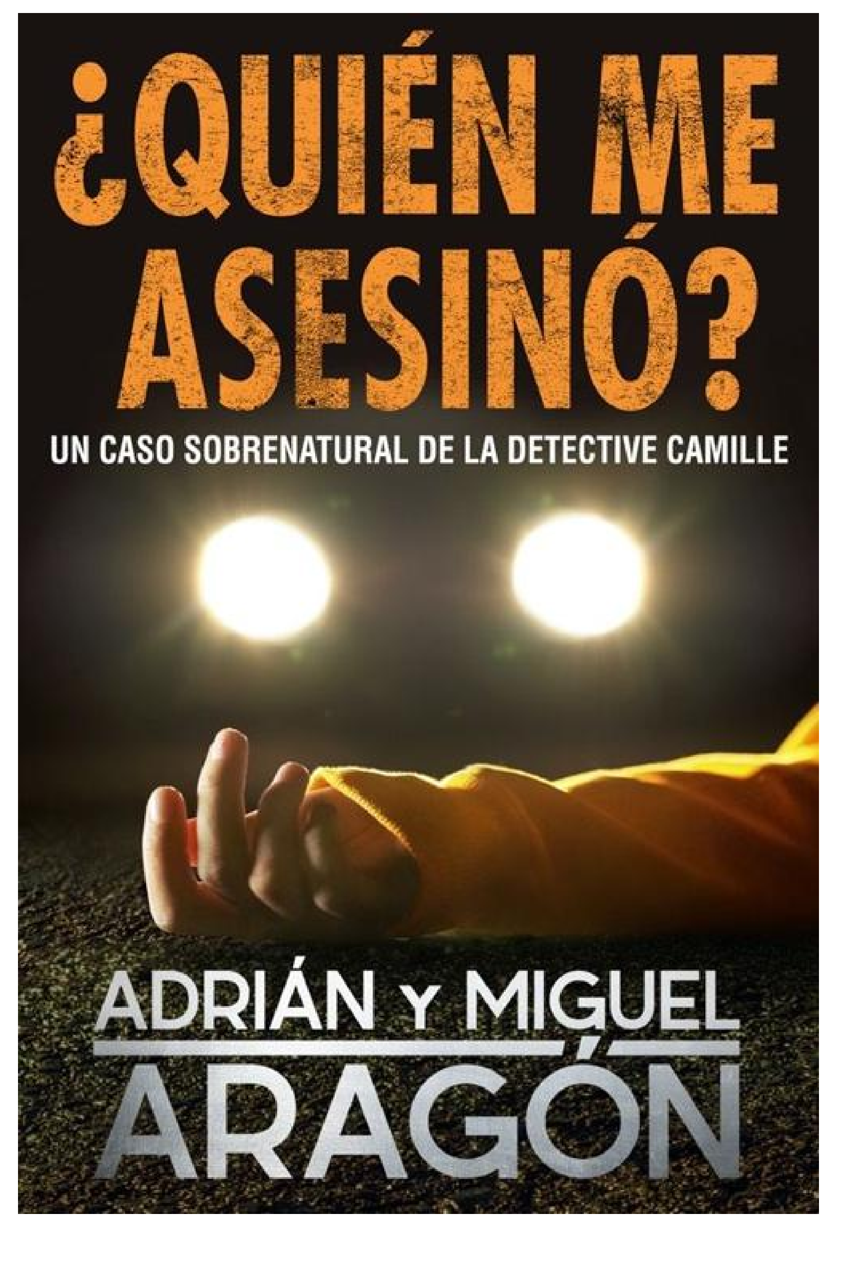
—Me alegró por él —dijo Camille.

—Es lo mínimo que podíamos hacer. Fue un héroe.

Camille asintió, y pensó que sin el detective Harrison no lo habrían conseguido.

—Descansa, detective.

FIN



Puedes encontrar todos los libros de la serie *Camille* en este enlace:
https://geni.us/SerieCamille

NOTA DE LOS AUTORES

La mejor recompensa para nosotros como escritores es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela. La mejor ayuda que como lector nos puedes ofrecer es brindarnos tu opinión honesta acerca de ella.

Para nosotros es sumamente importante tu opinión ya que esto nos ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer nuestra obra. Si estás de acuerdo, te agradeceremos que publiques una opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela. Nosotros nos comprometemos a leerla:

Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

Si deseas leer otra de nuestras obras de manera gratuita, puedes suscribirte a nuestra lista de correo y recibirás gratis una copia digital de *Emboscada*: Max Cornell *thrillers* de acción. Así mismo te mantendremos al tanto de nuestras futuras publicaciones. Suscríbete en este enlace:
https://www.autopublicamos.com/emboscada

Finalmente, si deseas contactarte con nosotros puedes escribirnos directamente a adrian@autoresaragon.com.

Nuestros mejores deseos,
Adrián y Miguel Aragón






ÍNDICE